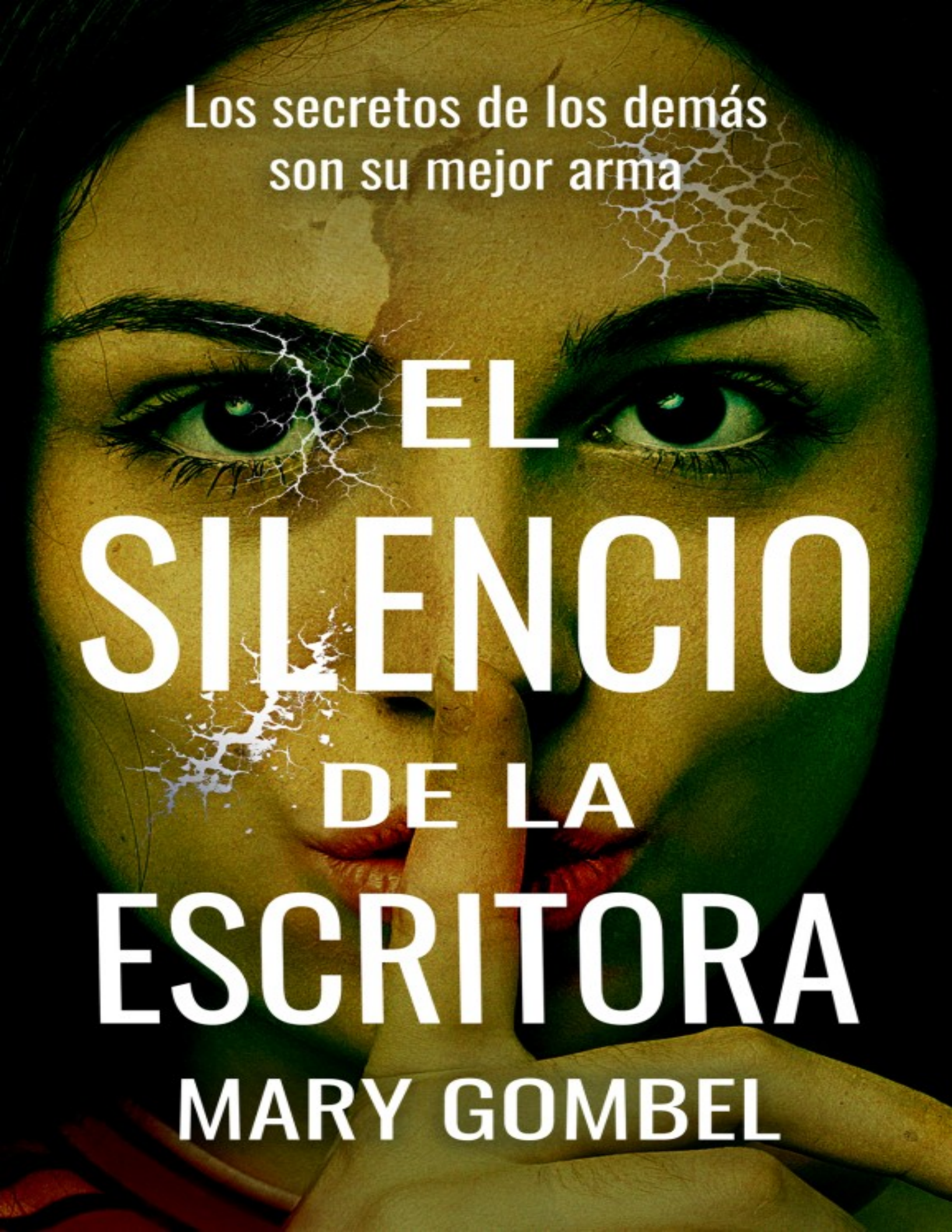

Los secretos de los demás
son su mejor arma
EL
SILENCIO
DE LA
ESCRITORA
MARY GOMBEL

EL SILENCIO DE LA ESCRITORA

MARY GOMBEL

Título original: El silencio de la escritora

©Mary Gombel 2026

Diseño de portada y maquetación: Mary Gombel

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Epílogo

PRÓLOGO

Estoy cansada. Cansada de todo. De luchar, de ir a contracorriente, de que el mundo esté al revés y los verdaderos delincuentes no tengan castigo. Estoy harta de vivir así: entre cuatro paredes.

Hoy tuve visita y tomé una decisión. Quizá no sea la más acertada, pero es la única que conozco para liberarme del dolor. Dolor que está de vuelta tras enterarme de su última hazaña. Se suponía que yo era importante para esa persona. ¿Cómo pudo hacerme tanto daño?

Quizá tengan razón los que dicen que la maldad no necesita motivos. Quizá un día pueda comprender qué fue lo que ocurrió. ¿Qué hice?

Observo el trozo de vidrio y el pecho me late con fuerza. No quería hacerlo. Pensé que lo tiraría a la basura y me olvidaría de él, pero aquí está, en mi mano mojada y arrugada.

Ya no tengo mi diario, el lugar donde plasmaba todas mis vivencias aquí dentro. Estoy segura de que también se lo llevó. Ahora ya no me queda nada. Mis palabras han sido robadas otra vez. No puedo aguantarlo.

Casi sin darme cuenta, y con el agua de la bañera ya tibia, me encuentro cortando mi muñeca. No sé decir si duele o no, más me

duele el corazón, más me duele la traición y la pena, más me duele el encierro.

La sangre fluye, sale de mi cuerpo y se mezcla con el agua. Solo puedo rezar para que nadie me encuentre con vida. No podría soportar la vergüenza de admitir que he tratado de quitármela.

Tengo suerte. Mi comportamiento es tan bueno que nadie me supervisa. Así que ya puedo morir en paz.

Aunque no todavía…

La puerta se abre y escucho unos pasos. Tengo miedo y ganas de huir. ¿Significará eso que quiero salvar la vida?

Podría pensar que es cualquiera. No sé por qué siento que los pasos que se acercan a mí con sigilo son una amenaza. Simplemente lo sé.

Trato de incorporarme, pero he perdido demasiada sangre. Aun así, persevero hasta sentarme. No me da tiempo a voltearme a ver quién está a mi espalda. No me da tiempo, porque hunde mi cabeza en la bañera.

Quiero salir, poder respirar, me he equivocado…, no quiero morir. ¡No quiero morir!

CAPÍTULO 1

Laura

Los árboles quedan atrás mientras el coche avanza. Tengo frío, pues esos días del mes en los que todo se vuelve rojo están muy cerca. Lo suelo pasar mal. No es un dolor incapacitante, pero sí molesto.

Me abrazo a mí misma y le pregunto al taxista si queda mucho para llegar a mi destino.

El hombre, nada hablador, me responde que estamos ya muy cerca.

Me zambullo de nuevo en mis pensamientos, es la mejor forma de que el tiempo gire y sienta que no necesito hablar para estar cómoda. No soy muy amiga del silencio, aunque tampoco lo soy de la conversación de rigor.

—Ya hemos llegado —anuncia el taxista.

—¿Cuánto es? —pregunto mientras busco la cartera en mi caótico bolso.

—Son veintidós con cincuenta.

Le entrego al taxista un billete de cincuenta euros con la sensación de haber sido estafada. El trayecto ha durado poco más de quince minutos, y la última vez que cogí un taxi, tan solo unos meses atrás, fueron poco más de dieciséis. No fue un trayecto muy superior en tiempo, aunque se me hizo mucho más ameno gracias a

la conversación del taxista, que no tenía nada que ver con el hombre con expresión ceñuda que me devuelve el cambio en este momento.

—Muy bien, hasta luego —me despido.

—Que tenga un buen día —responde el taxista mirándome de un modo extraño, como si sintiera pesar al hacerlo.

Me dirijo a la casa y paro en seco un momento para observarla. Es preciosa. Debe de ser de principios del siglo XX, calculo. No es muy grande, de estilo modernista. Tiene dos plantas y una torre hexagonal.

Muy cerca de la casa, hay un pozo. Pienso enseguida en el primer cuento que escribí de niña, un cuento al que le puse el título de: *El pozo de los deseos.* Instintivamente, me entran ganas de lanzar una moneda y contar los segundos que tarda en llegar al fondo, pero abandono la idea cuando veo la pesada tapa de hormigón que lo cubre.

La casa tiene parque, como las de los protagonistas de las novelas de época que escribo. ¿Es que acaso estoy metida en uno de mis libros? Sonrío ante la fantasiosa posibilidad.

Devuelvo la vista a la casa y me encamino hacia los tres peldaños de piedra que conducen a la puerta principal. Los subo con la sensación de iniciar un nuevo capítulo de mi vida y llamo al moderno timbre, tan fuera de lugar en este conjunto de cuento de hadas…

Segundos después se abre la puerta, y un hombre cercano a la treintena, de rasgos árabes y ojos verdes, me pregunta si soy la señorita Laura Peña.

—Sí, soy yo.

—Pase, la señora la espera —dice con un suave acento.

Sigo al sirviente hasta un pequeño saloncito, en el que un fuego crepitante danza ante los ojos penetrantes de una mujer, que

abandona el libro que está leyendo y se levanta con ímpetu.

—Hola, querida —dice acercándose a mí y dándome dos besos —. ¿Te ha costado encontrar la casa?

—No, he venido en taxi.

—Oh, genial.

Asiento sin saber qué decir. En ocasiones me ocurre, no soy capaz de gestionar mis interacciones con los demás.

—Soy Laura Peña. Encantada —suelto con la sensación de que lo que digo no es lo que toca en este momento, pues la mujer que tengo frente a mí sabe muy bien mi nombre.

—Sí, querida. Yo soy Candela, pero puedes llamarme Cande. ¿Te gusta que te llamen de un modo especial?

—No. Laura, solo Laura.

—Muy bien. En fin, siéntate, Hakim nos traerá café enseguida.

—Oh, yo no tomo café, solo descafeinado o té.

—Uy, no sabes la alegría que le vas a dar a Hakim, le encanta prepararlo, oye. Yo odio el té, así que no tiene muchas ocasiones para hacerlo, salvo cuando se lo hace para sí mismo o para Petra, mi cocinera.

El sirviente se retira al acto, y nos quedamos a solas.

—Hakim es mi mayordomo, siéntete libre de pedirle cuanto te haga falta; es un fiel sirviente. No es muy dado a la conversación, eso sí, pero es un buen hombre.

Yo, que no me veo capaz de pedirle a otro ser humano que me sirva, asiento sin mucha convicción.

Tras varias preguntas sin importancia entre ambas, el mayordomo entra con una bandeja que Candela le hace depositar en la mesa, pues da la sensación de que quiere quedarse a solas

conmigo cuanto antes. Puedo constatar que así es cuando, tras decirle al sirviente que se retire, cierra la puerta.

—Muy bien, Laura. Ahora pasemos a hablar de lo importante. Creo que mi agente ya te ha puesto al corriente de todo, aunque hay detalles que quiero comentar contigo antes de que empecemos a trabajar juntas.

—De acuerdo —respondo mientras asiento con la cabeza.

—Verás, necesito que empieces cuanto antes. Me urge publicar este libro. ¿Has leído mi obra, Laura?

—Sí, algunos de sus últimos libros.

Candela tuerce el gesto.

—Convendría que leyeras los anteriores a los tres últimos años. Son más yo…, no sé si me explico.

»*Mar de plata, Orillas de piedra, La muerte no te quiere*… Esos son ideales para que puedas hacerte una idea de lo que busco.

Saca una carpeta de un revistero y me la entrega. La abro y me sorprendo al ver una única hoja de papel garabateada con bolígrafo. Solo hay apuntes, flechas y etiquetas, todo escrito con una letra ininteligible.

—¿Solo esto? —pregunto a la espera de más información que la de la triste hoja.

—Es mi método. He escrito más de una treintena de libros tan solo con una hoja como la que ves ahí. Mi problema no son las ideas, es el modo de llevarlas a la práctica, no sé si me explico.

Asiento de nuevo. Me voy a convertir en la diosa de la hipocresía, pues solo tengo que ponerme ante un teclado para que las palabras fluyan sin esfuerzo.

—Sí, claro, cada escritor tiene el suyo y todos son muy respetables.

—Puede que sí, pero yo necesito que, desde el principio, se hagan las cosas como las haría yo; de lo contrario, se notará que he tenido una colaboradora y eso es algo que no me puedo permitir.

—Soy consciente de ello —admito con un deje de resignación.

—A ver, Laura, no me andaré con rodeos, necesito que mi colaboradora crea en el proyecto y lo haga suyo mientras lo ejecuta. Luego, cuando termine, eso sí, deberá soltarlo, dejarlo ir. Pensar que solo fue un trabajo más por el que se le pagó una muy buena suma.

—Todo eso lo tengo claro.

—Pero te pesa, ¿cierto?

—Mentiría si dijera que me apasiona escribir un libro que llevará el nombre de otra escritora.

—Eres sincera; me gusta. Eso sí, si vamos a colaborar, necesito garantías de que luego no habrá malas caras ni mensajes extraños en las redes sociales, ya me entiendes. Ambas somos adultas y tú has firmado un contrato que te prohíbe expresamente decir nada sobre nuestra colaboración.

Asiento tratando de parecer convencida. Odio que Candela llame «colaboración» una y otra vez a la delegación completa de la escritura de su propio éxito.

He llorado durante semanas ante la idea de tener que aceptar por obligación convertirme en escritora fantasma. Pero no me ha quedado otro remedio que hacerlo. Debo tres meses de hipoteca y mis últimos libros no han ido tan bien como esperaba, y todo por arriesgar, por salirme de mi zona de confort. Así que, en cuanto recibí la llamada del agente de ni más ni menos que Candela Rojo (una de mis autoras de referencia), vi una salida al angosto túnel en el que se había convertido mi vida.

—Soy consciente de ello. Lo he pensado mucho antes de aceptar su propuesta. Estoy totalmente convencida del paso que voy a dar.

—Piensa que, si te elegí a ti, no fue por casualidad.

—¿Qué quiere decir?

—Te he leído.

—Ah, ¿sí? —pregunto esperanzada. Cada vez que alguien me lo dice, los sentimientos encontrados de vergüenza y orgullo se ciernen sobre mí.

—Sí, y tu pluma es similar a la mía. No igual del todo, ¿eh?, pero esos giros inesperados, el hecho de que consigas remover sentimientos… Todo eso me hace pensar que eres la candidata idónea para el puesto.

—Muchas gracias.

—Nada, nena. Eres buena y por eso estás aquí. Estoy segura de que va a ser una experiencia enriquecedora para ambas. Y, aunque tu nombre no aparezca en el libro, puedo hacer que los tuyos suban como la espuma. La gente siempre confía en la palabra de su autora favorita. Una recomendación y de ahí al cielo…

Mis ojos chispean esperanzados, llevo tanto tiempo persiguiendo este sueño…

—Sí, yo también estoy segura de que será una experiencia cuando menos diferente. Espero aprender mucho de usted.

—Ay, pero no me llames de usted, me hace vieja y no soy mucho mayor que tú. Puedes tutearme y llamarme Cande, como ya te he dicho. Soy la mujer más sencilla que existe en el trato diario con las personas de mi entera confianza, ya lo verás.

—De acuerdo, Cande.

—Pues genial. ¿Cuándo podrías empezar?

—Estoy disponible. Acabo de terminar mi novela y he de dejarla reposar antes de ponerme a editar y editar…

—Ufff, qué fastidio. Menos mal que de eso ya no me encargo yo. Lo odiaba. Me quedaba dormida delante del teclado incluso.

Se me pasan por la cabeza las jornadas maratonianas de edición, las reescrituras, las horas en redes para ser visible, las que paso haciendo mis portadas y maquetando. Sonrío; adoro tener el control de todas mis criaturas de papel. Me sentiría fuera de lugar si no pudiera hacer todo eso, crear mi libro desde cero sin más intervención externa que la de una persona que lo corrija.

—Pues eso…, que puedo empezar en cualquier momento.

—¿El lunes te parece bien? Es que esta semana tengo un poco de lío. Tiene que venir mi ex a ver a mi pequeño y…

—Entiendo. No te preocupes, el lunes estaré aquí a primera hora de la mañana.

—Estupendo. Ahora tengo que dejarte, Gonzalo no tardará en llegar. Le diré a Hakim que llame a un taxi. No te preocupes, corre de mi cuenta.

—No hace falta… Yo lo pago.

—No. Además, a mí me hacen precio.

Me encojo de hombros. Si me cobran otros veintidós euros, mi economía mensual se verá francamente afectada, apenas gano para pagar los gastos y la cuota de autónomo.

Candela se levanta tras llamar a Hakim y no recibir respuesta.

—Este chico es un poco sordo cuando le conviene —dice mientras niega con la cabeza y camina hacia la puerta de la sala a paso rápido.

—Yo esperaré fuera.

—Oh, no. Con el frío que hace… Espérate aquí, Hakim te avisará en cuanto llegue el taxi. Encantada de conocerte, Lau… ¿Te puedo llamar así? Me encantan los diminutivos.

Aprieto los dientes, incómoda.

—Veo que a ti no te gustan. No te preocupes, si ves que se me escapa algún día, siéntete libre de reñirme. ¿Ok?

—No, mujer… Pues nada. Encantada. Nos vemos el lunes.

—Nos vemos el lunes.

Justo cuando Candela está a punto de salir de la sala, yo, que he tenido la pregunta en la punta de la lengua desde hace varios minutos, suelto:

—Por cierto, ¿qué libro leíste? —Candela me observa confundida, con los ojos entornados—. De los míos, ¿que qué libro leíste? —aclaro.

—Mmm… Uno. Hace ya un tiempo y no me acuerdo del título.

—Ah…

—No te lo tomes a mal, es que tengo una memoria pésima, mucho más ahora, con todo el tema de mi pequeño y… Bueno, voy a ver dónde se ha metido este chico.

Aprieto los puños por instinto. ¿Es que acaso mis libros no dejan huella? El síndrome del impostor ataca con saña en mi mente y trato de respirar profundamente, no puedo dejar que me devore, no en la casa de la mujer que ha conseguido el sueño que llevo años persiguiendo.

CAPÍTULO 2

Laura

Es muy temprano cuando Hakim me recoge frente al edificio donde vivo. Llevo una maleta pequeña; espero terminar pronto el manuscrito para recibir el segundo pago pactado. El agente de Candela me llamó el mismo día de la reunión entre ambas para avisarme de que ya me habían hecho una transferencia con el adelanto prometido. Suficiente como para pagar mis recibos atrasados de la hipoteca.

El mayordomo metido a chófer me ayuda a colocar mi pequeño equipaje en el maletero, y luego ambos subimos a la elegante berlina.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para Candela? —pregunto para romper el incómodo silencio.

—Cuatro años… —responde algo seco.

—¿Y qué tal?

—Bien…, normal.

—Ah.

No sé qué más decirle. Hakim no parece muy interesado en conversar, así que decido callarme.

—Es un buen trabajo, pero no es para todo el mundo.

—¿Por qué?

—La señora Rojo es muy exigente. Ya lo verá.

Asiento con la cabeza. Solo tengo que permanecer en la casa unas semanas. Me siento capaz de aguantar cierta disciplina. Necesito el dinero más que nunca.

—Bueno, yo también lo soy con mi trabajo.

—No lo creo. Lo de la señora está a otro nivel…

Frunzo el ceño. ¿Acaso piensa él que mi trabajo es menos importante que el de Candela?

—No me malinterprete. Enseguida entenderá por qué lo digo.

El teléfono de Hakim suena de pronto, y él lo atiende, pasando por alto la prohibición del uso de móviles al volante.

Comienza a hablar en su lengua materna. Parece enfadado. Tras un par de minutos, termina la llamada y se hace el silencio. Saco mi móvil del bolso y entro en la página donde tengo mis libros publicados para ver cómo van las ventas. Me desanimo al ver que no llevo ni tres euros hoy.

Trato de no pensar en ello, de olvidarme de mis cifras cada vez más bajas. Confío en que este trabajo me dé un poco de aire para poder terminar de editar mi novela y así entregarla a un profesional que la corrija y no me cobre de más por un trabajo deficiente, como me ocurrió la última vez.

De pronto, Hakim rompe el silencio para decirme que hemos llegado.

Salgo del coche y me dirijo al maletero para coger mi equipaje, pero Hakim se adelanta y me hace un gesto para que vaya hacia la entrada de la casa, donde me espera una sonriente Candela.

—Hola —saludo con timidez.

—Hola, guapísima. —Me da dos besos y luego añade—: ¿Cómo estás?

—Aquí estoy —digo sintiéndome algo ridícula.

—Sí, ya te veo. Va, entra, que te vas a quedar helada. Quiero empezar a trabajar contigo cuanto antes.

Candela se interna en la casa, y yo la sigo; no puedo evitar sentir un frío lacerante.

—He pasado el fin de semana leyendo los libros que me recomendaste —digo con determinación.

Evito decirle a Candela que he tenido que comprarlos en *e-book* y que no son precisamente baratos.

—¿No me digas que los has comprado? Madre mía, soy un desastre; tendría que haberle dicho a mi agente que te proporcionara ejemplares en físico. No te preocupes, si me dices cuánto te han costado, te devolveré el dinero. ¿Un bizum te irá bien?

—No…, no pasa nada. Suelo comprar libros y los tuyos me han encantado. Eres realmente buena.

—Gracias —responde mientras abre la puerta de su despacho.

Me quedo boquiabierta al observar semejante maravilla. Es una sala amplia, abrigada por una maravillosa chimenea.

Los muebles son de madera, de muy buena calidad. Las paredes están revestidas de estanterías plagadas de libros, perfectamente ordenados. El sol de la mañana entra por el amplio ventanal, adornado con vitrales en tonos verde, azul y amarillo. Un escritorio que tiene pinta de datar de principios del siglo XX, como la casa, parece observarnos majestuoso con su, en apariencia, cómodo sillón de oficina de cuero negro.

—Tú trabajarás aquí —dice Candela, señalándome una vieja mesa metálica de oficina que hay tras un biombo.

Un halo de tristeza impregna de pronto mi mirada. Tiene todo el sentido, ella es Candela Rojo y yo su escritora fantasma, por ello mi sitio está en el único rincón feo del despacho más bonito que he visto en toda mi vida.

Candela me observa con curiosidad.

—Genial —digo entre dientes.

—Sé que no es gran cosa, pero fue mi primera mesa cuando empecé a escribir hace ya más de veinte años. La conseguí en un rastro, imagínate. Aunque sea fea y esté algo destartalada, con ella escribí mis mejores obras. La conservo con cariño y es un honor para mí que tú la utilices ahora.

—Gracias —digo sintiéndome algo mejor. Que una autora de su talla mantenga en su impresionante despacho su primer escritorio me produce algo de ternura, aunque no puedo olvidar que ella no escribe sus obras, al menos, no últimamente. Eso me hace pensar que no es la maravillosa escritora que siempre pensé que era.

—Bueno, dicho esto…, comencemos con el libro cuanto antes. Más tarde le diré a Hakim que te enseñe tu habitación. Es muy acogedora, ya lo verás.

Ella me hace un gesto para que la siga y se sienta en su sillón de oficina. Yo tomo asiento en la sencilla silla de madera que hay al otro lado del escritorio.

—Toma nota… —dice entregándome un cuaderno y un bolígrafo Bic de toda la vida.

Empieza a dictarme una serie de normas sobre sus personajes y la historia en sí. Yo voy apuntando por inercia y sin hacer mucho caso a lo que me dice, hasta que suelta: «Nada de sexo explícito».

—No te preocupes, ya he visto que sueles hacer escenas sugerentes, aunque no profundizas en la materia —bromeo, pero Candela me observa con seriedad.

—Lo digo muy en serio, Lau. A mis lectores no les gusta. Sé que tú lo utilizas como gancho. El sexo vende mucho. ¿Cómo le llaman ahora? *Spicy*…

—Yo no lo utilizo como gancho. Solo creo que el sexo forma parte de la vida de las personas, y una escena elegante de sexo, en mi opinión, suma en lugar de restar.

—Sí, sí… ¿Pero acaso explicas con detalle cómo comes? Corté el trozo de *pizza* y lo mordí, luego dejé que los tropezones de *bacon* poblaran mi boca… ¿A que es ridículo?

—No si, por ejemplo, hablamos de una novela ambientada en una cocina.

Candela rueda los ojos.

—Si te refieres a las novelas románticas ñoñas…

—Mujer, no son ñoñas, cada uno tiene sus gustos. A mí me gusta cualquier género. Adoro el *thriller* psicológico, sin embargo, escribo romance. Lo disfruto.

—Pero tú no eres ñoña. Eres diferente.

Me encojo de hombros, no sé bien a qué se refiere con ese «diferente». No soporto a las personas que menosprecian un género porque a ellas no les gusta o les parece literatura de segunda división. Los libros son libros y para gustos los colores.

—No sé cómo tomarme eso, ¡ja, ja, ja!

—Es positivo, nena.

—Pues gracias. —No sé qué decirle, lo juro. Así que opto por la salida fácil.

Candela sigue dictándome hasta que tengo cerca de cincuenta indicaciones para la novela. Cuando termino de escribir la última línea, se levanta de su sillón.

—Bueno, pues creo que ya lo tienes todo para empezar. Así que… a por ello, campeona.

Ella me ofrece el puño para chocarlo con el mío, y yo hago lo propio. ¿Se puede sentir una más ridícula? Yo creo que no.

CAPÍTULO 3

Laura

Son cerca de las tres de la tarde y el estómago me ruge. No sé qué hacer. Tampoco nadie me ha dicho: «A tal hora se come». En el contrato decía que las dietas estaban incluidas, así que, en teoría, he de comer aquí; sin embargo, temo enfrentarme a Candela, pues no he conseguido escribir una línea, algo muy extraño en mí.

Con tanta restricción, cincuenta ni más ni menos, y el dichoso síndrome del impostor, que me está golpeando más fuerte que nunca, no he podido hacer más que borrar y borrar, total, el documento sigue en blanco y yo frustrada y muerta de hambre.

«De hambre te vas a morir como no le eches morro, bonita», dice la voz interior que siempre me acompaña.

De pronto, escucho unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —exclamo.

Hakim asoma la cabeza y anuncia:

—Es hora de comer.

Mis ojos chisporrotean y creo que el mayordomo lo nota.

—Genial, estoy hambrienta.

—En la casa se come siempre a las dos y media —dice con seriedad.

Sé de buena tinta que son más de las tres, pues el reloj de la pantalla de mi portátil y mis tripas rugientes llevaban rato recordándome que soy un ser humano que necesita carburante para poder funcionar.

—Ah, lo siento, perdí la noción del tiempo.

—Por hoy no hay problema, pero la señora es muy estricta.

—Ah…, lo tendré en cuenta.

Hakim asiente inexpresivo y me invita a que lo acompañe.

De camino al salón, veo en una habitación abierta a un perrito, que me observa con curiosidad, subido en un pequeño sofá.

Creo que es un caniche. No estoy muy puesta en razas de perro, pero juraría que lo es. Es bastante pequeño y mono. Me inspiran ternura los animales, no sé por qué.

Llegamos al comedor, adyacente a la sala en la que me recibió Candela el primer día. Allí no hay nadie, y Hakim me ruega que tome asiento donde quiera.

—¿No espero a Candela?

—La señora comerá fuera hoy.

Asiento, aliviada.

Me siento en una silla, en la parte lateral de la larguísima mesa. Varios minutos después, entra una mujer de unos cuarenta y tantos años; es regordeta y bastante guapa.

—Soy Petra, la cocinera. Encantada. He tenido que recordarle a ese sieso de Hakim que tenías que comer. Tú, como en tu casa, si no está la señora no hay problema; si está, hay que comer a las dos y media. Es muy rigurosa con eso —dice repitiendo las palabras del mayordomo.

—Lo tendré en cuenta.

Pocos minutos después, me trae el primer plato; según ella, una sopa de ajo que está buenísima.

Cuando la termino, me dice que le haga sitio al segundo con un divertido desparpajo.

—No sé si podré comer más…

—¿Y vas a desperdiciar este pedazo de entrecot que se deshace en la boca?

Me encojo de hombros. La verdad es que tiene una pinta estupenda, así que no discuto más y lo acepto de buena gana.

Al acabar le digo que no puedo más, pues Petra tiene intención de servirme el postre.

—De verdad, estoy muy llena. Si eso, a media tarde bajo a por una pieza de fruta.

—Vale…, pero baja, ¿eh? Que no tenga que decirle más a Hakim que vaya a buscarte al despacho de la señora.

—No, tranquila.

—Ven, te enseñaré dónde está la cocina. Si no estoy, sírvete tú misma. Siempre hay táperes en la nevera y postres, que me salen bien ricos, ya lo verás.

Asiento y le prometo que los probaré, aunque no ahora que estoy que no puedo moverme. Solo de pensar en que tengo que ponerme a escribir el libro de Candela, me entra una modorra enorme.

«¿Y si me echara una cabezadita?», pienso, pero enseguida caigo en la cuenta de que todavía no sé cuál es mi habitación, así que se lo pregunto a Petra.

—¿Ves por qué te digo que este Hakim es un sieso? Anda que no enseñarte dónde vas a dormir. Ven, mujer, yo te acompaño.

—Candela quería que me pusiera a trabajar cuanto antes. Esta vez no ha sido cosa de Hakim.

Sigo a Petra, que ha visto que estoy demasiado cansada para ver la cocina ahora, y subimos a la segunda planta por la torre, por la que entra la luz a raudales gracias a un tragaluz que hay arriba, con vitrales, como el ventanal del despacho de Candela.

—Esta casa es una verdadera maravilla.

—Sí, ¿verdad? Perteneció a un médico, un pariente lejano de Candela que murió sin descendencia, y como ella está sola en el mundo…

—¿No tiene familia?

—Solo un ejército de exmaridos, cuatro, para ser exactos y nadie más. Sus padres murieron cuando ella todavía era muy joven. Es un asunto del que no le gusta hablar.

Estoy a punto de preguntarle por su hijo, pues parece que es la única familia que le queda, pero prefiero no hacerlo, ya Petra me ha mirado ceñuda por mi indiscreta pregunta y me he dado por enterada al momento. No más cotilleo, por ahora.

En la planta superior, accedemos a un pasillo angosto, vestido de pasilleras algo anticuadas para mi gusto. En las paredes hay pinturas al óleo; parecen muy viejas. Este lugar da algo de repelús y contrasta en demasía con la planta de abajo, decorada con más mimo.

Petra abre una de las puertas de madera tallada. Chirría, al más puro estilo peli de terror, cómo no. Una puerta de una casa fantasmagórica para una escritora fantasma. Ruedo los ojos y niego con la cabeza antes de seguir a la cocinera al interior de la habitación.

Ella se apresura a cerrar las ventanas. Hace bastante frío y me abrazo a mí misma para mitigarlo.

Miro en derredor. La habitación es bonita y, ahora que los ventanales están cerrados, parece acogedora. Tiene una pequeña chimenea; una cama que, aunque debe de tener sus años, es más que decente; un armario ropero y un escritorio, todo el mobiliario a conjunto, eso sí. No sería, claro está, el que yo elegiría para mi propia casa, pero para una estancia temporal, no me parece mal.

—Te dejo que te acomodes, no haces más que bostezar, chica, búscame más tarde para que te muestre la cocina.

—Me levanté muy temprano hoy —digo, aunque hice más que eso, pues no dormí en toda la noche pensando en las semanas que me esperaban.

Localizo mi maleta junto a la cama y paso de largo. Necesito echar un sueñecito… y lo necesito ya.

CAPÍTULO 4

Laura

Abro los ojos y escucho gritos. Parece que alguien está manteniendo una acalorada discusión en la habitación de al lado.

No quiero ser cotilla, pero no puedo remediarlo; necesito escuchar. Así que salgo de la cama y pego la oreja a la pared. Apenas puedo entender lo que se están diciendo dos personas, un hombre y una mujer.

Por el tono, parece que la mujer es Candela.

El hombre suena muy enfadado y, antes de escuchar un fuerte portazo, he alcanzado a entender una palabra: impostora.

Si se refiere a que Candela lo es, no se equivoca. He aquí la persona que escribe por ella en este momento.

Me pregunto si he sido la única. Su agente me dijo que Candela pasaba por una situación difícil y había tenido que recurrir a un negro para cumplir con el contrato editorial, de modo puntual. Así que tiene toda la pinta de que nadie más ha ocupado la mesa destartalada del despacho, salvo la misma Candela en sus humildes inicios en la escritura.

Sigo con la oreja pegada a la pared y me sorprende escuchar a Candela llorar. Pensé que no era de las que se dejaba llevar con

facilidad por los sentimientos.

Quizá se sienta incomprendida en el amor después de cuatro matrimonios frustrados.

Me retiro de la pared, ya he cotilleado demasiado en la vida de mi nueva jefa. También he dormido muchísimo, pues al mirar el móvil me doy cuenta de que son las seis de la tarde y ya está oscureciendo. Madre mía.

Me adecento la ropa. Busco una puerta que me lleve a un servicio en la habitación, mas no la encuentro. Necesito lavarme los dientes con urgencia, también ir al lavabo. He visto uno en el pasillo. Así que, con mi neceser, salgo de la habitación. Camino con sigilo hasta dar con la puerta que conduce al cuarto de baño. Ahora está cerrada, por lo que no es fácil acertar. Trato de abrir dos puertas sin suerte, pues están cerradas a cal y canto, antes de encontrar la correcta. Justo cuando estoy cruzando el umbral, una voz me hace dar un respingo.

—Tú debes de ser Laura. Yo soy Gonzalo. Encantado —dice ofreciéndome su mano el hombre más impresionante que he visto en mi vida.

Tiene unos ojos verdes capaces de hipnotizar a la más escéptica y un rostro perfecto, cuya barba de varios días le da ese toque rebelde que tanto me gusta en los hombres.

—Yo soy Laura —respondo sintiéndome ridícula en el acto.

—Encantado —repite con picardía y luego añade—: Por cierto, guapa, este es el lavabo de los hombres. El de las damas está al fondo del pasillo a la derecha.

—Ah, lo siento…

—Esta casa parece pequeña desde fuera, ¿a que sí?

—Sí, la verdad. Pero por dentro es muy espaciosa.

—A mí me irrita. Tanto pasillo, tanta habitación sin utilidad… De todos modos, ya no es de mi incumbencia, pobres de los que viven en este verdadero laberinto.

Mi atontamiento no me ha dejado deducir quién es él. Ni más ni menos que el exmarido de Candela, el padre de su hijo.

—Bueno, yo estaré aquí poco tiempo.

—Sí, lo sé. Lo que cueste parir el nuevo éxito de mi ex.

Me encojo de hombros.

—Espero acabar pronto —confieso con un pequeño deje de maldad en la voz.

—¿Quieres un consejo? No te dejes el alma en un libro que no va a llevar tu nombre de autora. Las buenas obras, déjalas para ti. Total, la gente solo consume bazofia.

—Eso es insultar a los lectores, ¿no crees? —suelto desafiante. Qué rabia me dan este tipo de comentarios, de verdad.

—Por desgracia, Laurita, la media de inteligencia en España no es muy prometedora. Y cada vez vamos a peor con las nuevas generaciones.

Que me llame «Laurita» es el colmo. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no mandar a este individuo a la mierda. Creo que Candela ha ganado al separarse de él.

—Voy al lavabo, he de trabajar.

Camino a paso vivo hacia el fondo del pasillo y trato de abrir la puerta que justo me encuentro de frente.

—Esto…, no te recomiendo que abras esa puerta. No es el lavabo y te meterás en un verdadero lío si mi ex te ve.

—¿Por?

Por respuesta solo recibo un encogimiento de hombros. Luego se da media vuelta y se aleja como si las personas pintadas en los cuadros de las paredes tuvieran que hacerle una reverencia al pasar.

No puedo evitar mirarle el trasero perfecto enfundado en unos vaqueros que a ningún mortal le sientan como a este. Lástima que solo sea un hombre para alegrarse la vista, porque lo que tiene de guapo, lo tiene de gilipollas.

Esta vez sí, entro en el lavabo. Es sencillo, de baldosas blancas y suelo de gres. El típico de casa noventera. Tras aliviar mi vejiga, me lavo las manos, los dientes y la cara. Desenredo mi pelo y me hago una coleta alta.

Minutos después, estoy otra vez delante de mi portátil. Repaso los apuntes y las restricciones de Candela. Sigue sin fluir la escritura. No puede ser… Acepté este trabajo precisamente por mi facilidad para crear historias, así que no entiendo qué coño está pasando. Creo que estoy bloqueada y, de ser así, me puede ir muy mal.

Son las siete de la tarde y he conseguido completar cuatro páginas; no he contado las palabras ni tan siquiera. Estoy tan frustrada que no quiero ni hacerlo. Lo que he escrito es poco más que basura y, para colmo de males, Candela me ha enviado un wasap, pidiéndome que le pasara las primeras páginas de su novela. Su novela…, me meo de la risa.

En cuanto las estaba escribiendo sentía que disfrutaba, que tenía un buen arranque, que el primer capítulo era la bomba. Hasta que he recibido el dichoso mensaje y he empezado a releer. Ahí se me ha venido el mundo abajo y así me encuentro, desbordada por la ansiedad más extrema, por el miedo a ser juzgada.

Estoy a punto de darle al botón de enviar. Espero que Candela no piense que soy una autora mediocre, espero… estar a la altura.

CAPÍTULO 5

2004

Vero salió de la biblioteca. Iba tan distraída que no fue consciente de quién la esperaba fuera para darle un susto de muerte. Faltaban un par de días para que terminara el curso.

De pronto, un estruendo ensordecedor la hizo dar un respingo. Daniel, un matón habitual, había hecho estallar un petardo.

—Ufff, qué susto —dijo ella con el corazón a punto del infarto.

—¿Es que no puedes hablar como las personas normales? Se dice: «Joder, me cago en la puta, qué susto».

—Yo no hablo así —respondió cabizbaja y siguió su camino.

Un fuerte tirón en la coleta la hizo pararse en seco.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó él disfrutando con la humillación.

—Déjame en paz, por favor…

—«Déjame en paz, joder». Eso es lo que tienes que decir, venga, dilo: joder J.O.D.E.R, no es tan difícil.

—Eres un *caraculo*.

—Insultos de niña pequeña.

—Suéltala —dijo de pronto una voz firme y femenina.

—Pero ¿qué dices?, es el adefesio, no pienso soltarla.

—¿Quieres que se lo diga a la *mama*, Dani?

Los hermanos se retaron con la mirada.

—Joder, Marina, eres una zorra —respondió mientras soltaba a Vero. Luego se alejó a la carrera por el amplio pasillo.

—¿Estás bien? —preguntó Marina.

—Muchas gracias —respondió Vero mientras recogía la carpeta y el estuche, que habían caído al suelo.

Era la primera vez que Marina era amable con ella. En realidad, era la primera vez que alguien del instituto lo era. No sabía qué la hacía diferente al resto, pero había algo que invitaba a todo el que se cruzaba con ella a burlarse. Quizá eran sus gafas de miope galopante, su ortodoncia o el hecho de que fuera un poco más infantil que las demás, que se pasaban el día hablando de chicos, discotecas y tabaco.

—Anda, ve a clase. El de mates me ha dicho que salga a buscarte.

—Gracias.

—Oh, deja de darme las gracias. Si es que tienes que ser más espabilada, niña.

—No sé cómo hacerlo —confesó Vero.

Marina, con su espectacular figura, sus ojos oscuros y rasgados, el cabello liso y negro, se encogió de hombros.

—Puedo ayudarte. Bueno, más bien creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Cómo?

—Tú me ayudas con lengua; no consigo aprobarla.

—¿Castellana o catalana?

—Ambas.

—¿Y ahora estarás preguntándote en qué puedo ayudarte yo a ti?

Vero alzó la vista, expectante, y Marina acercó la boca a su oído. Lo que le dijo, la sorprendió, a la vez que la hizo sentir emociones encontradas.

¿Cómo conseguiría ella convertirla en la chica más popular del insti?

CAPÍTULO 6

Laura

Candela entra en el despacho con una amplia sonrisa. Yo he estado editando las páginas escritas, reescribiendo lo que no se entendía del todo bien y puliendo la ortografía.

—Madre mía, Laura, he de felicitarte. Menudo primer capítulo. Auguro un éxito y tú eres la mano ejecutora del mismo.

Sonrío algo avergonzada.

—Muchas gracias, Candela.

—Cande, cariño, es más cercano. Candela me hace mayor y creo que no hay mucha diferencia de edad entre nosotras, ¿cierto?

Me encojo de hombros, no me gusta decir mi edad, así que miento y me quito un par de años.

—No lo sé. Yo nací en el noventa y cuatro.

—Uy, pues pensaba que eras más o menos de mi edad. Yo tengo treinta y siete.

—No los aparentas —digo por cumplir.

—Oh, gracias. Trato de cuidarme —dice sonriendo con sus gruesos labios de quirófano.

Agacho la cabeza. Últimamente no me cuido nada. Encima se me rompieron las gafas y ahora uso las de repuesto, las más baratas y feas que pude permitirme.

Para añadir más sal a la herida, mi ropa está tan lavada que no luce, aunque todavía mi figura no haya acusado el paso del tiempo.

—Bueno, volviendo al tema del libro, he de decir que estoy muy contenta. Has captado mi esencia como nadie.

«¿Cómo nadie?», pienso. Quizá, después de todo, no sea su primera escritora fantasma. No sé qué pensar y tengo la pregunta en la punta de la lengua, pero el sentido común me hace callar, pues necesito el dinero. No quiero cabrear a Candela Rojo, es demasiado influyente; podría destruirme con solo un comentario en una publicación en las redes sociales.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Más que eso, me ha encantado.

Asiento con la cabeza y sonrío, no todos los días alguien como ella halaga tus escritos, aunque nunca vayan a ver la luz con tu nombre.

—Pues… me has alegrado la tarde. Así que voy a seguir un rato más.

—De acuerdo, pero no tardes. La cena se sirve a las ocho y media, creo que tenemos que celebrar nuestro primer logro juntas.

Tuerzo el gesto involuntariamente; no puedo evitarlo. Me irrita que alguien se atribuya mis méritos.

«Es un trabajo, Laura, míralo como tal y no te dejes envolver por la escritura de esta novela; toma distancia», me digo para tranquilizarme.

Candela me observa de brazos cruzados, sus ojos parecen adivinar lo que estoy pensando. Antes de que diga una palabra, lo hago yo:

—Sí, formamos un gran equipo.

Sigo tecleando un rato más, en esta ocasión, sí he comprobado las palabras. Un buen número para empezar.

Cuando siento que ya tengo que forzar lo que escribo, decido parar. Miro la hora, pues suelo perder la noción del tiempo mientras trabajo, y me sorprendo al ver que quedan dos minutos para las ocho y media.

Candela y yo cenamos entre risas. El vino blanco que ella me ofrece entra tan bien que ni cuenta me doy de que acabo achispada, diciendo tonterías, para variar.

El alcohol ejerce un efecto euforizante en mí. Es como si fuera otra persona, como si me liberara de mi piel y mostrara mi verdadera esencia.

No sé cómo ocurre, pero Candela y yo acabamos bailando por la sala, mientras ella saca el relleno de un cojín que, según ella, ha roto su pequeño. Pequeño al que todavía no he visto, no sé si el tal Gonzalo vino hoy para visitarlo, no he escuchado voces infantiles ni he visto a ningún ser bípedo de menos de metro cincuenta pululando por la casa.

Hakim entra en la sala un par de veces y me mira con cara de pocos amigos. No sé dónde tengo mis gafas y la blusa que llevo muestra parte del sujetador. En su última entrada le devuelvo una mirada lasciva y creo que no le hace ninguna gracia.

—No le hagas eso al pobre Hakim. No es de piedra y tiene a su chica muy lejos.

—Si yo no he hecho nada. Soy muy buena —digo entre risas.

—Sí, sí, buena. Me da que nos hemos juntado el hambre con las ganas de comer, ¿no te lo parece?

De pronto me pongo tensa y dejo de reír.

—Creo que será mejor que me vaya a la cama —digo con firmeza.

—¿Qué dices? ¿Ahora que se estaba poniendo interesante el asunto?

—Será lo mejor, Cande. Mañana hay que madrugar, ya sabes, la novela.

—Oh, sí. La novela es muy importante, me va a dar un montón de dinero y éxito… Y todo gracias a ti —suelta derrumbándose en el sofá.

Asiento con la mandíbula apretada. El alcohol está abandonando mi organismo y prefiero refugiarme en la soledad de mi habitación. No sea que la frustración me juegue una mala pasada. No puede ocurrir, no aún.

CAPÍTULO 7

Laura

Llevo varios días escribiendo sin parar, ya he llegado a las quince mil palabras. La rutina en esta casa ha sido más o menos la misma. Candela sale bastante, así que con la persona que más trato es Petra. Ella habla de todo y de nada; pero cuando mi vena cotilla asoma, se cierra en banda. Así que no es una aliada válida, y si hablamos de Hakim, ni te cuento.

El tal Gonzalo ha venido un par de veces cuando Candela no estaba y se ha quedado hablando con Hakim, así que no he tenido que cruzar ni una palabra con él.

Mi refugio ahora mismo son las teclas del portátil, que me están haciendo darle vida a una maravillosa historia que ya quisiera yo para mí. Por desgracia, la idea no es mía, es de ella, de Candela. Aunque he conseguido que los personajes sean más míos que nunca, están vivos gracias a mí. Han salido de un esquema garabateado para que, con mis dedos, los convirtiera en algo tangible.

El acuerdo era escribir una novela de ochenta mil palabras como máximo, espero poder conseguirlo.

Desde aquel primer día, Candela no ha vuelto a supervisar lo escrito. Dice que confía en mí, que sabe que voy a hacer un gran

trabajo, así que yo he seguido mi propia senda y he llevado su idea original a mi terreno.

Podría haber seguido así hasta completar el manuscrito, pero creo que no va a ser posible, pues ella subió hace exactamente diez minutos para decirme que me tome el día libre, que ha de leer mis páginas para saber si voy o no por el buen camino.

Estoy muerta de miedo desde que me lo ha dicho, con una expresión seria e incluso diría que malhumorada. Ahora todo lo que he escrito me parece una soberana mierda y el síndrome del impostor me ataca con saña.

Por correo electrónico le envío el archivo de Word, dice que me lo devolverá con comentarios.

Me digo a mí misma que no tengo por qué preocuparme, que le encantó el primer capítulo de la novela y los otros son tan buenos o más que este. Trato de calmar mis nervios; respiro con profundidad mientras intento dejar la mente en blanco. Adjunto el archivo en el correo y le doy a enviar. La suerte está echada.

Cojo mi abrigo del armario y salgo de la casa. Necesito despejarme, dar un paseo, aunque sea por el impresionante parque.

Cuando llevo cerca de dos minutos caminando, un coche deportivo se detiene a mi altura.

—Hola, Laura —saluda un sonriente Gonzalo.

—Hola —contesto con sequedad.

—¿A dónde vas?

—Candela me ha dado el día libre y he salido a dar un paseo.

—Por aquí te vas a aburrir como una ostra. Muy bonito, muy verde, nada interesante.

Me encojo de hombros. Si quiero salir he de hablar con Hakim, que ahora mismo no está en la casa, o coger un taxi, y la verdad es

que no estoy por la labor. Mi intención era dar un pequeño paseo y meterme en la casa a editar mi novela, pues llevo muchos días sin tocarla.

—Estoy bien, es agradable.

Gonzalo rueda los ojos.

—No creo que opines lo mismo dentro de unas semanas, créeme.

—El tiempo lo dirá…

—Tal vez. Por cierto, te pido disculpas por mi actitud del otro día, estaba un poco estresado y quizá lo pagué contigo.

—No tiene importancia.

—Entonces, ¿olvidado?

—Sí, claro.

—Genial. Oye, conozco un sitio muy agradable para tomar un café y no está lejos de aquí.

Me tenso. Sí, es un hombre de lo más atractivo que acaba de disculparse por haber sido un gilipollas conmigo, pero también es el ex de mi jefa y ya se sabe que no se puede meter cierta parte del cuerpo donde tengas el sustento.

—No puedo, Gonzalo, he de trabajar en mi novela.

—¿Estás escribiendo una novela además de la de Candela?

—No, la mía ya está terminada, estoy editando, corrigiendo, reescribiendo antes de enviarla a corregir por un profesional.

—Ufff, es un planazo.

—¿A que sí?

—Oh, sí. Pero si cambias de opinión, no dudes en decírmelo; andaré por la casa, hay que aprovechar que la jefa no está —dice y

dibuja una sonrisa pícara.

Se despide de mí con un «que te sea leve» y se dirige hacia la casa quemando neumáticos.

Niego con la cabeza, este tío es de lo más raro.

Paseo durante una hora, el paisaje es increíble y me dejo acariciar por el sol de la mañana.

Cuando regreso a la casa, veo que Gonzalo le está lanzando la pelota al caniche que vi el otro día, mientras ríe a carcajadas.

Él me guiña el ojo en cuanto me ve pasar. De pronto, me entran ganas de tomar ese café y a punto estoy de decirle a Gonzalo que me saque de aquí, mas me contengo, he de centrarme en lo importante y lo importante ahora es mi novela, pues he de aprovechar el tiempo que Candela me ha brindado hoy.

Entro en el despacho para coger mi portátil, pero mi sorpresa es mayúscula cuando me lo encuentro plagado de notas adhesivas pegadas por todas partes, al menos hay cincuenta.

En todas ellas Candela parece estar muy enfadada. Dice que no entiende al protagonista, que es un ser anodino y plano. De la chica me dice que si me he inspirado en mí misma para crearla. Según ella, el vocabulario es de primero de la ESO y la historia en sí es mediocre.

No los leo todos, no puedo. Ahora mismo estoy temblando de pies a cabeza y la ansiedad se está apoderando de mi organismo sin darme tregua.

Recibo un mensaje en el móvil, un correo explicándome todo lo que ya me ha dicho en las notas. La última frase me pone los pelos de punta: «He borrado el archivo, tú deberías hacer lo mismo». Quiere que empiece otra vez de cero, no me lo puedo creer, si ella misma dijo que el principio le había encantado.

Las lágrimas recorren mi rostro. Despego todas las notas de mi portátil con furia y me dirijo, con él bajo el brazo, a la habitación que ocupo. Cierro la puerta y me deslizo por esta, hasta sentarme en el suelo abrazando mi ordenador como si la vida me fuera en ello.

—¡Hija de puta! —exclamo entre sollozos.

Es mentira, es que es una soberana mentira. Llevo muchos años en esto, aunque no sea una escritora famosa como ella, sé cuando algo es bueno, incluso si es mío.

Aprieto las mandíbulas y escucho de nuevo a Gonzalo reír. Me levanto del suelo y camino hacia la ventana. Deposito el ordenador en el escritorio y miro al exterior. Sonrío con malicia y tomo una decisión poco acertada, como casi todas las de mi vida.

CAPÍTULO 8

Laura

La sorpresa de Gonzalo, cuando me ve con el abrigo y el bolso, me hace pensar que debería volver a mi habitación de inmediato.

Me he lavado la cara, pero creo que no puedo disimular que he llorado, pues él lo nota.

—Oh, ¿qué ocurre? Candela, ¿cierto?

—Asiento con la cabeza y, aunque no soy muy dada al contacto físico, creo que ahora mismo necesito un abrazo.

No tengo que pedirlo, pues él me lo da y me siento reconfortada, comprendida incluso.

—Anda, tomaremos ese café; tenemos que hablar.

Tardamos poco más de cinco minutos en llegar al pueblo. No sabía que estuviera tan cerca y así se lo digo.

—Hay bicicletas en el cobertizo. Tanto aislamiento agobia, así que cuando te sientas asfixiada, ni te lo pienses. Y si no, puedes llamarme a mí, si alguien puede entenderte soy yo, bueno, yo y los otros tres…

—Sí, que se casó cuatro veces, según tengo entendido.

Gonzalo se encoge de hombros.

—Ya hemos llegado —dice mostrándome la puerta de una casa antigua de piedra, en la que un rótulo de madera tallada con el nombre Ca la Feli me sugiere un lugar de comida casera y café del bueno.

El ex de Candela me franquea el paso y yo entro en el local, que huele a café, a pan tostado y a chimenea.

—¿Lo ves? Un oasis en el caos de mi exmujer.

—Quizá el caos no sea el de ella, sino el mío —digo y me arrepiento de inmediato por haber sonado victimista.

Nos sentamos en una mesa muy cercana al acogedor fuego.

—Hola, cariño y compañía. ¿Qué os pongo? —pregunta una mujer de unos sesenta y tantos años, regordeta y simpática, me recuerda mucho a…

—Es la madre de Petra, ya sabes, la cocinera de Candela —suelta de pronto Gonzalo sin dejarme terminar de pensar de qué me suena su rostro.

—¿Tú eres la nueva sirvienta? —pregunta de pronto la mujer.

—Oh, no —digo y me detengo. ¿Quién he de decir que soy?, nadie puede saber que soy la escritora fantasma de Candela Rojo—. Soy una prima lejana de Candela.

La mujer frunce el ceño y Gonzalo me mira con cara de circunstancias. Parece que he metido la pata y no sé por qué.

—Tráenos dos cortados, Feli —dice de pronto Gonzalo con sequedad.

Cuando la camarera se aleja, miro a Gonzalo de modo inquisidor. ¿Por qué demonios ha pedido por mí? No puedo tomar café, me sienta fatal. Debería decírselo, pero otro tema solapa lo importante y es el porqué de la mirada extraña de la tal Feli.

—¿Qué le pasa a Felisa? —indago.

—Es Felipa. Feli para los amigos. Resulta que Candela no tiene familia, y eso todo el pueblo lo sabe.

Me doy un golpe con la mano en la frente.

—Es verdad, qué estúpida soy.

—No pasa nada, se habrá pensado que eres mi ligue y has mentido para no meterme en un lío. Sí, sé lo que estás pensando, estamos separados, no tendría por qué ser un problema. Aunque Feli sabe por su hija cómo se las gasta Candela.

—¿Petra habla a espaldas de Candela? Si parece la persona más íntegra que conozco.

—Y lo es, créeme, pero Feli es su madre; confía en ella.

—Entonces, ¿puede que también le haya hablado de mí y de mi cometido en su casa?

—Ufff, de eso no creo. No se jugaría el puesto así.

—Ah… —digo extrañada.

—En fin, ¿qué te ha pasado a ti con mi ex?

—Ha leído lo que llevaba escrito y me lo ha hecho borrar. Quiere que empiece de nuevo. Llevaba ya quince mil palabras.

—Ostras, qué putadón. No le hagas mucho caso, hoy no le gusta y mañana le apasiona. Ella es así.

—¿En serio?

—Candela es una buena persona, quizá la más buena que he conocido jamás; sin embargo, tiene un problema para regular sus emociones. Desde que nos separamos, no ha sido la misma, y yo me siento fatal, pero no podíamos seguir juntos, no así.

—No, ¿cómo?

—Soy más joven que ella, no queríamos las mismas cosas.

Tuerzo el gesto. Si tienen un hijo incluso. ¿Acaso fue un capricho y ahora él prefiere vivir su vida sin ataduras? ¿Es eso?

—Bueno, el amor es un sentimiento de ida y vuelta. Hoy te enamoras, mañana dejas de estarlo —suelto sin pensar, pues es lo que me ocurrió a mí con Luca, mi pareja hasta hace tres años.

—¿Ves?, tú lo entiendes. Candela no. Es todo o nada; para ella no hay término medio. Yo necesito una relación más calmada, pero llena de emoción, de viajes, de experiencias…

—Bueno, en ocasiones hay que pensar bien las cosas antes de dar determinados pasos —digo porque, aunque esté de acuerdo con su forma de pensar, no lo estoy con que haya tenido un hijo con Candela y luego haya decidido que quiere vivir la vida sin ataduras.

La camarera nos trae los cortados.

—Disculpad, he tardado un poco. La cafetera no iba muy bien. Aquí tenéis lo vuestro.

—Gracias, Feli —dice Gonzalo, y yo asiento con la cabeza mientras sonrío a modo de gratitud.

Feli me observa ceñuda de nuevo y se marcha.

Un rato después, Gonzalo me deja delante de la casa de Candela. Ella ya ha debido de llegar, pues su coche está aparcado cerca de los peldaños que conducen a la puerta principal.

Me he despedido de él con premura, solo faltaría que Candela nos hubiera visto llegar juntos, no quiero ni pensarlo.

Entro en la casa y me dirijo a mi habitación. Es casi la hora de comer, pero necesito estar un rato a solas, digerir lo que ha pasado en las últimas horas, quitarme de la cabeza la imagen de mi portátil lleno de notitas humillantes. Bufff… Creo que me arrepiento de haber aceptado este trabajo, no creo que pueda llevarlo a cabo si Candela se dedica a boicotearlo.

Llevo un par de minutos caminando de un lado al otro de la estancia, cuando oigo unos toquecitos en la puerta. Respiro profundamente y me dirijo a abrirla, esperando encontrar al otro lado a una enfurecida Candela, sin embargo, lo que me encuentro me desconcierta aún más.

Es ella. Sonríe de oreja a oreja. Lleva una botella de cava en la mano y, en cuanto me ve, me abraza con fuerza.

—Gracias, muchas gracias.

—¿Cómo?

Candela se separa de mí y me mira con cara de circunstancias.

—Los capítulos, mujer…

—Sí, ¿qué ocurre con ellos? Oye, siento que no te hayan gustado, que mi escritura no se adapte a lo que tú estás buscando. Quizá haya sido un error aceptar este trabajo; puede que no esté a la altura.

—Pero ¿qué dices? No, por Dios, no digas eso.

—No entiendo nada. Entonces, ¿las notas?

Candela tuerce el gesto y suelta:

—¿Qué notas?

A ver, que ahora no me aclaro. ¿Por qué me da la sensación de que esta mujer no sabe de lo que le estoy hablando? ¿Y si sus problemas tras el divorcio incluyen que se le haya ido del todo la cabeza?

—Entonces, por lo que veo —digo señalando el cava—, ¿estás contenta con lo que llevo escrito?

—Oh, más que eso, estoy encantada con lo que llevamos. Creo que esta será la mejor colaboración en años. Nadie, me oyes, nadie ha conseguido captar mi esencia como lo has hecho tú en esos capítulos.

Vale, ahora sí que me he perdido. Si dice que le encanta, ¿a qué venía semejante humillación? Escribió cosas muy duras sobre mí, sobre mi valía como escritora, ¿y ahora quiere celebrar conmigo y me halaga hasta límites que no consigo comprender?

—Va, mujer, vayamos al salón y celebremos que hoy es un gran día. *Lucille bajo cero* va viento en popa.

—¿*Lucille bajo cero*?

—Oh, sí. ¿No te parece ideal?

—Bueno…

«Me parece vomitivo», pienso. Si yo le pusiera semejante título a uno de mis libros, me lo comería con toda clase de verduras y hasta en estofado. Soy solo una simple mortal, en cambio, Candela se puede permitir ponerles títulos ridículos a sus novelas, todas maravillosas, eso sí, pero ¿en realidad las ha escrito ella?

CAPÍTULO 9

2004

Vero se quedó en el porche de la casa de su nueva amiga Marina. Aquel chalé adosado era muy diferente al austero hogar en el que se había criado: un edificio prefabricado en el barrio, donde los cuatro que eran en casa tenían que pelearse para poder ir al único y minúsculo lavabo.

—Pasa, Vero, no me como a nadie —dijo Marina haciéndole un gesto con la mano—. Además, Daniel no está, si es lo que te preocupa. Va a pasar el fin de semana con su padre.

Vero torció el gesto y Marina le aclaró: «El biológico, el que se parece a él y lo ha convertido en el patán que es».

Marina le contó que sus padres la habían adoptado. Que era huérfana y estas personas la criaron. También que empezaba a estar harta de ellos.

Vero no sabía qué decirle, pues se sentía afortunada por tener unos padres maravillosos, aunque les costara tanto llegar a fin de mes por sus precarios trabajos.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? —indagó Marina con el ceño fruncido.

Vero, más tranquila al saber que no se iba a encontrar con el matón de su clase, decidió seguir a Marina, que la condujo hacia su maravillosa habitación. Era como una de esas que salían en las

películas y series norteamericanas: con una cama tubular blanca, paneles de corcho con fotos divertidas y detalles por doquier.

—Mira —dijo Marina señalando un tocador con bombillas alrededor del espejo, como el de las actrices de Hollywood, y luego añadió—: Ahí es donde se producirá la magia.

—¿Tú crees? —preguntó Vero, observándola con sus grandes gafas de aumento y la ortodoncia, que la hacía hablar de un modo extraño.

—Has traído las lentillas, ¿cierto?

—Sí, pero ya te dije que no las soporto…

—¿Tú quieres ser popular?

—Tampoco eso.

—¿Entonces qué quieres?

—Ser como los demás y salir de clase sin temer las burlas de gente como tu hermano.

—Hermanastro… Si tuviera una gota de sangre de ese anormal, me metería bajo tierra y no saldría nunca más, te lo juro.

Vero se rio por primera vez. Por alguna extraña razón, empezaba a caerle bien Marina. Siempre la había visto como una diva intocable, ahora podía verla como alguien capaz de sacarle una sonrisa.

—Vero…

—Dime.

—Vamos a tener que hacer algo con tus aparatos.

CAPÍTULO 10

Laura

Me despierto aturdida. La celebración con Candela se extendió hasta altas horas de la madrugada. No recuerdo muy bien nada desde la tercera o cuarta copa de cava. La verdad es que Candela es muy divertida, pero tengo que dejar de beber como una cosaca cuando a ella se le ocurre celebrar algo, pues no sé qué barbaridades puedo llegar a decir cuando estoy borracha como una cuba.

Tras ducharme y vestirme con ropa cómoda, bajo a la cocina; necesito café, aunque me siente como una patada en el estómago.

Petra me dice que está limpiando la cafetera y que suba al despacho, que ella misma me lo llevará.

Asiento sin rechistar; hoy estoy para que me mimen.

Paso por la habitación a recoger mi portátil y me dirijo al despacho. Las notas adhesivas que despegué de él y dejé en mi destartalado escritorio ya no están.

Empiezo a pensar que el síndrome del impostor me jugó una mala pasada y me lo imaginé todo. Pero rápido descarto la idea, las notas eran tan reales como que una de ellas la rompí y un trocito quedó pegado a la tapa de mi PC. Esa es la confirmación de que estoy muy cuerda y las notas fueron pura realidad.

Enciendo el ordenador y abro la aplicación del correo. Candela me ha dicho que me ha pasado el archivo con el que debo continuar de ahora en adelante. Es un documento de Word compartido con ella, así podrá entrar cuando quiera y comentar sobre la marcha. Eso me hace sentirme observada, pues estoy acostumbrada a trabajar sola.

Nada más entrar, noto que algo no va bien. Primero de todo, Candela ha puesto su estrafalario título en letras grandes, y no solo eso, pues ha editado el documento; ha cambiado lo que no le parecía bien de mi texto.

Leo con desespero todo lo que llevaba escrito mientras no dejo de mirar que ahora ya no hay quince mil palabras, sino doce mil. Candela ha quitado párrafos enteros, ha cambiado expresiones, incluso ha incluido algún párrafo de su autoría.

«Esto es una colaboración, Laura, tienes que ser fuerte y comprender que este libro no es tuyo. ¿Qué más te da que Candela se haya cargado una historia que prometía?». Porque sí, se la ha cargado.

Hay párrafos que son para mear y no echar gota. Con una pluma plana, sin vida. No hay sentimiento, joder. Solo narra, solo escribe cual máquina. No me lo puedo creer.

Esto no es lo que yo he leído en sus novelas. Lo que me hace sospechar otra vez que no he sido la única «colaboradora» que ha tenido.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Me muerdo el labio. Necesito hablar con alguien que pueda orientarme y creo saber quién puede hacerlo.

Salgo de la casa a la carrera, ante la estupefacción de Petra, que me traía el café y a la que casi arrollo. Me dirijo al cobertizo. Un hombre mayor que ya había visto por los alrededores y, según Gonzalo, es el jardinero, me pregunta qué quiero.

—Una bicicleta para ir al pueblo.

El hombre, de unos sesenta años, cabello blanco y barba poblada, entra en el cobertizo y me saca una bicicleta blanca clásica de paseo. Con su cestita y todo.

—Oh, muchas gracias —digo y le dedico una sonrisa.

El hombre no dice nada, pero me hace un gesto que podría significar que no hay de qué, al menos así lo interpreto.

—Hasta luego —me despido tras montarme en la bicicleta.

El jardinero alza el mentón. Me alejo con un pedaleo algo frenético, creo que no era una bicicleta de paseo lo que necesitaba hoy.

Llego a la cafetería bastante cansada. El camino en coche parece mucho más corto, la verdad.

Al entrar, miro hacia todas partes, aunque no localizo a Gonzalo. La verdad es que no sé por qué he pensado que podría encontrarlo aquí.

Feli me ve y se acerca a mí, sonriente.

—Hola, niña.

—Hola, Feli. ¿Por casualidad no sabrás dónde puedo encontrar a Gonzalo?

Feli me devuelve un gesto pícaro.

—Pues la verdad es que no. Aunque puedo darte su teléfono.

—¿En serio?

—En estos tiempos que corren, con eso de la Ley de Protección de Datos, la cosa está muy negra, pero yo soy de la vieja escuela.

—Oye, pues sí, dámelo.

—Espera un momento —dice mientras se encamina hacia detrás de la pequeña barra.

Me hace un gesto para que me acerque, tras poner sobre esta un cuaderno de tapas de cuero, que ha conocido tiempos infinitamente mejores. Lo abre, es una agenda telefónica, hacía siglos que no veía una. Localiza la pestaña de la G, que está a punto de deshacerse de tanto uso y el transcurso de los años; busca entre los contactos, escritos en diferentes bolígrafos, el que me interesa.

—Aquí está… Gonzalo macizo.

Entrecierro los ojos.

—¿Ese es su apellido?

—Oh, no, chiquilla. Es para saber quién es: tengo a Gonzalo tirillas, a Gonzalo borracho… Y como él es *tan* guapísimo, pues macizo.

Saco mi móvil y apunto su nombre, yo solo tengo un Gonzalo, pero me ha hecho tanta gracia Felipa con su original modo de apuntar los contactos que lo guardo exactamente de la misma forma que ella.

Le pido a Feli un té y me siento en una de las mesas. Llamo a Gonzalo macizo, Gonzalo macizo me responde somnoliento, Gonzalo macizo no está solo, lo sé por la voz femenina que le dice: «Deja eso y vuelve aquí conmigo».

Conozco muy bien esa voz, es la de Candela.

CAPÍTULO 11

Laura

Tras mi metida de pata, no me queda otro remedio que volver a la casa con las orejas gachas para enfrentarme a unos capítulos mancillados por una censora sin sentimiento en la pluma. Estoy triste y no sé por qué, la verdad. Me gusta tanto escribir que todos los proyectos los hago míos. En todos me dejo la vida. Aunque en este en concreto no debería.

Candela me llama nada más escuchar mi voz, está en el salón, ni rastro de Gonzalo. Acudo sin muchas ganas.

—Hola, Lau. ¿Qué tal llevas la resaca?

—Ya mucho mejor; salir un rato me ha hecho bien.

—Ah, entiendo. Qué te iba a decir…, ¿viste los cambios?

—Sí…

—¿Y qué te han parecido? ¿A que ahora tiene mucha más fuerza la historia? Es impresionante lo que pueden hacer unos ligeros cambios.

«Lo que tú digas», pienso.

—Sí, claro, tiene más fuerza.

—Sabía que te gustarían. Tú y yo estamos en sintonía; nos compenetramos.

«Y una mierda», dice mi voz interior.

—Sí, claro, totalmente compenetradas.

—Genial…

—Pues nada, Candela. Voy a seguir…

—Muy bien.

Me doy media vuelta y me alejo unos pasos, pero ella me llama.

—Dime.

—Esto… Veo que has conocido a mi exmarido. Solo quiero avisarte de que tengas cuidado. Gonzalo es, cómo diría sin que suene excesivo, un depredador nato.

Enarco las cejas.

—No hay problema con eso. Solo ha sido amable y cordial conmigo —digo una verdad a medias, y sé que ella lo sabe.

—Gonzalo puede ser encantador, aunque tiene un lado oscuro. Espero que te tomes mis palabras como lo que son, un aviso.

—Por supuesto, pero repito que no habrá problema. No me interesa tu exmarido ni nadie en este momento.

—Perfecto.

—Perfecto. Hasta luego, Candela.

Salgo de la estancia rezando para que esta mujer no vuelva a llamarme y mucho menos por ese odioso diminutivo que odio a rabiar.

Entro en el despacho y me derrumbo en la silla de oficina. Levanto la tapa de mi portátil y espero a que se encienda. Abro el dichoso archivo compartido.

Trato de escribir; no puedo. Mi mente llora la pérdida de la pequeña semilla que había germinado tan bien. Ahora tengo un

puñetero sinsentido entre mis manos.

Me paso la próxima media hora escribiendo y borrando, consigo completar una página de pura basura. No fluye.

Decido dejarlo y me traslado a mi habitación con el portátil, quizá allí se me dé mejor.

Varios intentos me hacen entender que no podré seguir adelante, aunque estuviera en el rincón más bonito del mundo.

Me quedo mirando la pantalla con el cursor parpadeando en el final de una preposición. No sé cuántos minutos llevo así, cuando mi móvil suena: es Gonzalo.

Atiendo la llamada.

—Hola, soy Laura —digo sin esperar a que él diga nada.

—¿Qué Laura?

—Trabajo con Candela.

—Ah, esa Laura. ¿Necesitabas algo?

—Sí, te llamé porque he de hablar contigo.

—Lamentablemente, estoy fuera un par de días. Pero dime, ¿de qué se trata?

—Bufff, es bastante complicado lo que te voy a decir. Resulta que Candela ha editado mi manuscrito —suelto sin pensar en la magnitud de mis palabras.

Me muerdo el labio al caer en la cuenta de la metida de pata.

—Entiendo —responde Gonzalo obviando que he llamado «mi manuscrito» al que se supone que es de Candela.

—No soy capaz de seguir adelante con la escritura. Ambas tenemos una forma de escribir muy distinta.

—Pues es simple, no lo hagas.

—Necesito el dinero —digo con sinceridad.

—No me has entendido. Escribe, claro, pero no continúes con ese archivo editado, hazlo con el que tú tenías antes de que Candela metiera mano.

No puedo ocultar mi sorpresa…

—Candela se enfadará si hago eso.

—Créeme, no se dará ni cuenta.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pero ahora el archivo es compartido y lo puede ver.

—Copia tu texto y pégalo en el archivo compartido. Te lo digo en serio.

Sonrío con malicia.

—Está bien, lo haré.

—Oye, Laura, tengo que dejarte, me llaman. ¿Te parece bien que tomemos un café cuando vuelva y me cuentas qué tal ha ido el trapicheo?

—Sí —digo con una risilla repelente.

Termino la llamada tras despedirme de Gonzalo macizo y me froto las manos. Creo que cambiaré macizo por maquiavélico. Me encanta.

CAPÍTULO 12

Laura

Respiro hondo antes de pegar los capítulos que tengo preparados en el portapapeles en el archivo de Candela. Le doy a pegar. Me muerdo el labio. Sin darle más vueltas, releo el último capítulo que escribí y las ideas fluyen de inmediato. Piden paso en mis dedos para materializarse en pantalla. Dejo que ocurra la magia.

Me sorprendo muchísimo cuando me doy cuenta de que llevo más de tres mil palabras. La felicidad me abruma; estoy muy arriba. Pero mi dicha se esfuma cuando vuelvo de nuevo a recordarme para qué estoy aquí. Aprieto los puños; posiblemente sea lo mejor que he escrito en toda mi vida y no saldrá publicado con mi nombre. Joder.

Un pensamiento fugaz cruza mi mente. Mi manuscrito, el que estoy editando, no tiene ni punto de comparación con esto. Podría ir pegando un capítulo por día y escribiendo mientras tanto mi propio libro, porque lo que tengo delante es mío, solo he de cambiar el nombre de los personajes, total, si como dice Gonzalo, Candela no se va a dar ni cuenta, ¿qué más da?

Pego el contenido del manuscrito de Candela en un documento en blanco y copio varios capítulos, hasta llegar más o menos a lo que tengo escrito en el archivo compartido.

«Fueron meses de trabajo duro. No lo hagas, es tu manuscrito. No se lo regales a ella, no se lo merece».

Deshago los cambios y me quedo como estaba, con mis palabras alucinantes escritas para el libro de una falsa escritora sin talento.

Pero tampoco me parece justo.

Me arrepiento de haberle hecho caso a Gonzalo, debería haber dejado el fiasco de Candela como estaba y dedicarme a editar mi propia novela. Sí, eso debería haber hecho.

Tengo la cabeza hecha un lío y creo que debo alejarme del ordenador antes de que se me ocurra hacer alguna locura irremediable.

Durante la cena, hablo lo justo con Candela. Está como ausente. Yo me limito a degustar la sopa que ha preparado Petra sin apenas pronunciarme, hasta que ella lo hace.

—He de salir mañana a primera hora. Tengo que llevar a mi pequeño al médico. Tienen que intervenirlo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le ocurre?

—Nada importante. Aunque estaré en la ciudad un par de días, necesito estar cerca de él.

—Ya… entiendo.

—Mientras espero a que lo operen, intentaré entrar a revisar lo que has escrito hoy. No quiero que se me acumule, luego es más complicado.

—Ajá…

—En fin. Yo me iré a acostar, mañana me espera un largo día.

—Sí, descansa. Buenas noches, Candela. Y que no sea nada lo de tu niño.

Candela me mira con los ojos entrecerrados. Suspira y suelta la servilleta encima de la mesa en un gesto algo tosco. Luego se levanta y sale de la estancia sin decir nada más.

Yo me quedo sentada a la mesa sumida en mis pensamientos. Un trueno rompe el silencio. Me abrazo a mí misma. Cada día que pasa estoy más incómoda en esta casa. Sin embargo, jamás me había sentido tan conectada con unas páginas escritas por mí, así que mi cabeza no deja de excretar ideas, conversaciones entre personajes, situaciones, giros…

Debería irme a la cama, descansar, al fin y al cabo, el día ha sido agotador. No puedo. Estoy inquieta, deseosa de seguir adelante con la escritura, y eso hago en mi cama, con el portátil, durante horas.

La tormenta es la banda sonora, la trama el equivalente al viento que sopla en el barco de mi mente. Mis dedos el motor que lo impulsan. Amo escribir, amo vivir de ello.

Me despierto al escuchar voces; no sé ni cuándo me quedé dormida. Es Candela, parece que habla con alguien por teléfono y discute. No sé qué hora debe de ser, por ello trato de alcanzar mi móvil para comprobarlo. Son las cinco y media de la mañana.

Pego la oreja a la pared y escucho con claridad que habla con Gonzalo, porque dice su nombre de vez en cuando. Lo que más me llama la atención es el motivo de dicha llamada. Resulta que el señor macizo no estará presente durante la operación del niño. Es increíble el pasotismo de este hombre con respecto a su pequeño.

Al parecer, dice que tiene que quedarse en Madrid, se ve que es ahí donde está estos días, trabajando. Candela responde que es más importante la salud de su pequeño que el dichoso trabajo. Luego ella se enfada porque él, supuestamente, la ha llamado enferma mental. Madre mía, no entiendo nada.

Siento un fuerte golpe contra la pared y doy un respingo. Me llevo la mano al pecho mientras mi corazón late con fuerza. ¿Habrá

descubierto Candela que escuchaba su conversación?

Espero de rodillas en la cama; aguanto la respiración. Un nuevo golpe me sorprende y el sonido de tacones que se alejan me confirma que Candela ha dado un portazo y ya se marcha.

Suelto el aire y siento un alivio enorme, no sé qué me pasa, pero cuando ella no está en casa, el aire es más respirable. Dejo el portátil en el escritorio y me meto en la cama otra vez. Escribí muchas horas durante la noche, creo que me he ganado un buen descanso.

CAPÍTULO 13

2004

Vero no se reconocía. Era otra persona. Otra persona que le gustaba muchísimo. Era guapa y jamás lo hubiera pensado. Las lentillas le molestaban, como siempre. Quitarse la ortodoncia era reconfortante, como cada noche. Solo que ahora no se iba a dormir, sino a salir con Marina a tomar algo al bar donde solían quedar los del instituto, ya que estaba muy cerca de este.

—Van a alucinar cuando te vean. Quién lo iba a decir, ¿eh?

—No me lo creo —dijo Vero acariciándose el rostro.

—Te juro que siempre lo pensé. Esas gafas enormes, los aparatos que te hacían hablar mal, la ropa…

—¿Qué le pasaba a mi ropa?

—No te ofendas, Vero, pero es que siempre vistes muy infantil, como si fueras una niña, y ya tienes quince años.

Vero agachó la cabeza. No era su culpa. Su madre tenía esa manía, la de comprarle ropa de niña cuando ya casi era una mujer. Ahora había comprendido que no podía seguir comprándole vestidos de nido de abeja y ya era un gran paso; aunque la sudadera de Garfield que llevaba al entrar a casa de Marina no era lo más.

—Puedes quedarte la falda y el top.

—Oh, no puedo aceptarlo…

—Sí, claro que sí. Mi padre adoptivo tiene un taller de confección, hace ropa para algunas tiendas de la ciudad y a mí me sale por las orejas. Así que no te sientas mal y quédatela.

—Muchas gracias —dijo Vero dedicándole a su nueva amiga una sonrisa libre de aparatos.

—La verdad es que sin esa línea de metal se te ven unos dientes muy guays.

»Uy, son las cinco, hemos quedado a y media. Nos tenemos que ir pitando —anunció Marina.

Vero se apresuró a recoger su ropa y meterla en la mochila. Al abrirla, un cuaderno cayó.

—¿Qué es eso?

—Oh, es solo una tontería —alegó apretando el cuaderno contra su pecho.

—¿No me lo vas a dejar ver? —preguntó Marina con una mueca pícara.

—Preferiría que no…

—¿Acaso escribes?

—Bueno…, lo intento.

—Qué bien. Yo también escribo, pero nadie lo sabe y lo negaré si te vas de la lengua.

—Mi boca está sellada.

—Eso espero, pequeña. Por tu bien…

CAPÍTULO 14

Laura

Es cerca de la una de la madrugada y no puedo dormir. He pasado casi todo el día escribiendo. La novela está muy adelantada, y creo que pronto llegaré a las cincuenta mil palabras.

Siento los personajes muy vivos, y la trama es una verdadera pasada. Precisamente, no puedo dormir porque no dejo de darle vueltas a cómo voy a seguir.

Mi mente va muy rápido y no soy capaz de relajarme. Por ello, decido salir de mi habitación y bajar a la cocina. Hallo la puerta cerrada y la abro con cuidado. Sentado en un taburete, y con los codos apoyados en la isla, encuentro a Hakim.

Lo saludo y él me devuelve una mirada vidriosa.

—¿Qué te ocurre? —indago mientras me acerco a él.

Lleva una camiseta gris ajustada al torso y unos pantalones de chándal negros. No puedo evitar mirar sus brazos marcados y bronceados.

—No es nada. Noticias de mi país.

—¿Marruecos?

—Sí —dice con una sonrisa tensa.

—Si quieres, puedes contármelo. A veces va bien desahogarse…

—No sería apropiado.

—¿Por qué? No me salgas con alguna historia religiosa ahora, ¿eh?

—Oh, no. No tiene nada que ver con eso. ¿Se puede saber por qué los españoles os pensáis que todo lo que hacemos los marroquís es por nuestra religión?

—Ufff, desconocimiento, quizá. Vosotros también pensáis que todo cuanto hacemos o decimos es racista.

—Creo que será mejor que me vaya a dormir —anuncia Hakim, mientras se levanta del taburete.

Lo agarro del antebrazo y mi mirada se cruza con la suya. Me pierdo en sus ojos pardos.

—Lo siento, no quería ofenderte. Será mejor que no hablemos de gilipolleces y prejuicios.

—Sí, puede que sea mejor dejar ciertos temas a un lado —responde mientras se sienta de nuevo.

—Verás…, no puedo dormir. Me he pasado el día escribiendo y mi cabeza se niega a detenerse; continúa tejiendo tramas, diálogos… Un verdadero caos —digo con el fin de romper el hielo.

Hakim sonríe levemente. Creo que es la primera vez que veo en su rostro un atisbo de sonrisa. Ya podría hacerlo más, está verdaderamente guapo.

—Es difícil dormir en esta casa.

—¿Por qué?

—Es vieja, fantasmagórica.

—A mí me parece preciosa.

—Cruje; es fría y siniestra.

—Creo que tenemos diferentes puntos de vista también en esto. Aunque ya sabes lo que dicen de los polos opuestos…

Hakim me mira de soslayo.

—Es tarde —suelta cortante—. Me iré a dormir. Mañana tengo mucho trabajo. Tú deberías hacer lo mismo.

El joven mayordomo se levanta y sale de la cocina, dejándome abrumada por mi incontinencia verbal.

«¿A qué venía eso de los polos opuestos…? Madre mía, estoy fatal», pienso.

Me hago una manzanilla y decido ser más comedida de ahora en adelante. Un hombre acaba de huir de mí como de la peste.

Saco mi móvil del bolsillo central de la vieja sudadera que me he puesto para bajar aquí. Tengo un wasap de Gonzalo. Entrecierro los ojos y abro el chat.

¿Qué haces?

Lo ha enviado hace media hora y no sé si contestarle. Dudo unos segundos, hasta que pienso: «a la mierda», y lo hago.

No puedo dormir. Esta casa cruje.

Suelto con el fin de emular a Hakim, yo ni me había dado cuenta de que lo hiciera. Además, no sé qué decirle.

He llegado hace un par de horas de Madrid, te paso a buscar, conozco un sitio que te va a encantar.

Me echo hacia atrás el cabello. No creo que sea buena idea. La advertencia de Candela todavía resuena en mi mente; además, este hombre tendría que estar al lado de su hijo y, en lugar de ello, está proponiéndome una cita clandestina totalmente fuera de lugar.

No pienses cosas raras. Soy un buen chico.

Sí, claro, él es un buen chico, pero yo no soy muy de fiar; llevo meses sin sexo y Gonzalo es una tentación demasiado tentadora, valga la redundancia.

Estoy fuera, esperándote.

Esto empieza a rozar lo perturbador. Lo peor de todo es que mi interior está gritándome: «Ve, desgraciada, para una vez que un hombre escultural se fija en ti… Ya has visto al mayordomo, huye de ti, sin embargo, este… Aprovecha, joder».

Ahora salgo. Diez minutos.

Nada más escribirlo, me arrepiento y estoy a punto de borrarlo, de hecho, intento hacerlo. Pero algo ocurre, algo extraño, mi dedo se va al botón de enviar. Mentira, yo misma lo pongo ahí con una sonrisa ladina, solo me falta relamerme. Lo envío.

Recibido.

Leído…

Gonzalo está escribiendo.

Aquí te espero.

* * *

Estoy bailando. Las luces azules de la discoteca acarician mi piel. El alcohol recorre mis venas; el alcohol y algo más. Una pastilla que Gonzalo me ha dado.

Nunca había probado el éxtasis, hasta hace un rato.

Gonzalo me esperaba con su impresionante deportivo, tenía las luces del vehículo apagadas y me costó un poco localizarlo. Fue su sonrisa de anuncio de dentífrico lo que lo delató.

Yo me había puesto unos vaqueros y una camiseta básica. Lo completé con unas deportivas tipo Converse sin marca visible por

ninguna parte. Incómodas pero resultonas.

El pelo me lo dejé suelto y abandoné en la mesa de noche mis gafas progresivas.

Mi cita clandestina me dijo que estaba espectacular. Yo no lo veía así, aunque me subió la autoestima.

Luego vinimos aquí, a una discoteca a cincuenta kilómetros de la casa de Candela, aproximadamente.

Ya es sábado, aunque soy de esas personas que alargan el día hasta que se levantan por la mañana. Por esa razón, para mí es noche de viernes hasta que se demuestre lo contrario.

Gonzalo trae dos cubatas y bebemos, reímos, nos abrazamos. Los cubatas se caen al suelo y pedimos otros. Estoy subida sobre su espalda, a caballito. Este tío sabe divertirse, y yo también.

La noche transcurre como un cúmulo de imágenes sin nexo. Todas excesivas, divertidas. Hasta el momento en el que estoy en una cama bocarriba, y Gonzalo se quita su camisa negra para dejarme ver unos pectorales alucinantes, unos brazos tatuados y unos labios realmente apetecibles. Me besa, lo beso. Me dejo embriagar por su cuerpo, por nuestra desnudez, por el sexo más increíble que he tenido en toda mi vida.

Me despierto cuando la luz de la mañana me ciega. Todo indica que me encuentro en una habitación de hotel, y Gonzalo duerme plácidamente a mi lado.

—Dios, ¿qué he hecho? —mascullo llevándome ambas manos al rostro.

Gonzalo se despereza y me observa.

—Joder… —dice y cierra los ojos.

Creo que encontrarme en su cama no le ha hecho ni pizca de gracia.

—Sí, joder es lo que hemos hecho —digo mientras me levanto de la cama envuelta en una sábana cual canelón y busco mi ropa con desesperación.

—Pero si estuvo genial, ¿no te lo parece?

—Lo que me parece es que tu ex me matará si se entera.

—Candela no tiene nada que decir. Yo puedo follar con quién quiera, faltaría más —dice molesto.

—Se supone que operaban a tu hijo ayer. No deberías estar aquí, y yo tampoco.

—¿Qué?

—Eres un pésimo padre, que lo sepas.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Estás loca?

—Sí, posiblemente sea una loca peligrosa, así que llévame a casa de tu ex de inmediato. Todo esto ha sido un error.

—Como la señorita quiera —sentencia y se levanta como su madre lo trajo al mundo; luego añade—: ¿Podré ducharme al menos?

Asiento con la cabeza y me llevo las manos a las sienes. Necesito una ducha, huelo a humanidad y a alcohol rancio, pero prefiero esperar a llegar a casa de Candela. No puedo hacerlo con ese hombre ahí dentro; temo abalanzarme sobre él de nuevo y sería un gran error, error que no se puede repetir.

CAPÍTULO 15

Laura

Estoy en mi habitación. Eran más de las ocho de la mañana cuando llegué, la casa estaba en calma. Algo bastante extraño teniendo en cuenta lo riguroso de los horarios del personal de servicio.

Me duele la cabeza y tengo el estómago algo revuelto. Siento un ligero temblor en el cuerpo, que está como destemplado. Necesito más horas de sueño, pero he de trabajar.

Un ligero tufillo me hace recordar que tengo que pasar por la ducha, y así lo hago.

El agua caliente me reconforta, aunque mi mente no para de intentar recordar lo que ocurrió anoche. Tengo claro lo básico, que Gonzalo me dio una pastilla que acepté sin remilgos y acabé por acostarme con él.

¿Lo deseaba? Sí, y he de decir que recuerdo un sexo increíble, no sé si por el efecto de la droga o por el tiempo que llevaba sin practicarlo.

Me divertí y no lo puedo negar. Eso no quita que me sienta mal, muy mal, por haberme pasado la noche retozando con un padre irresponsable y alejándolo así de su pequeño.

Bajo a la cocina y cojo un poco de fruta de la nevera. Como despacio, sin muchas ganas, sin embargo, la fruta me sienta bien.

Petra entra en la cocina de pronto. Lleva un balde con ropa recién lavada. Señal inequívoca de que, además de cocinar, se ocupa de diferentes tareas en la casa, como lavar la ropa.

—Hola, niña. ¿Qué te ha pasado? Menuda resaca me llevas.

Cierro los ojos y sonrío. Pensé que podría disimularlo, pero no. Menos mal que no está Candela.

—Anoche salí un rato.

—Sí, se te nota. Yo hace tanto tiempo que no me pego una fiesta… Te juro que, a estas alturas, de mi casa no me sacan ni los GEO.

»Donde esté un buen sofá y un marido cojín, que se quite toda la fiesta del mundo.

—No sabía que estuvieras casada.

—Sí, mujer. Hace ya años que me casé con mi Paco. Por cierto…, y hablando de hombres, que me ha dicho un pajarito que estás muy pegadita al Gonzalito.

Trago saliva.

—Solo somos amigos —digo en un intento de esconder mi noche de sexo desenfrenado con él.

—Amigos… Conmigo no hace falta que disimules, tanto me da lo que hagas con tu vida. Gonzalo es algo golfo, eso sí.

—¿Y? —pregunto molesta.

—No te enfades, mujer, si yo te lo digo por tu bien. Que está muy bueno y eso no se puede negar, pero es para un ratito, ya me entiendes. Jamás sería bueno como marido cojín.

—Te aseguro que no busco marido y mucho menos quiero uno que se pase el día, con el mando a distancia, sentado en el sofá.

—Bueno, yo tampoco querría uno que tomara drogas y fuera de fiesta en fiesta…

Petra sale de la estancia y se dirige al patio trasero, donde hay un tendedero.

Me termino la fruta y abandono la cocina, ya he tenido bastante conversación para todo el día.

Subo a mi habitación para coger el portátil. Una vez en el despacho, lo enciendo y, de inmediato, me llega un aviso de que tengo un nuevo correo electrónico de Candela.

Lo siento, Lau, no he podido leer lo que has escrito. Hoy sin falta me pongo a ello.

Le contesto diciéndole que no pasa nada —mejor para mí que no lo haya hecho— y le pregunto por su hijo. Ella no me responde, así que abro el archivo del proyecto de novela y releo lo que escribí ayer. Las ideas empiezan a bullir en mi cabeza y comienzo a teclear de modo enérgico.

Son las tres de la tarde cuando decido descansar. Al no estar Candela, en esta casa no hay horarios.

La cocina está solitaria, y veo una nota de Petra: ha dejado canelones hechos, están en la nevera.

Me encantan los canelones, aunque creo que ahora mismo estoy para sopitas; mi estómago sigue algo tocado. En cambio, mis tripas rugen, así que me caliento una ración.

He de decir que me sientan de vicio y me proporcionan fuerzas para seguir con mi trabajo. Creo que, de seguir así, esta noche alcanzaré mi objetivo, las cincuenta mil palabras, cifra con la que ya se podrá considerar que tengo una novela. No pensé que lo

conseguiría tan pronto, parece mentira que pueda ser capaz de alcanzar semejantes niveles de producción con el resacón que llevo.

A las nueve de la noche, consigo mi objetivo, sin embargo, ya no soy persona y lo único que quiero y necesito es dormir. Así que apago el portátil, bajo la tapa y me voy a mi habitación. Mañana volverá Candela y, con ella, el desasosiego.

Al día siguiente, tras ducharme y desayunar, me dirijo al despacho. Al entrar, siento que algo no va bien, pronto comprendo que mi intuición no falla.

La tapa de mi portátil está de nuevo llena de notas ofensivas.

«Eres patética, la peor escritora que conozco»; «Menudo truño has escrito, da asco»; «Deja en paz a mi hombre, zorra», etc.

—Ay Dios… —susurro.

Me creo todos y cada uno de los insultos de Candela; ahora mismo me siento un fracaso como escritora. Sin embargo, no puedo evitar que la rabia invada mi pecho con fuerza y, de nuevo, rompo los pósits: los hago trizas.

Las lágrimas no tardan en brotar, y mi boca se lanza a maldecir. Espero que, en esta ocasión, Candela no se haga la loca y admita que ha escrito todas estas notas.

Salgo de la habitación como una exhalación mientras llamo a gritos a mi jefa. Que, obviamente, debió de llegar durante la noche o demasiado temprano para que la oyera.

Escucho su voz, está en el salón. Entro y la encuentro con su caniche sobre el regazo; tiene un collar isabelino.

—¿Qué ocurre, Lau?

—No sé, Candela, ¿dímelo tú?

—¿Qué tendría que decirte? ¿No te han gustado mis comentarios?

—Pues fíjate que no. No sé cómo se puede ser tan malvada, retorcida y asquerosa… Sí, asquerosa.

—Oye, pensé que quedaron claras las condiciones del contrato. El libro es mío, así que voy a editar y a cambiar cuanto me convenga.

—Me parece muy bien, si quieres destrozar mi manuscrito con tus escritos planos e insulsos, allá tú, pero de ahí a tener que aguantar insultos y vejaciones hay un trecho.

—¿Insultos? ¿Vejaciones? Además, ¿desde cuándo es tu manuscrito?

—Desde que he sido yo y no tú quien lo ha escrito…

—Hay un contrato. ¿Eres consciente de lo que implicaría el incumplimiento?

—Me da igual, asumiré todas las consecuencias, pero no pienso permitir que vuelvas a poner tus manazas en mi novela.

—Mira, será mejor que te tomes un respiro. Me ha dicho Hakim que te has pasado todo el tiempo escribiendo sin parar, y eso es… peligroso.

»Así que descansa, solo así seguiremos hablando.

Candela llama a Hakim, y este aparece en la sala de inmediato.

—Acompaña a Laura a su habitación, necesita descansar. Y dile a Petra que le prepare una infusión. Está muy nerviosa.

—Yo no estoy nerviosa, solo indignada —suelto con el mentón alzado.

Hakim clava sus ojos en mí y asiente con la cabeza antes de decir: «Vamos».

Un corderito sería menos obediente que yo. No sé qué tiene la mirada de Hakim, que me transmite calma de inmediato. Así que lo obedezco y, poco después, entro en mi habitación. Me tiendo en la

cama; estoy tan cansada que cualquiera diría que no he dormido nada. Soltar la rabia con Candela ha sido agotador.

Hakim me dice que vuelve en unos minutos, y así lo hace, con una taza humeante. Espero un poco a que se enfríe, antes de beberme la infusión… No sé de qué planta es, solo sé que me hace caer en un estado total de sopor y somnolencia. Me dejo llevar.

—Tranquila, descansa… —susurra Hakim antes de alejarse de mí.

Lo último que escucho es el sonido de la llave. ¿Me ha encerrado?

CAPÍTULO 16

Laura

Despierto tras un susto enorme por soñar algo que se borra de mis recuerdos de inmediato. Por suerte.

Encuentro a Candela de pie, con los brazos cruzados, mirándome.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

—Asegurarme de que no haces ninguna tontería.

—¿Y por eso te cuelas en mi habitación? ¿Para vigilarme?

—Si quieres verlo así…, yo no puedo hacer nada por convencerte de lo contrario. Créeme cuando te digo que me preocupas. Pensé que eras diferente, más fuerte, pero veo que no vas a poder llevar a cabo una colaboración entre las dos.

—No es una colaboración, Candela —digo mientras me siento en la cama y busco mis zapatillas en el suelo.

—Tú escribes y yo edito lo que creo conveniente. Así lo han hecho grandes escritores durante la historia.

—Esos escritores no amaban su oficio, si lo hubieran hecho, jamás dejarían que nadie tocara sus obras.

—El toque final siempre lo daré yo, no se publicará nada sin mi completa supervisión.

—¿Estás segura? Porque yo he vuelto a pegar los trozos originales, sin los cambios que hiciste; siento decirte que no estaban a la altura de una autora de éxito como tú.

—Uy, noto cierto deje de inquina y prepotencia en tus palabras. Mira, sé que es frustrante llevar años escribiendo y no tener el reconocimiento que crees que te mereces, pero yo no tengo la culpa.

»Soy una marca, además de una autora. Todo lo que publico se convierte en *best seller* sin apenas esfuerzo.

—Claro, el esfuerzo lo hace otra persona. Tú solo recoges los frutos de los árboles que no plantaste.

—No te olvides de que la semilla es mía. La idea principal. Tú misma te has dado cuenta de que es buena, mucho más buena que la de tus libros publicados, ¿cierto?

Aprieto las mandíbulas, no quiero reconocer que sí, que su idea es cojonuda y que ha activado en mi interior una chispa creativa brutal. Pero la historia, sus personajes, todo lo que he creado en esas páginas es mío.

—Sigo sin poder entender que una autora no escriba sus propios libros.

—Eso pasa con el arte en general. En la música, en el diseño de moda… y en la literatura tenemos ejemplos probados de ello. *El conde de Montecristo*, una obra maestra de la literatura decimonónica, fue en gran parte escrita por Auguste Maquet, el negro literario más famoso. Llevó a Alexandre Dumas padre a juicio, sin embargo, jamás pudo poner su nombre en las novelas en las que había colaborado con él.

»Auguste Maquet se dio cuenta de que todo lo que tocaba Dumas se convertía en oro. No tenía fama, pero estaba bien pagado. Era Dumas quien ponía la guinda al pastel, quien aportaba su chispa…, su toque.

»Por ello, deberías estar agradecida por esta oportunidad. Como te dije, yo puedo hacer que tus propios escritos suban como la espuma con solo chasquear los dedos.

Aprieto los puños. Si he de aguantar sus desvaríos, no merece la pena.

—De acuerdo, me has convencido. Tú eres la reina y yo solo un peón, así que seguiré escribiendo, terminaré la novela y brillará en los estantes de las librerías con tu nombre. Sin embargo, tengo mis condiciones y no son negociables.

—Tú dirás. Aunque, si me vas a pedir más dinero, tendrás que hablar con mi agente.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No quiero ver el archivo editado. Yo escribiré, pero no me pidas que le eche un vistazo a la versión final.

—No hay problema. Además, tengo un archivo con todos los cambios que he ido aplicando.

Abro los ojos, sorprendida.

—¿Pensabas que no me daría cuenta? —inquiere negando con la cabeza.

—Bien. Y otra cosa, no quiero volver a ver mi ordenador plagado de notas pegadas en la tapa. Si quieres decirme algo, hazlo de tú a tú.

—¿Notas? ¿A qué te refieres? —El móvil de Candela suena y ella me hace un gesto antes de atenderlo—. Hola, Gonzalo… —dice y sale de la habitación, mientras hace rodar su dedo índice para indicarme que seguiremos hablando más tarde.

Me muerdo el labio inferior y a punto estoy de hacerme sangre.

He de despejar mi mente. Es más, se me ha quedado en el tintero decirle que no vuelva a encerrarme en su puñetera vida, además de aclarar lo de las dichosas notas. Muy oportuno este Gonzalo.

De nuevo, la imagen de este desnudo sobre mí me hace sentir un cosquilleo extraño en el bajo vientre.

Creo que él debe de estar enfadado conmigo por lo que le dije, pero no era para menos, se merecía unas palabras bien dichas. Para más inri, acababa de despertarme de una noche de juerga máxima con resaca. Era el equivalente a un ogro. No tengo muy buen despertar que digamos.

Pienso en llamarlo para disculparme, sin embargo, descarto de inmediato la idea.

Salgo de la habitación y me dirijo al despacho de Candela. El biombo está puesto de tal forma que no se ve mi maltrecho escritorio. Lo retiro con cuidado y aparto la silla. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que mi portátil no está donde lo dejé.

CAPÍTULO 17

2004

El curso comenzó con una Vero despampanante recorriendo los pasillos ante la admiración de todos los que se encontraba a su paso.

Daba la sensación de flotar a cámara lenta. A su lado caminaba Marina, que quedaba opacada por la belleza de la morena de ojos enormes que la acompañaba.

El verano había sido un cúmulo de aventuras nuevas para Vero, que incluso había tenido sus primeros besos con un par de chicos. Ya no era la chica apocada que todos conocían, sino una leona de garras plateadas que todos querían frecuentar.

Incluso Daniel, que siempre se había metido con Vero y había sido el matón número uno en su lista, cambió de parecer e intentaba en vano acercarse a la nueva chica más popular del instituto.

Al principio, Marina se sentía orgullosa de su trabajo, de haber convertido a un sapo en princesa, como ella decía. Pero con el paso de las semanas, y al ver que su creación amenazaba con opacarla del todo, empezó a sentir una creciente antipatía por Vero.

La relación se tensaba por momentos, y Marina prefería a la chica tierna y algo friki que, en teoría, la tenía que ayudar con sus asignaturas para pagarle el gran favor que le había hecho. Algo le decía que no lo haría, que la deuda quedaría pendiente para

siempre, pues a Vero no se la veía por la labor de pasarse las tardes en casa enseñándole cómo colocar las comas correctamente.

Necesitaba que Vero la ayudara con eso, tenía un serio problema con la ortografía y también con sus escritos. Aunque no se lo decía a nadie, su sueño era ser escritora de éxito. Sí, no solo quería escribir libros, sino ser famosa, tener una cola enorme de personas para firmarles su ejemplar, salir en televisión, etc.

El problema…; su profesor, quien le había dicho que no tenía talento, que sus escritos tenían menos alma que un berberecho. Y eso le dolía.

Vero era otra historia. Aquel profesor la adoraba. Don Servando, como le llamaban, estaba a punto de jubilarse y era de la vieja escuela. Era fan incondicional de *El Quijote* y un adorador de la lengua castellana.

Le encantaban los libros y animaba a todos sus alumnos a escribir. Vero era la mejor con diferencia y eso a Marina le hacía sentir ganas de estrangularla.

Una tarde, cuando llevaban poco más de un mes del último curso de la ESO, Marina le envió un mensaje al móvil a Vero para que fuera a su casa a ayudarla. Esta le respondió que si podía ir ella a la suya, pues tenía que cuidar de su hermana pequeña, quien tenía un poco de fiebre, mientras sus padres trabajaban.

Marina, que no había pisado todavía la casa de su amiga, acudió con ganas de cobrarse todos los favores y una gran curiosidad por saber dónde vivía la nueva sensación del instituto.

Pronto comprobó que su cómodo adosado no tenía nada que ver con el piso minúsculo donde vivía su amiga.

Todo estaba muy limpio y daba la sensación de ser muy confortable, a diferencia de la casa de sus padres adoptivos, donde siempre se respiraba un aire extraño de frialdad.

La habitación de Vero era modesta; la compartía con su hermana, cuatro años menor que ella.

—Enana, ve al comedor; Marina y yo tenemos que estudiar aquí.

—Jooo, la *mama* se enfadará, ha dicho que me quede en la cama.

—No lo hará si no se lo decimos, ¿no crees?

—Vale. Pero no os sentéis en mi cama.

—Lo que tú digas —zanjó Vero cerrándole la puerta en las narices a su hermana, que acababa de salir de la estancia con una manta a rastras.

Cuando ambas se quedaron a solas, Marina recorrió la habitación con la mirada.

—No está mal tu cuarto…

—Es una caca, no hace falta que finjas.

—Bueno, he dormido en sitios peores.

Vero apretó las mandíbulas. Marina había pasado sus primeros años de vida en un orfanato, así que no siempre había vivido como lo hacía a sus quince años.

Pasaron la tarde entre risas; los deberes quedaron aparcados, era mucho más divertido hablar por el Messenger con Daniel, haciéndose pasar por una mujer de pechos muy grandes con ganas de irse a la cama con un jovencito.

—¿Tú crees que sabrá que somos nosotras? —indagó Vero.

—Ni de coña. Ese estará pajeándose delante del ordenador mientras lee a trompicones las gilipolleces que le hemos escrito.

—Nos hemos pasado un huevo.

—Bueno, que se joda. Eso le pasa por imbécil.

De pronto, la voz de la madre de Vero se escuchó en la casa, y ella le pidió a Marina que esperara un momento.

Salió de la habitación, y Marina se quedó sola.

Esta, algo inquieta, curioseó, miró los cuadernos que había apilados en el escritorio. Abrió los ojos con sorpresa cuando descubrió qué eran.

CAPÍTULO 18

Laura

Furiosa de nuevo, busco a Candela, mas no la hallo por ninguna parte.

En el salón, el pequeño caniche mueve la cola. No soy muy dada a los perros, así que lo ignoro y él gime, sintiéndose desatendido.

Es ahí cuando los recuerdos me abordan y evoco una fatídica noche.

Los ladridos me despiertan, es él y ha vuelto. Salgo de la cama y corro hasta el comedor, abro la puerta que da a la minúscula terraza. Ahí está, abajo, ladrando, mi perro de siete razas y ninguna conocida.

Trato de salir de casa para ir a buscarlo; estoy encerrada con llave.

Voy a la habitación de mis padres; no están.

Mi hermana tampoco duerme en la suya. Busco las llaves en el mueble color vino del recibidor, pero no las encuentro.

Solo se me ocurre una cosa: llamar a la vecina. Sé su número de memoria porque es muy fácil.

Le digo que mi perro se escapó ayer y ha vuelto, que mis padres no están y me han cerrado con llave. Necesito que me abra la puerta para coger a mi perro, que no deja de ladrar y gimotear en la acera.

Segundos después, ella, que tiene una llave de repuesto de mi casa, abre con cara de sueño y bata de estar por casa. Salgo como una exhalación y bajo las escaleras más rápido aún.

Dejo entrar a mi perro. Está sucio y cansado, aunque tan contento de verme…

Al día siguiente, mi padre me despierta. Tiene que llevarme a casa de mi tía porque mi hermana está ingresada. Le pregunto por el perro. ¿Qué pasará con él al final?

Me responde que esté tranquila, que lo llevarán a sacrificar. Pero yo no me quedo tranquila. No quiero que lo sacrifiquen, sin embargo, el veterinario fue claro: su vida será un infierno de no hacerlo.

Es injusto, es mi perro. Lo quiero.

El día antes no se escapó. Eso fue una mentira piadosa para tapar lo que habían hecho mis padres. Abandonarlo para no pagar para sacrificarlo. Era caro y no tenían dinero.

Los odié por ello, por lanzar a mi perro por el muro de contención del río. Aunque yo sabía que volvería, creía que podría convencerlos de que se quedara con nosotros. Fue imposible, debía ser sacrificado, sacrificado, sacrificado…

Algo más de dos semanas estuvo mi hermana en el hospital y al final todo quedó en un susto. Tenía un bulto extraño en el cuello, un bulto que resultó ser la propia forma de su tráquea, o algo así. Ahora estoy otra vez en mi casa, pero mi perro no está. Lo sacrificó el veterinario. Lloro su ausencia, hago un dibujo de él en mi diario y le escribo una carta, para que me escuche desde el cielo de los perros.

Creo que nunca lo hace, y lo sé de la peor manera, cuando voy al antiguo quiosco y el maldito innombrable que lo atiende me pregunta por el perro, yo le explico lo ocurrido y él me dice que deje

de mentir, que vieron a mi padre en el muelle atándole una cuerda al cuello con una piedra en el otro extremo y tirándolo al agua.

El corazón prácticamente se me para. Las piernas me flaquean. Las lágrimas brotan mientras digo en un grito: ¡Eso es mentira!

Salgo del quiosco, corro hacia mi casa, subo y grito, grito muy fuerte. Pregunto. La respuesta es una cabeza gacha y una mirada huidiza. Solo tengo once años y me han roto el corazón.

La voz de Hakim me saca de mi horrible recuerdo de la niñez, posiblemente el más tétrico, el que más me ha marcado. Estoy llorando a lágrima viva y el mayordomo, al percatarse, me abraza.

—Tranquila, tranquila… —susurra mientras me da un pequeño beso en el cabello.

Me sorprende, pero en este momento necesito esto más que cualquier otra cosa.

—¿Qué ocurre? —pregunta tras separarse de mí con suavidad.

—Nada. Quizá sea el día, que está tristón, me ha hecho toparme con los fantasmas del pasado.

—A veces va bien encontrárselos de cara, hacerles frente.

—No, si te arañan el corazón.

—Tú eres fuerte, Laura —responde con sus ojos de ciencia ficción clavados en los míos de andar por casa.

—Gracias… —digo con sinceridad.

—No hay de qué.

—Oye… ¿Sabes dónde está Candela?

—Está fuera, hablando por teléfono. ¿Necesitabas algo?

—Mi portátil, no está en el despacho y estoy segura de que lo dejé allí.

—Está en tu habitación. Yo mismo lo vi allí hace un rato, cuando le llevé a Candela un café y aproveché para quitar el polvo en tu cuarto.

—No, no está. He ido expresamente al despacho porque es ahí donde lo dejé.

Hakim se encoge de hombros.

—Ve a la habitación, está ahí, encima del escritorio.

Obedezco a pies juntillas y, segundos después, entro en mi habitación. Cierro los ojos cuando lo veo, tal y como ha dicho Hakim, sobre el escritorio.

En la tapa no hay señal de las múltiples notas, tampoco en el suelo del despacho ni sobre el escritorio de este las había. ¿Me estaré volviendo loca?

Empiezo a pensar que sí, que esta casa, su dueña y el trabajo que estoy haciendo para ella me están pasando factura.

CAPÍTULO 19

Laura

Escribo de un modo frenético, más que de costumbre; con rabia y urgencia. Necesito terminar con este manuscrito de una maldita vez, pues es el equivalente a un canto de sirena y a cada momento siento en mi interior unas ansias brutales de apropiármelo. Ella se lo merece, ella no tiene respeto por la literatura.

Estoy realmente alterada. Me invade un desasosiego continuo y tengo ganas de perder de vista esta casa para siempre. ¿Quién me lo iba a decir? A mí, que adoro el estilo modernista y soy feliz contemplando la obra de Gaudí cuando voy a Barcelona.

Son cerca de las once de la noche cuando decido terminar mi jornada de escritura con siete mil palabras. Queda ya muy poco, estoy en ese momento en que el héroe cae en desgracia, para luego renacer como el ave fénix.

Cierro la tapa del portátil y me lo llevo a mi habitación antes de bajar a la cocina para picar algo. Petra me avisó a la hora de cenar, pero le dije que no tenía hambre. No le hizo mucha gracia, y mucho menos a Candela. Si quiere su puñetero libro, tendrá que ser a mi manera.

De seguir a este ritmo, en unos días lo terminaré. El contrato no incluía reescrituras ni ningún tipo de edición, solo un manuscrito a

pulir: un borrador.

Me hago un tazón de cereales y me lo como con ganas. Era una soberana mentira mi falta de hambre.

De pronto, un suave trino me indica que he recibido un wasap. Saco el móvil del bolsillo de la sudadera y lo abro con una sonrisa al comprobar que es Gonzalo. Quiere verme. Me pasará a buscar en veinte minutos.

En teoría, debo pedirle disculpas por mis palabras del otro día. Aunque parece que no se tomó a mal, pues de nuevo quiere pasar tiempo conmigo.

Tomo una ducha rápida y me pongo un pantalón vaquero y una blusa negra trasparente. Normalmente, la llevo con un pequeño top debajo, pero hoy solo me he puesto un sujetador muy sugerente. Completo el atuendo con una cazadora perfecto negra.

Recibo un mensaje de Gonzalo avisándome de que ya ha llegado. Es tarde y la casa está en calma, cosa que agradezco, pues no quiero tener que darle explicaciones a Candela.

Fuera, vislumbro el coche de Gonzalo y a él haciendo aspavientos con los brazos para que lo vea, pues lleva las luces apagadas.

Cuando llego a su altura, me toma de la cintura, me atrae hacia sí y me besa con voracidad, sí, esa es la palabra correcta. Parece tener un hambre voraz de mí.

—Estás loco —digo mirándolo con picardía y añado—: Candela nos matará si se entera de esto.

—Ya te he dicho que a ella no le importa lo que yo haga con mi vida. ¿Nos vamos?

Asiento y me subo al oscuro deportivo.

Gonzalo conduce muy despacio hasta alejarse de la casa. Una vez en la carretera, acelera y me deja pegada al asiento.

Me siento temeraria, invadida por una atracción brutal por este hombre, que huele tan bien y destila sensualidad por todos los poros de su piel. Imagino de nuevo su cuerpo sobre el mío, su boca sobre mis pezones, y tiemblo.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, estoy bien —digo mientras me encojo de hombros.

Gonzalo sonríe.

Pasamos cerca de veinte minutos en el coche y llegamos a una urbanización de casitas adosadas.

—¿Dónde estamos? —pregunto divertida.

—Es una sorpresa…

—¿Es tu casa?

—Vaya —suelta con fingido fastidio—, me has pillado.

—Hombre, te acabo de ver activar un mando y la puerta del garaje se está abriendo…

—Al parecer, no soy bueno para las sorpresas —dice entre risas.

Gonzalo estaciona el coche en el amplio aparcamiento y me abre la puerta para que salga de este.

—Ven, tengo una sorpresa, ahora sí de verdad, para ti.

Me toma de la mano y lo sigo intrigada hasta la terraza trasera de la minimalista casa, que está decorada de modo muy aséptico para mi gusto. Prefiero los estilos arquitectónicos antiguos, creo que nací en el siglo equivocado.

Hay una mesa preparada para dos bajo el porche decorado con pequeñas lucecitas.

—Oh, es precioso.

—¿A que sí? Se me dan bien estas cosas —admite antes de preguntar—: ¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza estaría bien.

—Oh, vamos. Hoy no estamos en el *pub*. ¿Quieres una copa de vino? Tengo un rioja de primera.

Me encojo de hombros y pienso: «¿Por qué no?». Gonzalo entra en la casa y a los dos minutos sale con una botella sin etiqueta.

Lo miro extrañada.

—Este vino es artesano, lo elabora mi padre y es una verdadera delicia, de verdad…

—No será de esos vinos que se hacen con los pies, ¿no?

—Oh, no. Nada de eso.

Gonzalo me llena la copa y luego hace lo mismo con la suya, que seguidamente alza para hacer un brindis.

—Por ti, preciosa —dice mientras me guiña un ojo.

—Y por ti, guapetón —respondo con sorna.

Ambos damos un sorbo a nuestras correspondientes copas y compruebo que el vino artesano del padre de Gonzalo es muy diferente al rioja al que yo estoy acostumbrada. Un momento, ¿pero no había dicho que era un rioja?

Estoy a punto de preguntárselo, sin embargo, me muerdo la lengua. Gonzalo no parece catalán y puede que su padre sea de La Rioja.

Quizá sea como todo, lo artesano siempre es diferente y suele ser más bueno, aunque, en este caso, parece que es lo contrario. Este vino es muy denso y tiene un sabor que me es familiar y no por agradable precisamente.

De súbito, el sonido de una alarma me hace dar un respingo. Es el móvil de Gonzalo.

—Ya está el asado. Enseguida cenaremos.

Gonzalo se aleja hacia la cocina a paso enérgico y vuelve minutos después con un delantal y una bandeja entre las manos que protege con manoplas. También lleva un paño doblado sobre el hombro.

Me sirve un trozo de carne con salsa en mi plato y espero a que él tenga el suyo también antes de empezar a cenar. Confieso que estoy famélica y el olorcito de la salsa me atrae como la miel a las moscas.

Cuando él se deshace del delantal y el trapo, se sienta frente a mí y ambos comenzamos a comer.

Pruebo la carne; es una verdadera delicia.

—Madre mía, esto es un pecado. Qué bueno está. ¿Qué es?

—Ah… Secreto del chef.

—No, en serio, dime qué es. Jamás había probado una carne tan buena.

—Es solo una pieza *gourmet*. Tengo un amigo carnicero que me guarda los mejores cortes.

—¿Es cerdo?

—Sí, cerdo autóctono.

—¿De la provincia?

—Te sorprendería la cantidad de carne espectacular que hay a dos pasos de casa. Nos empeñamos en el cerdo ibérico, pero el que tenemos aquí es una verdadera delicia, como has podido comprobar.

Me encojo de hombros. Estoy tan acostumbrada a las bandejas de carne del súper que esto es demasiado para mí. Creo que podría

acostumbrarme a este tipo de carne demasiado pronto y me recuerdo a mí misma que dentro de poco volveré a la comida insulsa y a los fideos rápidos e insalubres precocinados.

Gonzalo cierra los ojos cada vez que mastica un trozo de su carne. Es como si se excitara con cada bocado. Está buenísimo el asado, como he dicho, aunque yo no soy tan expresiva, la verdad.

—Es una verdadera maravilla, la carne, la sangre…

—La sangre —repito y suelto una risilla tonta.

—El vino es la sangre de Cristo, ¿cierto?

—Uy, yo no soy religiosa, pero creo recordar que eso decían en la iglesia de mi barrio.

—Este vino y esta carne no tienen precio, te aseguro que pocas veces me doy semejante festín. Hoy necesitaba compartirlo contigo.

Gonzalo se levanta y toma mi mano. Tira de ella para que yo haga lo mismo, aunque no he terminado de comer. Por un momento, estoy tentada a decírselo, pero creo que, si lo hago, rompería la magia y eso es algo que no quiero.

Me lleva a su habitación, a conjunto con toda la casa, impersonal y fría. Hay una cama muy grande, cubierta por un nórdico blanco, como casi toda la decoración.

—Túmbate ahí.

Hago lo propio, y él comienza a desabotonar cada uno de los botones de mi blusa. Luego sonríe con malicia y saca del bolsillo de su pantalón una navaja.

—Joder —digo aterrorizada.

—Shhh… Silencio, no te preocupes, no voy a hacerte daño.

—Esas palabras no son tranquilizadoras precisamente —balbuceo.

Gonzalo acaricia la afilada punta de la navaja y pregunta:

—¿Confías en mí?

La lujuria arde en su mirada, y asiento como un corderito antes de ir al matadero.

De súbito, corta la pieza que une las dos copas de mi caro sujetador de encaje y mis pechos quedan al descubierto.

Aunque la situación podría parecer aterradora, yo estoy muy excitada y tengo unas ganas locas de que este hombre haga lo mismo con mi tanga.

Él parece leerme el pensamiento y desabrocha el primer botón de mi pantalón vaquero para luego abrir la cremallera y deshacerse de este con maestría.

Cuando solo llevo un tanga y me ha quitado los calcetines, huele uno de mis pies y yo me quiero morir. Pero me doy cuenta de que a él parece gustarle mi olor, estaba preocupada porque le echara para atrás, que un pie es siempre un pie y no huelen precisamente bien.

Gonzalo desliza la hoja plana de la navaja con suavidad por mi pierna hasta llegar a mi muslo. Lo ha hecho con tanta suavidad que he sentido cosquillas, en contraposición con el temor a que me cortara sin querer continuamente. No ha ocurrido. Creo que me puedo fiar de este hombre. Ahora solo quiero que corte mi tanga y quiero que lo haga ya.

Abro los ojos y lo veo mirándome como si fuera lo que más desea sobre la tierra. De una cuchillada certera, cumple mi deseo.

CAPÍTULO 20

Laura

Gonzalo me deja en casa de Candela cuando todavía no ha amanecido. He conseguido dormir un poco, aunque estaba intranquila. No quería que ella se levantara y se diera cuenta de que no había dormido en su casa. Quizá haría preguntas, no quiero que vuelva a encerrarme en mi habitación. Todavía estoy asimilando que lo hizo y que sus motivos me parecieron de lo más surrealistas.

He de dormir antes de ponerme a trabajar. Me gustaría dejar listo el manuscrito antes de que termine la semana.

Al entrar en la casa, la energía densa de esta se cuela en mi organismo y hace que me sienta muy pero que muy agotada.

Doy un respingo cuando camino por el pasillo que conduce a mi habitación, pues me topo con Hakim, que lleva un plumero en la mano.

—Ay Dios. Qué susto me has dado —digo con el corazón al galope y la respiración agitada.

—Debes tener cuidado con Gonzalo —suelta sin paños calientes.

—Si vas a decirme eso de que voy a ser su capricho y luego me dejará, ahórratelo. Soy una persona adulta y conozco bien a los hombres como él —replico con los brazos en jarras.

Hakim eleva una ceja y me escruta con expresión seria.

—No busco novio. Así que no te preocupes por mí —digo encogiéndome de hombros, mientras paso el dedo índice con suavidad por su rostro.

Él me hace una pequeña cobra.

—¿Qué haces? —inquiere.

—Solo era un gesto cariñoso...

—Vete a dormir, Laura —sentencia en tono condescendiente.

No digo nada más, me alejo unos pasos y entro en mi habitación. Deslizo mi espalda por la puerta hasta sentarme en el suelo. Este Hakim cada día me desconcierta más. ¿Qué narices le importará a él con quién yo me acueste? A menos que… No, no creo que sienta algo por mí. Él tiene novia, ¿no? Una de esas chicas de cabello cubierto por un velo, no una loca que se va por la noche con el primero que la llama. Bueno, que yo no suelo hacer esas cosas, aunque es la imagen que doy al irme a altas horas de la madrugada con Gonzalo y volver a casa oliendo a sexo.

En fin, me derrumbo en la cama sin quitarme la ropa. No tardo nada en dormirme.

Despierto a las once de la mañana a causa del perro, que no deja de ladrar.

Abandono la cama, salgo de la habitación y me dirijo a la ducha. Al desnudarme, compruebo que mi ropa huele a humanidad que tira para atrás.

Dejo que el agua resbale por mi cuerpo mientras recuerdo la imagen de Gonzalo acariciándome con su navaja. Sigo pensando que es surrealista, pero también que fue uno de los momentos más sensuales de toda mi vida. Quizá esté enferma y tenga algún desorden mental que me lleve a sentirme excitada ante la posibilidad de tener sobre mí a un asesino en serie.

Destierro la idea de inmediato. Un escalofrío de terror recorre mi cuerpo y ni el agua caliente lo aminora. El pensamiento humano, en ocasiones, puede ser espeluznante. La diferencia entre una persona normal y alguien con instintos homicidas es que el primero siente pavor e intenta desterrar el pensamiento de inmediato; el segundo, sin embargo, se recrea en su fantasía horrible. Creo que estoy entre los dos perfiles ahora mismo y me siento una extraña, una criatura que habita por debajo de mi piel y no soy yo. Puedo constatarlo al mirarme en el espejo y no reconocerme en su reflejo.

Escribo durante todo el día con el estómago vacío. Tengo náuseas en una ocasión y me siento algo mareada. El vino de anoche no me sentó del todo bien.

Al anochecer, solo me queda escribir el epílogo. Lo dejo para el día siguiente.

Cierro el portátil y Candela entra en la estancia.

—Menuda cara llevas —suelta observándome con sus ojos escrutadores, mientras hace una mueca de desagrado con sus labios de quirófano.

—Mañana terminaré el manuscrito —respondo obviando su comentario fuera de lugar.

—Muy bien, querida. Has escrito en un tiempo récord. Si quedo contenta con el resultado, quizá valore otra nueva colaboración pronto.

Sonrío. Quiero gritarle a la cara que ni de coña. No lo hago, aunque mi expresión no deja lugar a dudas, y ella nota mi indignación y mis pocas ganas de volver a esta casa.

—Oye, Lau, siento haberte encerrado en tu habitación. No era mi intención, de verdad.

—Me iré mañana. Cuando escriba la última palabra.

—De acuerdo. Pero quiero que sepas que… sin rencor. Ha sido un placer colaborar contigo.

Asiento de nuevo y me levanto del escritorio, cojo mi portátil y salgo de la estancia. Por fin mañana seré libre.

CAPÍTULO 21

Laura

Pongo la palabra «fin» y, de inmediato, siento como si unas cadenas enormes se rompieran y liberaran mi cuello.

Eran las cinco de la mañana cuando el sueño me abandonó, así que me puse a escribir. Si todo iba bien, para la hora del desayuno estaría listo y se cumplirían mis expectativas. Ahora son las ocho y media de la mañana y me dirijo a la cocina, donde encuentro a Petra limpiando la encimera.

Al verme, pregunta: «¿Café?».

—Si me puedes hacer una manzanilla, te lo agradecería, me duele un poco la tripa —digo, y sé a qué se debe; los nervios, la euforia de saber que ya no tendré que desayunar nunca más en este lugar.

—Enseguida, niña. La verdad es que tienes mala cara, ¿eh…?

—No he dormido del todo bien.

—Ay, el Gonzalito, que te trae por la calle de la amargura, ¿me equivoco?

La miro con las cejas alzadas.

—No, qué va…

—Anda que no.

Decido no añadir nada más, diga lo que diga, Petra lo rebatirá y, como no tengo ganas de andar replicando constantemente, calladita estoy más guapa.

—He terminado. Hoy me voy de aquí —anuncio con demasiada alegría.

—Hija, ni que te hubiéramos tratado mal o algo. Qué ganas tienes de irte…

—No, si no tengo queja —miento—, pero tengo ganas de estar en mi casa.

—Ya lo entiendo, mujer, no hace falta que me des explicaciones. Además, comprendo que quieras irte; el ambiente en esta casa no es muy sano que digamos.

—¿No? —pregunto cuando veo que Petra tiene intenciones de soltar la lengua, algo raro en ella.

—Candela no ha sido la misma desde que se separó de Gonzalito.

—Ya imagino —digo mientras intento ocultar una pequeña punzada de culpabilidad tras un tono neutro—. Además, si tienen un hijo en común, todo se complica.

Petra me mira con el ceño fruncido y una mueca de extrañeza.

—Un hijo… ¿Qué hijo?

—Su hijo, ella siempre habla de él, pero no lo he visto en todo el tiempo que llevo aquí. ¿Está en algún colegio interno o algo así? —indago.

Petra niega con la cabeza.

—No, nada de eso.

—La verdad es que no comprendo a Gonzalo. Tengo la impresión de que no le importa nada su pequeño —digo removiendo

la cuchara de la taza de manzanilla que Petra acaba de poner delante de mí.

—Normal… —suelta con un tono cada vez más extraño.

Es como si mis palabras le causaran terror.

—¿Tú has visto alguna vez al hijo de Candela?

Petra se yergue y apoya una mano en la encimera.

—No, muchacha, no he visto al hijo de Candela. Nunca. Y no lo he visto por la sencilla razón de que ella no tiene hijos.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Candela ni tiene hijos ni los puede tener.

—No, no puede ser —digo ojiplática y añado—: ella misma me habló de él en varias ocasiones. Si hace poco lo operaron y estuvo un par de días fuera. ¿Acaso no te acuerdas?

—¡No! Y deja de decir gilipolleces ya, niña. Es cruel.

—Pero ¿qué…?

—Pero nada. No han operado a ningún hijo inexistente de Candela, así que deja ya de desvariar.

—Ella misma me dijo que operaban a su pequeño, que Gonzalo trabajaba y que se había negado a estar a su lado cuando más lo necesitaba.

—¡¡Cállate!! Estás completamente loca.

—¿Cómo? —indago sin entender nada de nada.

—Mira, será mejor que te marches de una maldita vez si ya has terminado con tu trabajo. Es más, no te quiero ver por aquí, ¿me has escuchado? Aléjate de Candela —sentencia, y no puedo más que marcharme de la cocina a la carrera.

Subo a mi habitación y comienzo a meter ropa en mi pequeña maleta. Vacío el lavabo de mis pertenencias y me corto sin querer con el vaso que tengo para lavarme los dientes, pues se rompe a causa de mis movimientos bruscos.

La sangre mana sin control y envuelvo mi mano con una toalla. Observo mi reflejo en el espejo; tengo el rostro manchado de sangre y una expresión de horror extremo. Solo pienso en marcharme de esta casa, pero luego escucho la voz que no abandona mi cabeza. Entonces, respiro profundamente y recuerdo que ya he levantado los cimientos que me llevarán directa a cumplir con mi cometido, el que en realidad me trajo aquí.

Sonrío y niego con la cabeza; todo va a pedir de boca.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 22

2004

Cuatro cuadernos; una novela de misterio impresionante. Marina debía admitir que Vero tenía un talento innato para escribir, Talento que a ella le faltaba.

Los había metido en su mochila de modo apresurado, antes de que su amiga regresara a la habitación, disculpándose con ella, pues tenía que salir a comprar unas medicinas a la farmacia. Incluso le había pedido que la acompañara, pero ella sentía una necesidad irresistible de llegar a su casa y leer su botín, y eso fue lo que hizo.

Había leído sin parar durante dos días, hasta terminar con la última página, que la había dejado con la sensación de querer más, mucho más de lo que ella escribiera.

Intentó emularla, empezó una novela desde cero cambiando palabras y tratando de hacer suyo el texto de Verónica. Total, si no iba a ayudarla con las asignaturas, quizá pudiera pagarle con su manuscrito. Era lo justo, ¿no?

No consiguió que su obra brillara del modo en que lo hacía la de Vero. ¿Cómo podía ser? Quizá don Servando tuviera razón y no hubiera nacido tocada con el talento de plasmar historias sobre el papel.

Se recreaba con aquella novela tan perfecta, tan adulta. Olía a *best seller*, a dinero, a éxito: poder. Sus textos, a lo único que olían, era a chamusquina.

Cuando sustrajo los cuadernos del cuarto de Vero, pensó en devolvérselos más tarde, sin embargo, luego cambió de opinión y pensó que lo mejor era quedárselos. No podía soportar la idea de que su amiga cumpliera un sueño que le pertenecía. Sería demoledor para ella.

Los días pasaron sin que la interesada se pronunciara sobre aquel asunto, hecho que le dio a Marina más motivos para apropiarse del manuscrito. Si no había dicho nada, quizá no tenía mucha importancia para ella, ¿cierto?

Marina ya se sentía muy tranquila y casi se había olvidado del asunto, cuando su hermanastro, con una sonrisa de lo más repelente, le mostró las libretas que había cogido de su habitación.

—Devuélvemelas, son mías —espetó Marina.

—¿Ahora te llamas Verónica…?

—Cállate. Son de Vero, sí. Me las dejó para que las leyera, ¿contento?

—¿Y qué cuenta en ellas? ¿Dice algo sobre mí?

Marina estuvo a punto de responderle a su hermanastro: «¿Acaso no sabes leer?», pero en su lugar, a sabiendas de su problema con la dislexia, dijo: «Oh, sí, declara su amor por ti. Aunque necesito que seas discreto».

—¿Cómo?

—Ella no puede saber que te he dicho nada. Se enfadaría mucho y quizá te rechazaría llegado el momento. Ya sabes cómo es.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

—Primero de todo, no decir nada sobre estos cuadernos, me mataría si se enterara de que los has cogido; segundo, podrías escribirle por el Messenger con una identidad falsa.

—No me parece muy buena idea. Yo quiero que se enamore de mí.

—Recuerda que te portaste fatal con ella cuando no era más que una friki. Ahora que es popular, puede tener al chico que quiera.

—¿Y qué gano escondiéndome bajo un perfil falso?

—Puedes mostrarte tal cual eres. Quizá ella vea algo interesante en ti, algo que no se ve a simple vista.

—¿Tú crees?

—Sí, es más, yo puedo ayudarte siempre que mantengas la boca cerrada.

—Hecho…

Marina y Daniel chocaron los cinco. Nunca se ponían de acuerdo en nada; siempre se insultaban. Eran como el agua y el aceite, sin embargo, los sentimientos de Daniel por Vero eran suficiente motivo como para que Marina aprovechara la ocasión de hacerlo comer de su mano.

* * *

Días después de aquel pacto, Vero removía cielo y tierra para encontrar sus libretas y le echaba la culpa a su hermana pequeña.

—Te estoy diciendo la verdad, yo no he cogido nada.

—Díselo a otra… Los tenía en mi escritorio, y tú lo sabías. Te había prohibido que leyeras mis cuadernos y estoy segura de que lo hiciste y algo pasó. ¿Puede que los mancharas con esa asquerosidad que te haces con las galletas y la leche?

—Que no, pesada. Yo no he cogido nada, te lo prometo.

—Lo juras por que se muera la *mama*.

—La *mama* dice que no se jura.

—¿Ves? Has sido tú, joder.

—Que yo no he sido, estoy diciendo la verdad.

—La verdad…, como cuando robaste los rotuladores de los estuches de las clases de sexto, los trajiste a casa y luego le decías a la *mama* que los habías encontrado enterrados en el patio.

—Ya dije la verdad, y también que no había sido yo, que había sido Carla…

—Eso solo se lo dijiste a la *mama*, al colegio no.

—Porque la *mama* dijo que tenía que asumir las consecuencias de haber mentido por encubrir a mi amiga.

—Ya vale, cállate.

—Yo no tengo tus cuadernos, no los tengo. Te lo juro.

Por mucho que su hermana insistió en su inocencia, Vero dio por sentado que ella había hecho desaparecer su manuscrito. Estaba segura de que, con lo desastrosa que era, lo había mojado o estropeado de algún modo. Quizá su madre, al encontrar el estropicio, había tirado su obra a la basura sin ser consciente de lo que era.

Le había preguntado, pero, como siempre, no sabía nada. Su madre lo tiraba todo a la basura y luego se hacía la sueca.

Vero sentía un vacío enorme en el pecho, estaba enfadada con su hermana, con su madre y con el mundo. Solo la consolaban las conversaciones de Messenger que había comenzado a mantener con un chico. Un chico de otra ciudad que se llamaba Joel y era muy especial. A él se lo podía contar todo, absolutamente todo.

Una tarde, Joel la saludó desde su *nick* envuelto en murciélagos que agitaban sus alas.

Joel: Te noto rara.

Escribió él tras chatear con ella unos minutos y percatarse de que apenas interactuaba.

Vero: No, todo está bien.

Joel: ¿Estás segura?

Vero: Sí, claro… Bueno, no. A ti puedo contártelo.

Y le explicó que su más preciado tesoro, su manuscrito, había desaparecido. Vero no podía evitar que se le saltaran las lágrimas al confesarle a su nuevo amigo lo que le ocurría.

Al otro lado, Daniel apretaba los puños, enloquecido, enamorado…, furioso.

CAPÍTULO 23

Candela

Dos meses después…

Estoy nerviosa. Me miro al espejo de la habitación del hotel de Barcelona donde se presenta mi nuevo libro y no puedo evitar ver las huellas de los pinchazos que me hicieron en los labios para que se vieran más gruesos.

Todo ha sido un poco atropellado desde que el editor leyó el manuscrito que yo misma le envié el día que Laura se fue de mi casa.

Dos días después, me llamó muy enfadado. Aquel libro era un verdadero desaguisado. Se notaba muchísimo que se había escrito de modo apresurado y era un disparate sin pies ni cabeza. Aquello me dolió profundamente, pues la versión que le envié era la editada por mí.

Intenté buscar la versión del archivo de mi escritora fantasma. No la hallé por ningún lado. Simplemente, se había esfumado.

Juro que quise matar a Laura, a quien no veía desde que cargó sus bártulos en el coche, y Hakim la llevó de vuelta al agujero de donde salió.

La llamé al móvil, pero una locución me dijo eso típico de: «El número marcado no existe». Así que, si ya estaba furiosa, los demonios me llevaban en volandas.

El editor me dijo que tenía que sacar libro sí o sí, que no podíamos permitirnos buscar a otra persona y que volviera a hacer una pifia como la que había hecho la mediocre *juntaletras* que había hospedado en mi casa.

—¿Y si lo publicamos y punto? —pregunté.

—Tu último libro fue un desastre. ¿Quieres que vuelvan a lloverte las malas críticas?

—No, claro que no.

—Quiero que entiendas, Candela, que la gente no se traga todo lo que les des por mucho nombre que tengas. Pagan un buen dinero por las novelas de su escritora favorita, así que esta tiene que ofrecer calidad, la misma que tenías en tus primeros libros y que ya parece haberse esfumado. ¿Qué te ha ocurrido, Candela? ¿Es que acaso ya no volverás a escribir tus propias obras nunca más?

—Sí, claro que sí. Solo necesito tiempo.

—Llevas años así y no sé qué demonios te pasa.

—Es solo un bache…

—Un bache que ya dura demasiado. Necesito algo ya, Candela, algo bueno; de lo contrario, tendré que navegar en otras aguas.

Me muerdo la uña pintada de rojo fuego.

—Por favor, Antonio, déjame unas semanas, un mes…, lo arreglaré.

—No hay tiempo para ello, necesito algo ya. Repito.

Cogí aire con fuerza y lo aguanté para no gritarle por el auricular del teléfono a Antonio que podía prescindir de él cuando quisiera, que yo era la estrella y la que ponía las condiciones; me contuve. Antonio conocía mi secreto, bueno, a medias. Él descubrió que utilizaba escritores fantasma por casualidad, y me escudé en que estaba pasando una mala racha de sequía creativa a causa de las

desavenencias con Gonzalo. Fue entonces cuando se ofreció él mismo a buscarme a la persona idónea y me trajo a Laura, una chica que enviaba manuscritos a la editorial con el fin de probar suerte y en la que Antonio vio una pluma muy parecida a la de Candela Rojo en sus inicios.

Ahora me están maquillando para bajar al salón de actos del hotel y no dejo de pensar en qué acogida tendrá la nueva novela.

A Antonio le fascina y eso es lo importante. Le di justo lo que él quería y le pareció suficiente.

Llaman a la puerta, y la maquilladora acude a abrirla. Gonzalo cruza el umbral con un ramo de rosas rojas.

—Hola, querido, ¡qué bien que hayas venido! —exclamo con mi sonrisa de labios grumosos.

—No podía faltar.

—Oh, gracias. Son preciosas. Mételas en agua, Maika —digo y le entrego a mi maquilladora el ramo que Gonzalo acaba de regalarme.

—He venido también por otra cosa…

—¿Para qué?

—Verás, nos dimos un tiempo y ya ha pasado demasiado. Le decimos a todo el mundo que estamos divorciados, pero ambos sabemos que eso no es cierto. Lo dejamos en el aire y teníamos intención de retomar la relación; no va a ser posible, Cande. No quiero que te enfades ni que te pongas triste, hace mucho que cada uno lleva su vida y pienso que es lo mejor.

Doy un manotazo en la mesa; me hierve la sangre.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no quieres que volvamos a ser una familia, tú, yo y nuestro pequeño?

—No, Candela. Sé que Nathan es importante para ti, pero él no es…

—Buenas tardes, ¿cómo va todo? —Antonio, mi editor, entra en la habitación, que se ha quedado abierta tras la llegada de Gonzalo, e interrumpe la conversación con su potente voz.

—Bien —dice Gonzalo con los labios apretados por el fastidio de no haber podido terminar de hablar.

—Me alegro —responde Antonio dedicándole una sonrisa forzada a Gonzalo y voltea el rostro para mirarme—. Tienes que bajar ya. La gente está impaciente por verte, y ya ha habido alguna que otra situación tensa, pues no hay suficientes asientos para todos.

Me quito la bata de seda que me puse para no mancharme la ropa de maquillaje. Gonzalo y Antonio no pueden evitar admirar la belleza de mi atuendo, más propio de una fiesta nocturna que de una presentación de libros.

—Estás preciosa, querida. Ahora, date prisa, tus lectores te esperan. Espero que no te coman como lobos feroces —dice mi editor y estalla en estridentes carcajadas.

—Tonterías, estoy acostumbrada a lidiar con ellos.

Estoy detrás de un telón. Aguardo al momento en el que digan mi nombre para salir ahí fuera y encontrarme con un montón de lectores deseosos de verme. Confieso que adoro esa sensación, la de sentirme importante y por encima de todo y de todos.

«Solo eres una impostora», me dice siempre una voz interior bastante irritable. Pero la ignoro, llevo demasiados años haciendo esto. Soy Candela Rojo y muevo masas. Soy una marca que vende sin apenas esfuerzo, muchos, muchísimos libros.

Escucho mi nombre y me muerdo el labio inferior, lo noto extraño, como acorchado. Sé que en unos días me sentiré mejor.

Las luces apuntan a mi rostro mientras camino hacia el atril que han preparado para mí. En la pantalla hay una foto mía, vestida con

un traje de chaqueta rojo, en la que luzco una sonrisa esculpida a base de Photoshop, además de varios retoques que en realidad todavía no me he hecho.

Todo el mundo aplaude, y yo tiro besos a diestro y siniestro. No os podéis imaginar lo que significa para mí sentirme tan y tan querida.

Me paro frente al atril y comienzo a leer la sinopsis de mi libro. Luego seguiré con un fragmento, posiblemente el primer capítulo. Los dejaré con ganas de más. Es una obra maravillosa, probablemente la mejor obra de toda mi trayectoria y en la que mi único aporte es mi nombre.

El día que Laura perdió el norte, estuve curioseando en su portátil y encontré algo muy interesante: el manuscrito que estaba editando para autopublicarlo.

Se llamaba *Mi venganza* y empezaba con una presentación de libros en la que la autora veía a alguien del pasado, que le causaba escalofríos, entre el público. Nada más leerlo, tuve la sensación de haber sentido la misma emoción muchos años atrás, cuando cogí prestado el manuscrito en casa de una amiga. ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera me acuerdo.

Pues bien, esa pluma era muy parecida a la de mis inicios como escritora de éxito. Era justo lo que necesitaba para que la gente volviera a creer en mí, en Candela Rojo.

Sin embargo, no podía hacerlo. Era demasiado descarado y no quería tener problemas con Laura, ya había demostrado que sacaba las uñas en cuanto hacía falta, no quería verme obligada a recurrir a métodos poco ortodoxos para acallarla.

Aunque no pude reprimirme, era tan fácil apoderarme de un archivo…

Me fui al despacho con el portátil y copié el archivo en un *pendrive*. En un principio, iba a llevármelo sin más, pero me lo pensé

mejor y lo borré de su ordenador y luego de la papelera.

Siempre fui previsora y ya sabéis lo que dicen: mujer prevenida…

Me aclaro la garganta y rezo para no meter la pata cuando los lectores me hagan preguntas. He leído la novela, claro que sí y, si os doy mi opinión, es bastante buena, quizá esté a la altura de mi primer libro, el que me lanzó al éxito como un cohete.

Empiezo con la sinopsis y la gente responde con aplausos y toneladas de cariño. Prosigo con la nota de autora, en la que aviso de que la lectura va a ser una experiencia que no olvidarán. Mi público me demuestra toda su pasión. Me dispongo a leer el primer capítulo, pero, de súbito, un nudo se instala en mi tráquea y noto que me falta la respiración. No puede ser, es imposible que sea ella, a menos que haya vuelto del más allá buscando venganza.

CAPÍTULO 24

Candela

Mi venganza: por Laura Peña

Capítulo 1

Era una mocosa de once años cuando la chica más popular de la escuela, Marina Martínez, entró en mi vida.

Bueno, más bien en la vida de mi hermana Vero. En su honor escribo estas letras, porque los secretos silenciados merecen ver la luz, aunque sea dos décadas después de haberse guardado bajo llave.

Poco sabía de la tal Marina, solo que era muy guapa y algo altiva. Quizá demasiado desarrollada para su edad en contraste con mi hermana, en apariencia, más niña que ella. Y digo en apariencia porque, semanas después de que se hicieran amigas, Vero le quitó a Marina el cetro de reina del instituto.

Mi hermana cambió. La verdad es que nunca fuimos un ejemplo de unión. Ella me llamaba enana; yo a ella gusano, por su manía de comer manzanas a todas horas. Sin embargo, su comportamiento en general no era malo. Al volverse popular, apareció la rebeldía, y, por un tiempo, trajo a mis padres de cabeza con sus ideas de bombero. No llegaba a la hora a casa y, cuando lo hacía, le olía el aliento a alcohol y a tabaco.

Conoció a varios chicos en poco tiempo y le colgaron el cartel de chica fácil. Eso la hizo pensar y bajó marcha.

Justo en esa época, un día en el que yo estaba enferma y mi hermana me echó de la habitación para quedarse a solas con Marina, descubrí que esta no era de fiar. Pues en un momento en el que mi hermana salió de la habitación porque mi madre acababa de llegar de trabajar y la llamó, yo me quedé espiando por la rendija de la puerta que Vero dejó abierta. Lo que vi me dejó de piedra. Marina metió en su mochila varias libretas de mi hermana, libretas que yo había curioseado y que no eran otra cosa que su intento de novela, distribuida en varios cuadernos manuscritos con su pulcra y pequeña letra.

Aquello me indignó, sin embargo, al pensarlo con detenimiento, llegué a la conclusión de que mi hermana se lo tenía merecido por gilipollas y confiada. Así que no dije nada.

Poco sabía yo lo que ocurriría semanas después, y las consecuencias que traería mi silencio para mi familia…

No puede ser. Es una broma macabra. Este no era el manuscrito que yo le envié a Antonio, doy fe de que no lo era. Aquel empezaba con una presentación y hablaba de una acosadora, no de…

Mis lectores me observan con curiosidad, la sinopsis sí correspondía con lo que yo pensaba que debía leer. ¿Quizá sea una casualidad? ¿Estaré soñando?

Antonio me hace una señal para que prosiga la lectura del capítulo de una maldita vez.

Con el corazón a punto de salírseme del pecho, y entre tartamudeos, trato de hacerlo, pero no puedo.

De pronto, la veo. Me está observando sentada entre el público. Es ella, Laura… Laura Peña, la hermana de Verónica Peña, la chica que yo maté.

CAPÍTULO 25

Candela

Mi público, ese público que me adora, se queda a la espera de que prosiga, de que termine de leer el capítulo que tanto han disfrutado. Es imposible, estoy tan desconcertada, tan aterrada, que cierro el libro y abandono el salón de actos a la carrera.

Antonio me agarra del brazo cuando ya estoy fuera del alcance de los ojos de mis lectores.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso?

—Eso te pregunto yo a ti. Ese no es el manuscrito que te envié.

—Sí, claro que lo es. Acuérdate de que, un rato después de haberme enviado *Mi venganza*, me escribiste de nuevo para decirme que olvidara tu anterior correo, que esta versión del archivo era la buena y mucho más interesante.

—Yo no hice tal cosa…

—Te puedo asegurar que sí, es más, para que no hubiera confusiones, eliminé el primer correo.

—Este libro no puede venderse, Antonio. No puede. Hay que pararlo, hay que dejar de imprimir ejemplares. Hay que quitar los libros electrónicos de las plataformas…

—¿Estás loca? No puedo hacer eso.

—No te lo pediría si no fuera un asunto de vida o muerte. Antonio, ese manuscrito no es mío.

—Oh… ¡Qué novedad! ¿Cuánto hace que no tengo entre mis manos un manuscrito de Candela Rojo? Es más, me pregunto si alguna vez lo he tenido.

—No lo entiendes…

—No, explícamelo —dice él cruzándose de brazos.

Y no puedo hacerlo. No puedo decirle que, probablemente, todo lo que está escrito en ese libro ocurrió de verdad.

Me refugio en mi casa, lejos de los focos mediáticos y de los lectores que están indignados porque no les he firmado su ejemplar de *Mi venganza*.

Ahora mismo no me interesa ver cómo me están poniendo verde en las redes sociales. No puedo dejar de temblar.

Y Laura, esa desgraciada, ¡cómo me engañó! Debí darme cuenta del parecido. Además, yo la vi, a esa niña que aparecía de pronto sin que te percataras de sus pasos, siempre sigilosos. Vero se quejaba muchísimo de eso, decía que su hermana era una chismosa de manual.

Me había visto coger los cuadernos.

¿Qué más sabría? Habla de un muerto… bufff. Tengo que leer ese libro, por muy difícil que me resulte, he de hacerlo. No sé hasta qué punto la gente pueda atar cabos, según lo que esa zorra haya escrito en él.

Me dirijo a mi despacho y cojo uno de los ejemplares que me ha dado Antonio. Me siento en mi cómodo sillón de oficina y comienzo a leer desde el principio. Las lágrimas recorren mi rostro cuando revivo

todo lo que ocurrió. Había olvidado gran parte de aquella historia. Quizá porque reprimí mis recuerdos más oscuros.

He hecho cosas horribles a lo largo de mi vida, pero ninguna como esa. No, por Dios.

Me paso toda la noche en vela. La novela, esa arma de doble filo que se ha ido clavando poco a poco en mi vientre hasta hacerlo sangrar, me ha tenido pegada a sus páginas, pero no por amor a la lectura, precisamente.

Cuando lo termino, no puedo menos que sentir unas náuseas enormes. La última frase se me clava en el alma y me da el toque de gracia.

Ahora ya tienes lo que te mereces, Candela Rojo.

Lo ha escrito todo, absolutamente todo. ¿Cómo Antonio no me dijo nada? Es que no lo puedo comprender. Estoy segura de que la policía vendrá a interrogarme. Una historia tan surrealista solo puede ser cierta, los humanos sabemos de sobra que la realidad supera a la ficción en la mayoría de las ocasiones.

Tengo miedo. Hace muchos años, y yo era solo una cría, pero si llega a saberse que todo lo que pone en el libro es real, mi reputación quedará malparada para siempre. Me llamarán impostora, asesina, ridícula y qué sé yo que más.

Pronto compruebo que tengo la bandeja de entrada de mi correo electrónico a rebosar. Dios, no podré soportar los insultos, bastante mal llevo ya las malas críticas de mis novelas. No quiero mirar, no quiero leer, lo suyo sería borrarlos todos y a punto estoy de hacerlo, cuando leo por encima el asunto de los correos.

«Absolutamente magistral». «Esa es la Candela Rojo que amamos». «Por fin has vuelto». «Eres una maldita reina de la escritura».

Me llevo las manos al rostro, emocionada. Mis lectores no me han fallado. No se han dado cuenta de nada, piensan que es ficción teñida de realidad y, al cancelar la eliminación de los mensajes, puedo verlo.

«Me parece magistral que aparezcas como villana en tu propio libro. Te sigo desde tus inicios y conozco tu nombre real. No hay nadie como tú y continuaré leyendo todas tus novelas. Un abrazo enorme».

—Ay, Laurita, me pusiste en jaque, pero mis propios lectores te han dado mate. Ya has visto que soy la reina, y contra la reina poco puede hacer un triste peón.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 26

2004

Vero estaba sentada a la sombra de un árbol a la hora del recreo, leía un libro. Días antes, un vídeo, en el que salía ebria enrollándose con un chico de bachillerato, corrió entre los alumnos del instituto como la pólvora.

Aquel revés había sido lo último que necesitaba para ver la realidad, que estaba tirando su vida por la borda por haberse sentido la reina en lugar del pequeño peón que siempre fue.

Pensó que, si era popular como Marina, si dejaba que los chicos la besaran y fueran más allá debajo de su ropa, todos la querrían. Pensaba que ser la más guapa implicaría ser visible, necesitaba serlo por una vez. Le gustó brillar, pero ese brillo cegó sus propios ojos y la cagó…, la cagó mucho.

Por ello, había decidido refugiarse en su antigua yo, aunque continuara cuidando su aspecto. Había descubierto que le gustaba mirarse al espejo y sentirse bonita. Sin embargo, ya no quería ser el centro de todas las miradas y los chismes. Nunca más.

Releía con avidez un libro de la biblioteca que se titulaba *Corazón desnudo,* de Jacqueline Briskin, y narraba la historia de dos amigas. Le parecía una verdadera obra maestra, muy duro en algunos pasajes, eso sí.

De pronto, alguien se paró frente a ella, añadiendo a su refugio una sombra nueva.

Alzó la vista y halló a Daniel

—Si vienes a torturarme..., ya he tenido suficiente. Así que te pido, por favor, que me dejes sola.

—No, no vengo a torturarte, de verdad. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—No creo que sea buena idea. ¿Quieres que digan que vas a coger ladillas, o cualquiera de las burradas que han dicho, por estar cerca de mí?

—No me importa, Vero.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan atento conmigo? ¿O es que acaso al saber que soy una chica «fácil», piensas que puedes pillar cacho?

—No, joder. ¿Por quién me tomas?

—¿Por un abusón que me hacía la vida imposible hasta que mi aspecto cambió?

—Ya lo sé; tienes razón. Fui un gilipollas, y sí, reconozco que cuando vi que eras tan guapa sentí mucha atracción por ti, pero ahora que te conozco mejor…

Vero rodó los ojos, y Daniel contuvo el aliento, había estado a punto de confesarle que era Joel. No podía hacerlo, de lo contrario, ella se enfadaría y no volvería a confiar en él.

—No me conoces, Daniel. Jamás viste más allá de tus narices.

—Ahora sí te veo.

—¿Y si me pusiera de nuevo las gafas y la ortodoncia…? ¿Me verías entonces?

—Te vería, aunque fueras una mierda pintada de purpurina.

Vero no pudo evitar que un torrente de carcajadas saliera de su boca a presión.

—Pero ¿te has oído?

—Es que no se me dan muy bien estas cosas.

—¿Demasiado tiempo siendo un matón?

—No lo soy… No sé qué me pasaba contigo. Lo juro.

—En fin. ¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, sentarme a tu lado y hablar un poco.

—¿De qué? Ya sé que hace un sol de justicia, aunque todavía estemos en invierno.

—No te voy a hablar del tiempo; tampoco de *cagarros* forrados de purpurina.

—Si piensas que volverás a hacerme reír con eso —Vero estalló de nuevo en carcajadas—, lo llevas claro.

—Lo acabo de conseguir. ¿Puedo sentarme ahora?

Vero se encogió de hombros y asintió. Ese fue el primer día de los muchos que, en adelante, Vero y Daniel pasarían el tiempo del recreo sentados bajo aquel árbol. Poco a poco, ella perdió el interés por Joel, y este dejó de chatear con ella. Daniel ganó terreno de un modo sorprendente, pero la sombra de los secretos atenazaba con estropearlo todo y cada día se alargaba más.

CAPÍTULO 27

Laura, ahora…

Me muerdo el labio hasta hacerme sangre. ¿Qué demonios les ocurre a las personas? Acaso no son capaces de ver que ese libro no es ficción, que contiene hechos exactos, ubicaciones, nombres reales incluso.

Las redes están llenas de alabanzas a la nueva novela de Candela Rojo «el mejor de todos los que ha escrito jamás», dicen; también, que es poco más que una diosa de la escritura, pues les parece una genialidad que la haya hecho pasar por un libro escrito por otra persona que le tenía una gran inquina y se vengaba de ella de un modo tan real.

Cualquiera podía buscar la historia real en internet, quizá se me olvidó poner una nota de autora aclarándolo todo y con los enlaces directos a las noticias, aunque, de haberlo hecho, el editor se hubiera percatado y no lo hubiera publicado jamás.

Ahora solo puedo hacerme perfiles falsos en las redes sociales y escribir mensajes para que sus lectores busquen información, pues todo eso ocurrió de verdad. También he dicho que Candela no escribe sus libros, que utiliza escritores fantasma, pero les da igual, tú… Solo alaban y alaban, una y otra vez, a su querida escritora.

Definitivamente, nos extinguiremos por estúpidos. La sociedad da asco. Punto.

Estoy cansada de ver cómo, tras la publicación más inocente, proliferan los comentarios de odio y juicio. ¿Por qué demonios ahora no pasa? ¿Acaso el *community manager* de Candela estará borrando todos los que dicen la verdad?

Sigo ojeando todos y cada uno de los comentarios con unas ganas de vomitar enormes. De nuevo, creo que la ansiedad me está pasando factura.

Salgo a la carrera hacia el lavabo y me agacho frente al inodoro. Tengo el estómago vacío. Todavía no he desayunado y solo vomito agua y bilis.

Cuando acabo, me siento en el suelo del cuarto de baño y llevo las manos a mis sienes.

Mi madre entra en el lavabo y me da un susto de muerte.

—¡Mamá!, ¿qué haces aquí?

—He abierto con la llave que me diste, hija. Como no abrías la puerta…

Escuché el timbre de abajo y no hice ni caso; pensé que sería algún repartidor de propaganda. Hacen caso omiso del cartel enorme que tenemos en el portal.

—¿Qué te ocurre? Por Dios, niña, qué peste a vómito.

—Me debió sentar mal algo anoche —digo quitándole importancia.

—Sí, seguro que sí, pero no creo que fuera algo que comiste. Ya hace un tiempo que no tienes muy buena cara. Además, estás más gordita…

Aprieto los puños, no me gusta que me diga esas cosas.

—No estoy más gorda.

—No te enfades, si estás mejor así que tan delgada.

—Vale ya, *mama*. ¿Para qué has venido?

—He venido al médico y, como vives al lado y tengo hora a las doce, he pensado: pues voy a ver a mi niña.

—Muy bien. ¿Has desayunado? —pregunto levantándome del suelo.

—No. He traído cruasanes. Si haces un poco de café con leche, desayunamos juntas.

Al nombrar la leche, el estómago se me revuelve de nuevo. Otra vez tengo ganas de vomitar y regreso al lavabo.

Varios minutos después, tras lavarme la cara y enjuagarme la boca, me dirijo a la cocina, donde mi madre está preparando ya el café, descafeinado, por supuesto.

—Laurita, hija, creo que deberías hacerte una prueba de embarazo —suelta mi madre sin paños calientes.

—¡¿Qué?! Yo no estoy embarazada. Si tuve la regla… —Me quedo a medias, con todo lo ocurrido no consigo acordarme de la última vez que me vino. Mierda.

Creo que la he pifiado pero bien…

Dos. Dos infernales rayas rosas se muestran ante mí como torres derribadas.

No puedo tener un hijo; difícilmente puedo mantenerme yo misma. ¿Qué sería de un pobre bebé al lado de una escritora que cada vez gana menos dinero por su mala cabeza?

Mi madre se ha ido hace un buen rato, pero antes de hacerlo bajó a la farmacia a por una prueba de embarazo y me la dejó sobre la encimera de la cocina. Yo le dije que ni de coña me la iba a hacer, y ella contestó: «Yo ahí te la dejo, tú verás».

Caminé de una punta a la otra de la cocina mientras observaba la caja y pensaba en la probabilidad de que fuera un sí. Ahora que lo

sé con certeza, tengo mil pensamientos apedreándome la mente.

Quizá podría utilizar el dinero que cobré por devolvérsela a la puta Marina. O hacer de escritora fantasma, esta vez sin segundas intenciones, para otro escritor.

¿Con qué intenciones? No lo sé ni yo. Las dos posibilidades harán que mi vida cambie para siempre. Tenerlo hará que nunca más vuelva a estar sola y me colmará de responsabilidades que no sé si podré afrontar; abortar me llenará de arrepentimiento y no podré dejar de pensar en que acabé con mi hijo cuando todavía no podía ni defenderse ni evitarlo. Darlo en adopción causaría el mismo efecto en mí, pero, al menos, no tendría que detener el pequeño corazón del ser que se gesta en mi vientre. Quizá pueda convivir con el arrepentimiento y compensarlo con darle la mejor vida posible a mi bebé.

«¿Y el padre? ¿No crees que tiene derecho a saberlo?». Las preguntas aparecen en mi mente sin pretenderlo. No creo conveniente decírselo a Gonzalo, al fin y al cabo, ha demostrado ser un padre pésimo.

Las palabras de Petra acuden a mí como un golpe contra la pared:

No, muchacha, no he visto al hijo de Candela. Nunca. Y no lo he visto por la sencilla razón de que ella no tiene hijos.

Entonces, ¿por qué no dejaba de nombrarlo? ¿Y si fuera hijo de Gonzalo y ella lo hubiera criado como suyo? Solo así se explicaría la situación. Quizá él hubiera estado casado con anterioridad, aunque ¿desde cuándo hace falta estar casado para tener un hijo? Puede que ya existiera en el pasado alguien como yo, alguien que fuera la protagonista de las fantasías escalofriantes de Gonzalo y acabara con un bombo.

No quiero, por nada del mundo, que mi bebé acabe en manos de Candela. No es una buena persona. Cualquiera menos ella, no después de llenar la vida de mi familia de tristeza y muerte.

«Tienes el manuscrito que escribiste en casa de Candela», escucho en mi mente.

—Sí, claro, pero si lo publico yo pasará sin pena ni gloria. Ganaré a lo sumo mil euros repartidos en varios meses, y si llego a ganarlos… —respondo a mis pensamientos con la voz.

«Es una buena novela. Además, ella se llevó tu manuscrito y lo iba a publicar».

—Ese manuscrito no es bueno, no si lo publico yo, además, solo era un señuelo para que Candela se confiara y así poder intervenir en cuanto ella accediera al archivo, enviándole desde su correo al editor el que en verdad quería que publicara. *Mi venganza*.

»Quedarme a solas tanto tiempo en su despacho me permitió inspeccionar a fondo su ordenador y tomar el control. Todavía lo tengo, por cierto.

«No ese, estúpida, el otro, por el que te pagaron».

—Sí, ese es bueno, demasiado bueno. Solo tuve que dejar que Candela pusiera sobre él sus zarpas para que quedara arruinado y su editor lo rechazara.

«Tienes el original sin editar por Candela. ¿No te parece una buenísima venganza? Además, te aseguraste de que ella no lo tuviera. Es tu libro y te lo debe, al fin y al cabo, se está forrando con algo que tenía que llevarla al agujero. Donde las dan, las toman, hermanita».

—Tienes razón, Vero… Tienes razón.

CAPÍTULO 28

2005

Vero corrió hacia Daniel y se abalanzó sobre él. Estaba pletórica porque había aprobado todas las asignaturas. Él, por el contrario, sentía una tristeza enorme. Tenía muchos problemas para poder leer y escribir, su dislexia le impedía, a sus dieciséis años, leer fluidamente y, lo peor, comprender lo que leía.

Vero, su novia desde hacía meses, lo había ayudado con todas las asignaturas, pero era como si diera con una piedra que no absorbía los conocimientos.

—No pasa nada, cariño —susurró ella con dulzura mientras le daba un suave beso en los labios—. Te has esforzado muchísimo.

—Por favor, Vero, no me digas palabras huecas. Jamás lo conseguiré, me quedaré aquí repitiendo por los restos…

—No digas eso. Me sabe tan mal por ti —soltó ella, de nuevo utilizando sin mala fe el tono compasivo que Daniel tanto odiaba.

Ella estaba muy contenta y quería gritar muy fuerte. Había sacado las mejores notas de toda la clase con diferencia. Por otra parte, ya no era una apestada y tampoco la más popular del instituto, era una más y serlo le sentaba bien.

Los comentarios malintencionados y los vídeos habían quedado atrás. Además, estaba Daniel, con el que se sentía querida y consentida. Pero había un problema que, en ocasiones, la hacía

pensar en él como una carga. Su frustración cuando no conseguía llegar a su altura a nivel académico.

Entonces, Daniel se transformaba en un ser resentido, en el antiguo matón que ella conoció y que, de modo casi mágico, se había convertido en un chico atento y divertido.

—Bueno, tengo que irme. Si eso nos vemos luego… —respondió Daniel con la mirada perdida en cualquier parte menos en sus ojos.

—Oh, ¿acaso no vamos a ir a la hamburguesería con los demás a celebrar?

—¿A celebrar qué, Verónica? Yo no estoy para celebraciones, ve tú.

—Ostras, Dani. Podrías al menos alegrarte por mí, ¿no?

Daniel la miró con una expresión que Vero no tenía claro poder identificar, pero que tenía toda la pinta de ser resentimiento.

—No, tía, no puedo alegrarme por ti, porque yo no estoy alegre ahora mismo. Tú te vas a otro instituto, donde conocerás nueva gente y, probablemente, te olvidarás de mí.

—¿De verdad te asusta eso? ¿Crees que tenemos que estar todo el día pegados para continuar juntos? ¿Y cuando seamos más mayores y cada uno trabaje en un lugar distinto, qué?

—Se supone que seremos más maduros y no tendremos las hormonas revolucionadas, ¿no?

—¿Qué dices? Yo estoy segura de lo que siento por ti —dijo Vero con sinceridad mientras se acercaba a Dani y tomaba sus manos, que en aquel momento le parecieron dos témpanos de hielo.

—¿Qué te apuestas a que en *cero coma* estás con otro?

Vero negó con la cabeza.

—No. Yo no soy así.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—¿Por ello, en cuanto empezamos a salir, dejaste de lado a tu querido Joel?

Vero abrió mucho los ojos.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Daniel sonrió con malicia mientras movía la cabeza en señal de negación y se alejó a paso vivo de ella.

Vero se enfureció y se le quitaron las ganas de ir con los demás compañeros de su clase a celebrar a la hamburguesería. En su lugar, volvió a casa y encendió el ordenador. Le daba un poco de vergüenza hablarle a Joel por el Messenger después de varios meses sin hacerlo, pero estaba tan enfadada por las palabras de su novio que quería darle en los morros, ya que parecía que él había espiado su Messenger de algún modo.

Buscó a Joel en el listado de contactos y lo encontró desconectado. Decidió mandarle un correo electrónico para preguntarle cómo estaba. No recibió respuesta ni ese día ni el día siguiente. A decir verdad, no volvió a verlo conectado ningún día más.

Le hizo una llamada perdida a Daniel. Era una especie de código que utilizaban ambos para decirse un mudo «te quiero» o un «estoy pensando en ti».

Vero no recibió la perdida de vuelta.

La alegría de saber que sus notas eran excelentes se había esfumado, y ahora la tristeza inundaba su ser. ¿Acaso era normal que su pareja no se alegrara de sus triunfos? Quizá él estuviera tan triste como ella en ese momento y no pudiera fingir; a Daniel no se le daba bien. ¿Acaso se había comportado ella como una egoísta sin tener en cuenta los sentimientos de su novio? Él había decidido

hacerse a un lado y dejarla celebrar sin tener que cargar con la mochila de su fracaso.

Esa maraña de pensamientos encadenados la hizo llegar a la conclusión de que había tenido un comportamiento infantil y egoísta.

Le escribió un mensaje de texto:

Siento haber sido una egoísta, TQM.

Varias horas tardó en recibir respuesta:

Lo Siento e Sido un *Jilipollas Mperdonas?*

Vero sonrió. Probablemente, era la única adolescente que escribía los SMS sin faltas para abreviar palabras y le irritaba que los demás sí lo hicieran. Sin embargo, aquel día no sintió el pellizco en la tripa que sentía cada vez que veía a su novio escribir con faltas de ortografía. Hasta le pareció adorable que Daniel tuviera tantas dificultades para escribir y lo hubiera hecho. Él solía preferir las perdidas y las llamadas a los mensajes que evidenciaban su notable dislexia.

Vero se llevó el teléfono al pecho mientras permanecía tumbada en la cama. Se hizo una foto poniendo morritos. Se la envió a Daniel por *email*.

El sonido del Messenger la sorprendió de súbito, Daniel estaba conectado y quería verla por la *webcam*. Ella se levantó de la cama y tomó asiento en su silla del escritorio.

—¿Perdonas a este imbécil? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Siempre…

—¿Aunque sea un verdadero zoquete, como dice mi padre adoptivo?

—Puede que seas un zoquete de manual, pero eres mi zoquete, y yo te quiero.

—Yo también a ti, princesa.

—Muy bien, sapito mío. ¡Ja, ja, ja!

—Tengamos la fiesta en paz, princesita, que a ver si por juntarte con un sapo, acabarás transformándote en rana.

La pareja, tras hablar un buen rato sin que la imagen y el sonido se entrecortaran, se despidió.

Con el ordenador apagado, Vero suspiró. Jamás pensó que el amor la alcanzaría de ese modo, mucho menos con quien menos esperaba, su antiguo matón.

Poco sabía ella que, en menos de un mes, la muerte los separaría.

CAPÍTULO 29

Laura

Recibo un mensaje de Gonzalo, quiere verme. En las últimas semanas hemos tenido un par de encuentros para entregarnos a la pasión en su aséptico adosado.

Ahora que sé que estoy embarazada no me apetece en absoluto que él practique sus jueguecitos perversos conmigo.

Gonzalo es un dios del sexo, y confieso que me pone a cien con solo escuchar su voz. Sin embargo, su afición por presentarse como un asesino en serie que va a matarme, aunque luego solo me dé placer, es cuando menos inquietante.

La última vez que nos vimos, me ató muñecas y tobillos a la cama con cintas de raso y me penetró mientras decía que yo merecía morir y no sé cuántas historias más. Debería sentirme aterrada, ¿a que sí? Pues no. Confío en él; sé que solo es una especie de fantasía sexual que nunca lleva a cabo. Gonzalo no es un asesino, solo un hombre con gustos sexuales digamos que «exóticos».

Nunca hemos hablado sobre ello. Creo que, de algún modo, se avergüenza. De hecho, una de las veces que hicimos el amor, me pidió disculpas por haberme dicho que era una puta mientras me hacía suya.

Sé que todo esto suena surrealista, y puede que hasta inverosímil, pero doy fe de que a mí me resulta excitante. ¿Estaré

enferma?

Tras ducharme y ponerme lo primero que pillo, me presento en casa de Gonzalo. Estoy un poco triste y necesito compañía. He de decir que no solo de juegos perversos vive el ser humano y que también hacemos cosas normales, como ver una peli mientras comemos palomitas.

No tengo intenciones de decirle nada sobre mi embarazo. Es solo mío, por mucho que él haya puesto un espermatozoide que se ha saltado todas las barreras de seguridad.

En cuanto me franquea el paso para que entre en su templo blanco, me mira con expresión ceñuda.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —pregunto un poco borde, todo hay que decirlo.

—No sé, tienes unas pintas un poco raras…

—Tengo la regla y me encuentro fatal —miento.

—Uy…, si tú con la regla eres puro fuego, nena —dice atrayéndome hacia él y agarrándome fuerte por las nalgas.

Siento el deseo apoderarse de mí, pero no quiero tener sexo con él esta noche. Mi cabeza es un hervidero de ideas. Además, Gonzalo descubriría que lo de la regla es un cuento.

—No, estoy en el segundo día y buf… Demasiada sangre. Además, me duele todo.

—Pues nada, si quieres cenamos y vemos una peli. Luego te hago un masaje, y te quedas a dormir conmigo.

—No sé, Gonzalo. Puede que no sea la mejor idea.

—¿Por qué?

«¿Porque todos dicen que es un mujeriego con el que no vas a llegar a nada?». La voz de mi hermana irrumpe en mi mente, no es el momento.

—¿Qué somos tú y yo, Gonzalo? —indago influenciada por la voz de Vero en mi mente y por las hormonas que debo tener jugando al póker ahora mismo.

—Somos… nosotros, Laura. Tú y yo, un tándem perfecto.

—¿Porque conmigo puedes hacer realidad tus fantasías sexuales?

Gonzalo aprieta las mandíbulas.

—Estamos hechos el uno para el otro, ¿es que acaso no lo ves?

—No sé si queremos las mismas cosas.

Él se cruza de brazos y suelta un bufido.

—Qué manía con etiquetarlo todo —dice mientras niega con la cabeza.

—Necesito estabilidad. —Mierda, se me ha escapado.

—¿Y por qué piensas que conmigo no la vas a tener?

«Porque da yuyu, mucho yuyu. No veo a mi sobrino viviendo en este lugar que parece la morada del tío de *American Psycho*».

—Todavía vas a casa de tu ex y lo sabes.

Me muerdo el labio, sé porque va allí. El supuesto hijo que está en el aire y Petra dice que no existe. Aunque yo he llegado a una conclusión en estos últimos tiempos, una conclusión que creo que va bien encaminada y, como todo lo que rodea a Gonzalo y mi archienemiga Candela/Marina, es surrealista.

Estoy en la cama junto a Gonzalo. Al final la conversación que se convirtió en discusión dio paso a un apasionado beso y a mil

peticiones de perdón. Así que me he quedado de nuevo sin saber qué somos, además de una pareja alocada que en la intimidad hace cosas que los demás considerarían horribles.

Gonzalo dice que soy muy valiosa para él y que no me quiere perder. Por supuesto que no hemos hablado de su hijo en el aire. No tenía ganas de enfadarlo más. Así que acabamos sentados frente al televisor, con la chimenea encendida. Eso hizo que el salón de mi controvertido amigo con derecho a roce se tornara más acogedor. Nunca la había encendido hasta ahora, decía que no funcionaba muy bien, pero la ha debido arreglar, porque anoche era una auténtica maravilla estar acurrucada sobre el pecho de mi amante mientras la luz anaranjada inundaba la estancia. Tanto que me quedé dormida y supongo que fue el mismo Gonzalo el que me cargó en brazos y me metió en la cama.

Ahora estoy mirando al techo mientras Gonzalo duerme. Parece tan vulnerable con su suave respiración y esa cara de niño rebelde.

No podré seguir viéndolo por mucho tiempo más. Mi embarazo es muy reciente, aunque no tardarán en verse las señales que me delatarán y, como he dicho, no pretendo decirle nada sobre su próxima paternidad. He de pensar una solución, y ello pasa por terminar con él. No me atrevo, pues tengo miedo a perderlo. Mi mente es un cúmulo constante de contradicciones.

Todavía no ha amanecido, pero me levanto de la cama y camino de puntillas hacia al cuarto de baño para darme una ducha.

En cuanto el agua roza mi piel, siento que me renuevo y las ideas se aclaran. Las células muertas de mi cuerpo parecen llevarse las dudas y tomo una decisión.

Entro en mi piso cuando ya ha amanecido. Hace un día precioso y yo estoy muy triste. Le he dejado una nota a Gonzalo en la almohada. Una nota en la que le decía que ahora mismo necesito tiempo para mí, y que es mucho mejor que pongamos distancia.

La he escrito con lágrimas en los ojos. No puede estar ocurriéndome esto. Pensé que podría dominar la situación, que tener encuentros esporádicos con él no me calaría hondo, pero lo ha hecho. Dios…, creo que me he enamorado y no puede ser. ¿Por qué tengo tendencia a colgarme por tíos extraños?

Me refugio en mi pequeño despacho e intento escribir. Solo me salen líneas de desamor y desesperación. Si no puedo ni hacer lo que más me gusta, la cosa pinta mal.

De momento tengo dinero, aunque tenía tantas deudas que pronto se acabará y necesito hacer que mis regalías suban para poder seguir pagando la hipoteca, los gastos y comprar comida.

No quiero volver a casa de mis padres con el rabo entre las piernas. Adoro mi intimidad.

Busco en el ordenador el borrador del libro que escribí supuestamente para Candela. ¿No se apropió ella de mi manuscrito? ¿No lo hizo también con el de mi hermana? Pues ya está. Me pagó por un manuscrito y ya lo tiene, aunque no fuera el que ella creía. Ahora soy libre para hacer lo que me dé la gana con este, para algo lo escribí yo.

Abro el archivo y comienzo a editarlo. Podré pasárselo a mi nuevo corrector en unos días si me doy prisa. Sé que él, que se llama Jorge, me matará por pedirle que me devuelva el libro rápido. Pero el pobre ya estará acostumbrado a que la gente vaya con el agua al cuello, así que podré soportar sus reproches o pretextos sin sentirme como una explotadora.

Voy a publicar este libro y creo que puede irme bien. Por la cuenta que me trae, espero que así sea.

CAPÍTULO 30

Candela

Tres semanas después

Me despierto junto a mi hombre. Gonzalo. Ha vuelto a mí hace unos días, sabía que lo haría. Ahora volveremos a ser una familia.

Él duerme como un bebé, y yo sonrío complacida. ¿Con quién iba a estar mejor que conmigo?

Sé que ha tenido varios escarceos con otras mujeres, incluso con esa desgraciada de Laura Peña. Sin embargo, aquí está y, esta vez, no pienso dejar que se vaya. Sabré lidiar con la situación, pues he estado yendo al psicólogo. Ahora me siento mucho más preparada.

Nuestra foto de boda vuelve a estar en la mesa de noche y siento que estoy tan enamorada de él como el primer día. Lo pasé muy mal cuando se fue, pero conseguí que no me olvidara.

Ha dejado ese horrible adosado. Era una de las condiciones que le puse para retomar nuestra relación. Allí se llevaba a sus conquistas y no pienso permitir que vuelva a hacerlo. ¡Quién sabe qué barbaridades haya hecho en ese maldito lugar! Pienso que incluso tríos y cuartetos. Gonzalo es un hombre muy sexual. También le puse otra condición: ha de ser tratado por un terapeuta por su adicción al sexo. Él dice que no es cierto, que él no es un

adicto. Está claro que sí. Se ha enrollado con todas las mujeres que han pasado por esta casa, con todas las jóvenes. Con Petra no, por suerte. Ella es una mujer leal que jamás me traicionaría, eso lo tengo muy claro.

Salgo de la cama y me dirijo a mi despacho. Encuentro a Hakim fuera, pasando el plumero por los cuadros del pasillo.

—Buenos días —digo con voz somnolienta.

—Buenos días, señora.

—Hakim, prepara el coche, el señor y yo pasaremos el día en Peñíscola. Saldremos en una hora aproximadamente.

Hakim tuerce el gesto.

—¿Hay algún problema?

—Oh, no, señora.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro.

Pero no lo creo. Juraría que me pidió una tarde libre, aunque no me acuerdo del día en concreto. Tampoco voy a insistir; si no puede llevarnos a Peñíscola, él mismo debería decirlo. No tengo por qué ir detrás de mis empleados como si fuera su madre.

Me dirijo a la cocina y Petra, nada más verme entrar, me pone delante un café humeante.

—Gracias, Petra.

—A mandar, señora.

—¿Todo bien en tu casa? ¿Qué tal está tu madre?

—Al pie del cañón, como siempre.

—La señora Felipa es una verdadera joya. No sé por qué se fue de esta casa para enterrarse en vida en esa tasca.

—A ella le gusta estar entre la gente, ya lo sabe.

Me encojo de hombros. Reconozco que me sentó fatal cuando se fue, pero en su lugar me recomendó a su hija, que ha heredado todo el buen hacer de su progenitora.

—El señor y yo pasaremos el día en Peñíscola, cuida de mi pequeño en mi ausencia.

—Por supuesto, señora.

—Dale el mordedor si ves que llora mucho, ya sabes que lo necesita.

—Sí, señora Candela.

Asiento con la cabeza. Me termino el café de un trago y subo a la habitación. Gonzalo acaba de salir de la ducha. Tiene el pecho perlado de gotas de agua y su pelo revuelto. Está tan sexi.

Me desnudo delante de él para que admire mi cuerpo. Pero, como siempre, ni se inmuta. No lo entiendo, mis anteriores maridos no se resistían cuando hacía eso. Es lo malo de Gonzalo; es un tanto frío.

Busco algo cómodo en mi enorme vestidor y me visto con parsimonia mientras lo observo. Él no me mira, y un pellizco de tristeza me atenaza el corazón.

—Cariño, ¿ocurre algo? —pregunto, y él no me responde, por el contrario, mira a la nada—. ¿Cariño?

—Dime —suelta como si acabara de llegar de otro mundo.

—¿Que si ocurre algo?

—Ah, no…, tranquila. Estoy un poco estresado por el trabajo, eso es todo.

Volvemos a nuestra antigua rutina. Gonzalo en otra parte del universo, refugiándose en el trabajo. Hoy es sábado y no irá a la

oficina, me lo prometió. Nos vamos a pasar el día en la preciosa Peñíscola.

—¿A dónde vas? —indaga.

—Gonzalo, hijo…, ¿acaso no te acuerdas?

—No, no será tu cumpleaños y me he vuelto a olvidar, ¿no?

—Joder. No, no es mi cumpleaños. Falta mucho para eso. Tampoco es nuestro aniversario ni ninguna fecha importante. Hoy habíamos quedado en pasar el día en Peñíscola, ¿no te acuerdas?

—Ostras. Lo siento, Candela. Se me había olvidado completamente. Además, no va a poder ser, he de ir a la oficina.

Me enfurezco por momentos. No quiero perder el control, otra vez no; la última vez que me enfadé tanto, Gonzalo se marchó de casa, no quiero que vuelva a ocurrir. Así que hago de tripas corazón, pongo mi mejor sonrisa y le digo que no pasa nada. Añado que, de todas formas, tenía que hablar con mi editor, pues he de pasarle mi nueva idea para la próxima novela que publicaré en unos meses. El mercado está muy mal, y los lectores quieren libros y más libros de su autora favorita.

Gonzalo me abraza y me da las gracias por la comprensión. Menudo cabrón. Quizá esté dándomela otra vez con alguna zorra más joven que yo. Respiro profundamente sin perder mi sonrisa impostada. Por dentro mi rabia bulle.

Minutos después, él se marcha, dejándome desolada. Salgo al parque a dar un paseo y encuentro a Hakim parado delante del coche. No tengo ganas de decirle que los planes se han cancelado, él ya lo sabe por mi expresión. Paso por su lado, y él asiente con la cabeza.

CAPÍTULO 31

Laura

Le he dado al botón de publicar y no me lo creo. En unas horas, mis lectores podrán conocer mi nueva novela, mía y nada más.

He cambiado los nombres de los personajes, algunos detalles y ubicaciones. Creo que, en conjunto, ha quedado una novela muy muy buena. ¡Qué ganas tengo de saber lo que opina la gente de ella!

Estoy nerviosa, como siempre que publico. Mis veinticinco novelas anteriores no han hecho que eso cambie, por el contrario, creo que cada vez estoy más y más nerviosa. Me he vuelto mucho más exigente.

«¿Te has preguntado qué podría ocurrir si Marina llegara a enterarse?».

—Donde las dan, las toman, hermanita…

«Sí, ya he visto cómo has titulado el libro. Marina lo descubrirá y te meterá en la cárcel».

—¡¿Qué va a descubrir?! Está demasiado concentrada en su éxito, no va a mirar en los *rankings* de la web donde publico mis libros, es muy poco probable que yo pase del top doscientos. Ella está en el número uno, así que ni se inmutará.

»Además, he registrado el manuscrito a mi nombre. Dudo mucho que ella llegara a hacerlo. Puede que sí en su versión cutre, pero son demasiado diferentes. He hecho muchos cambios.

«Si tú lo dices».

Un par de horas más tarde, mi libro ya está en línea y mis nervios desatados. Me tomaría un relajante muscular de buena gana, pero no puedo. Hay un pequeño ser creciendo dentro de mí.

Mi madre ha estado en casa hace un rato, y le he comunicado la buena nueva. Está tan contenta… Y, la verdad, yo también lo estoy. Tengo muchas ganas de ver su carita de ángel. ¿Se parecerá a Gonzalo? Si fuera así, tiene todas las de ganar, pues es infinitamente más apuesto que yo, que soy más bien normalita.

Me hago una manzanilla para tranquilizarme un poco y me sienta bien. Consigo dormirme en el sofá mientras veo una serie. Debería estar en las redes sociales —compartiendo publicaciones para promocionar o haciendo algún sorteo para que me dé visibilidad— para que la gente vea que he publicado un nuevo libro y que tiene una pinta estupenda.

Me sobresalto al escuchar el teléfono sonar. Atiendo la llamada y es Marta, una de mis mejores amigas escritoras.

—Tía, ¿dónde te metes?

—Estaba dormida en el sofá. Dime…

—Estoy alucinando con tu libro. Recibí un correo informándome de que habías publicado hoy, cabrona. ¡Anda que dices nada!

—He estado muy liada y se me ha pasado completamente, ya sabes cómo voy siempre.

—Ya. Tengo suerte de no ser autónoma, como tú. No podría soportar tanta incertidumbre y presión.

—Bueno, a mí tampoco me gustaría volver a aguantar a ningún jefe. Así que una cosa compensa la otra.

—Calla, no me hables de jefes, que estoy hasta la pepitilla y más allá.

—Pues nada, prueba las mieles de la cuota de autónomos.

—Capulla. Pues eso, que voy a seguir leyendo. Esto va a ser un bombazo, ya verás.

—Ufff, lo veo difícil. El algoritmo me abandonó hace ya un tiempo.

—Pues creo que esta vez te va a adorar, te lo digo de verdad.

—Ojalá.

Me despido de Marta y miro en el móvil cómo va mi nuevo retoño. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que tengo el cartelito de más vendido. Estoy número uno en una de las categorías donde lo he puesto. Solo han pasado unas horas desde su publicación; no me lo puedo creer.

CAPÍTULO 32

Laura

Han pasado unos días y no puedo estar más feliz. Mi libro ha subido como la espuma y ya está el veinte en el *ranking* general. No me lo creo, jamás había llegado tan alto.

Cada día me sorprendo al ver la cantidad de páginas que está leyendo la gente y las unidades vendidas a diario. Dicen que es mi mejor novela con diferencia.

Solo hay una cosa que empaña mi felicidad. En varias de las reseñas que me han dejado los lectores, me comparan con Candela Rojo en sus buenos tiempos. Me acerco de modo temerario a su posición, pues ya está en el número trece. Ha ido bajando posiciones y pronto nos encontraremos o cruzaremos. Nunca pensé que subiría tanto; no es lo normal en mí y menos aún en los últimos tiempos. Es más, al cambiar de género y escribir *thriller* en lugar de romance histórico, pensé que pasaría sin pena ni gloria.

Si Candela ve mi libro, y entra en la página de detalles, se dará cuenta de que la comparan conmigo. Puede que entonces lea el libro y mi castillo de naipes se desmorone.

Quizá pase del tema, al fin y al cabo, ella ha ganado un buen dinero con un manuscrito mío.

«¿Marina?, ¿ver cómo le quitas el puesto con un manuscrito por el que te pagó y quedarse de brazos cruzados? Ni en tus mejores sueños, querida».

—Ufff, cállate. Cállate, cállate, cállate —mascullo mientras me tapo los oídos con las manos.

Algo estúpido teniendo en cuenta que la voz que escucho está en mi interior, no viene de fuera.

Un día después, por la mañana, veo que mi novela está en el cinco del top general. Madre mía, mi corazón galopa y corta el viento. ¡Qué subidón!

Horas después, recibo la llamada de Marta. No se le entiende nada. Debe de tener la boca llena, pues es la hora de cenar, pero consigo distinguir un «enhorabuena» medio distorsionado.

Las valoraciones de cinco estrellas, con o sin reseña, aumentan sin freno. También las malintencionadas de una estrella, sí, esas que insultan a la escritora y dicen cosas como: «Está sobrevalorada, escribe como una alumna de primero de la ESO; veinticinco novelas…, no se lo cree ni ella, no me salen las cuentas, seguro que usa inteligencia artificial.

Gruño. Ahora todos los escritores usan inteligencia artificial, según algunas personas en las redes. Quizá sean las mismas que aseguran que la tierra es plana o que vivimos en una simulación.

Yo no entro en esos debates, pero que sugieran que yo, que amo la literatura sobre todas las cosas en este mundo, pueda apoyarme en la IA, es el peor insulto que pueden llegar a decirme.

Si saco varios libros al año, es porque trabajo mucho. Escribo todos los días como una rutina, sin procrastinar; tengo mucha facilidad para ello, por suerte, y me resbala lo que piensen los perdedores que creen que pongo los libros en una especie de robot de cocina y se hacen solos. Mi sudor me cuesta, pesados…

«Este libro, hermanita, no proviene de una idea propia».

Aprieto los dientes unos contra otros. Empiezo a estar muy cansada de la voz de mi hermana cual Pepito Grillo dándome lecciones.

La ignoro; quizá, si dejo de prestarle atención, se vaya de una maldita vez.

De súbito, escucho varios timbrazos y me sobresalto. Es tarde y no sé quién demonios puede ser. Espero que no sea Gonzalo. Solo mi madre sabe de mi embarazo y no creo que se lo haya podido decir, para ella no existe. Le dije que no sabía quién era el padre, que fue un lío de una noche y que no me acordaba ni de su nombre.

Acudo a abrir con mi chándal más antimorbo. Me miro al espejo y recoloco los pantalones que tengo ladeados. He subido de peso y se nota.

Arreglo mi pelo un poco y pellizco mis mejillas al más puro estilo Escarlata O'Hara. Abro la puerta y sé que estoy sentenciada.

CAPÍTULO 33

2005

—Estas son las mañanitas que cantaba el rey David…

Marina abrió los ojos y no se lo podía creer. Ernesto y Luisa, sus padres adoptivos, cantaban la canción de cumpleaños que habrían oído en las telenovelas mexicanas, de lo contrario, no se explicaba a qué venía semejante tortura.

Ernesto sujetaba una tarta con un dieciséis de color rosa. Sí, en teoría Marina cumplía esa edad, pero tenía dudas. Sentía que era más mayor de lo que ponía en su DNI.

—En serio…, ¿no lo podéis dejar para después? Tengo muchísimo sueño. Mi cumpleaños es mañana.

—Sí, hija. Ya sabes que tu padre trabaja y ambos queríamos darte una sorpresa —dijo Luisa con una expresión que denotaba sin duda la frustración más absoluta.

Marina no se lo ponía fácil. A decir verdad, ni Daniel ni ella lo hacían. Si algo tenían en común los dos era que sus primeros años fueron inciertos y turbios.

—Va, cariño. Levántate, tenemos una gran sorpresa para ti —dijo Ernesto, con ese tono conciliador que a Marina tanto le irritaba.

Ella se levantó de la cama hastiada.

—De acuerdo, pero no volváis a cantar, me duele la cabeza.

Luisa y Ernesto se miraron. Su madre adoptiva agachó la cabeza; se sentía un fracaso ante la permanente irascibilidad de Marina.

Los tres bajaron al salón, y Ernesto se adelantó. Daniel estaba sentado en el sofá, en pijama y de brazos cruzados. Sus padres lo llamaron también para que acudiera con ellos a la habitación, pero él se negó.

Su padre adoptivo apareció de pronto en su campo de visión con un paquete rosa con un gran lazo del mismo color.

«Que alguien les diga a estos dos que ahora odio el rosa, por favor», pensó Marina.

Sin embargo, ansiaba saber qué le habían regalado. Adoraba las sorpresas. Así que tomó el paquete entre sus manos y lo puso sobre la mesa de centro; pesaba demasiado.

Deshizo el lazo gigante y rompió el papel de regalo. Dentro había una anodina caja de cartón.

«Como sea uno de esos regalos en los que hay que abrir cincuenta cajas, que no cuenten conmigo», pensó.

Abrió la caja y lo que encontró la dejó atónita.

Era una máquina de escribir de color rosa claro. De las antiguas, de esas que tenías que dejarte los dedos para poder escribir una frase.

—¿Qué significa esto? —indagó ella, confundida.

—Significa, hija, que pensamos que tienes un talento innato para la escritura y por eso te hemos regalado esta preciosidad.

—Un momento, no habréis hurgado entre mis cosas, ¿no?

Ernesto y Luisa se miraron con el nerviosismo pintado en sus rostros.

—Hija, el otro día, arreglando tu armario, encontré tus cuadernos.

Marina torció el gesto. ¿Es que acaso no se habían dado cuenta de que aquella no era su letra? Aquellos dos solo se preocupaban de su trabajo y sus finanzas. Compraban el amor con caprichos cada día más caros.

—No tenías derecho a cotillear entre mis cosas.

—Lo siento; fue sin querer. Pero conseguí leer lo suficiente como para saber que no podías continuar escribiendo a mano.

—¿Y en plena era de la tecnología me compráis una máquina del jurásico?

—No, mujer. Es un regalo simbólico; esta máquina es una antigüedad. Tu padre la ha mandado restaurar para ti. Si hasta pone tu nombre, mira.

En uno de los costados de la máquina, Marina vio una especie de grafiti con su nombre escrito en letras casi ininteligibles.

—Vaya manera de cargarse una pieza de museo —refunfuñó Daniel antes de levantarse del sofá.

—Hijo, no seas desagradable y felicita a tu hermana.

—Ella no es mi hermana, además, es una impostora.

—Cállate, imbécil —soltó Marina mientras clavaba sus ojos en los de su hermanastro.

—No digas esas cosas, Daniel. Es más, ve a tu habitación un rato, creo que necesitas pensar.

—Estoy diciendo la verdad, Marina es una farsante.

—Que te calles.

Daniel se levantó del sofá y se dirigió a su habitación. En la planta superior se escuchó un portazo y, segundos después, música

a todo volumen.

—Bueno, ¿te ha gustado el regalo?

«Es horrible», pensó Marina.

—Sí, está muy bien —dijo con su sonrisa más falsa.

Luisa y Ernesto se miraron de nuevo. ¿Acaso aquella adolescente se estaba burlando de ellos?

Llevaban toda la vida adoptando a niños sin hogar. Tres de ellos ya eran personas de bien. Incluso uno se había casado y tenía un hijo en camino. En cambio, con Marina y Daniel no conseguían acertar, tal parecía que siempre metían la pata con ellos de un modo u otro.

Después de desayunar con sus padres adoptivos, Marina subió a su habitación a cambiarse de ropa. Vero la había llamado para felicitarla, y ambas habían quedado para ir a tomar algo y comprar ropa en el centro comercial.

La relación entre ellas se había enfriado en los últimos tiempos. Sobre todo, desde que Vero se había hecho novia del imbécil de su hermanastro. Además, le remordía la conciencia por haberse apropiado del manuscrito de su amiga y pensaba devolvérselo ese mismo día. No sabía cómo lo haría, pero tenía que conseguir que Vero la invitara a su casa con cualquier pretexto.

CAPÍTULO 34

Laura

Candela me mira desde el otro lado del umbral de la puerta de mi piso. Por un momento, estoy tentada a cerrársela en las narices y ella se da cuenta. Mete un pie en la trayectoria de la puerta antes de que se me ocurra llevar a la práctica mis intenciones.

—¿Qué haces aquí?

—Primero de todo, buenas noches, Laura. Tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Oh, sí, cariño, sí lo tienes. Y, por la cuenta que te trae, mejor que me dejes entrar.

—No es un buen momento.

—¿Acaso tienes compañía? No, no creo que sea eso. Tienes unas pintas horribles, con lo que sea que lleves puesto.

Estoy a punto de decirle que es mi pijama, pero ¿para qué?

—¿Me vas a dejar entrar?

No contesto, aunque le franqueo el paso.

Ella entra con su actitud altiva y mira a su alrededor. Reconozco que llevo unos cuantos días sin esmerarme mucho en la limpieza de

mi casa, así que Candela no está del todo cómoda. Me alegro, cuanto más incómoda esté, antes se irá.

—¿Puedo sentarme? —pregunta mientras señala el sofá y luego añade—: Estos zapatos me están matando.

—Adelante —digo sin mucha convicción.

—Laura, querida. He venido a hacerte una proposición.

—¿Qué clase de proposición?

—Una de trabajo, por supuesto.

—Lo siento, he de declinar…

—Espera, querida, espera. Todavía no te he explicado en qué consiste. Te aseguro que, en cuanto lo haga, aceptarás de buena gana.

Ruedo los ojos antes de decir:

—A ver. No creo que formemos un buen equipo. Queremos cosas distintas y yo he decidido no volver a hacer de escritora fantasma para nadie.

—¿Escritora fantasma? Dios mío, haces que parezca una aberración y es algo más normal de lo que crees. Ya te expliqué que *El conde de Montecristo*…

—Sí, sí —interrumpo—, ya me lo dijiste y no me interesa, así que dime lo que tengas que decir y vete.

—Menudos humos, Lau, querida. Aunque ya verás como enseguida cambias de opinión. Solo hacen falta unas palabras mágicas para ello.

—Déjate de jueguecitos y habla ya.

Candela sonríe con suficiencia —como si yo solo fuera una hormiga ante un dinosaurio— y suspira, antes de sacar su móvil y trastear en él.

El silencio llena el salón de tensión. ¿Qué cojones hace ahora esta mujer? La observo con curiosidad, y ella me devuelve una mirada pícara. Está claro que está disfrutando de lo lindo. No sé qué planea, pero no puede ser bueno.

—De acuerdo, aquí está. Te voy a decir en pocas palabras lo que me ha respondido la inteligencia artificial sobre cierto temita —carraspea antes de continuar—: La *ghostwriter* cede los derechos patrimoniales a la famosa. La famosa es la autora legal a efectos comerciales, aunque no lo haya escrito. La *ghostwriter* no puede publicar esa obra, ni total ni parcialmente. Si lo hace, la famosa podría demandarla por incumplimiento contractual, violación de derechos de autor, daños y perjuicios, competencia desleal. ¿Qué te parece?

—¿De verdad me estás leyendo lo que te ha dicho la IA? ¿Es que acaso no tienes asesores legales o abogados?

—Claro que los tengo, pero cuanta menos gente sepa lo que has hecho, mejor para ti, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? Llevas años apropiándote del trabajo de los demás. Ya era hora de que alguien te la devolviera.

—Sí, bonita, aunque te ha salido el tiro por la culata, y ahora mis lectores me adoran. También adoran la novela que has publicado, que he de recordarte, nació de una idea mía. Puedo demostrarlo, querida, así que… tú misma.

—¿Qué quieres?

—Que escribas una nueva novela. Tengo una magnífica idea.

—No pienso escribir nada más para ti.

—Oh, sí lo harás, de lo contrario, llamaré a mi abogado y he de decirte que no te conviene, es un verdadero tiburón ávido de carne fresca. Te destrozará.

Juro que ahora mismo estrangularía a esta mujer con mis propias manos.

—¡¡No puedo volver a la casa de la mujer que mató a mi hermana!! —grito, sorprendiéndola.

Ella niega con la cabeza.

—Laura, cariño, tu hermana se cortó las venas en el psiquiátrico donde la internaron cuando…

—¡¡¡Cállate!!! —vocifero tapándome los oídos.

Puede que no fuera la que empuñó aquel trozo de cristal, pero sí fue la causante de la caída en desgracia de mi familia. Ella debe pagar por todo lo que hizo, y puedo asegurar que lo hará.

—Está bien. Prefiero no discutir este asunto, no creo que lleguemos a buen puerto si te pones tan nerviosa. Mañana por la mañana, a las ocho en punto, Hakim vendrá a recogerte, estate preparada.

CAPÍTULO 35

Laura

Estoy de nuevo delante de la puerta de entrada de la casa de Candela y juro que me falta el aire. No hay nada peor que volver al lugar donde has sentido suficiente temor a perder la razón o, en el peor de los casos, la vida.

«No exageres. Estoy contigo, juntas podremos con todo», dice Vero en mi mente.

—No estoy segura de poder lidiar con Candela. No cuando necesito estar tranquila para que el bebé que crece en mi vientre se sienta amado y seguro.

«Cállate, pueden oírte».

Asiento con la cabeza y Hakim, que acaba de alcanzarme, me mira con curiosidad.

—¿Todo bien, Laura? —pregunta con genuino interés.

—Sí, Hakim, muy bien.

—Me alegro —dice y me adelanta para abrir la puerta, que sujeta para que yo pase.

Le doy las gracias. Tengo la costumbre de dar las gracias por todo continuamente y a veces soy demasiado pesada. Creo que le

he dado las gracias a este hombre al menos siete veces desde que me ha recogido delante de mi edificio.

No me quedó más remedio que aceptar la propuesta de Candela. Incluye el doble de dinero que la otra vez y un compromiso de no apropiarme de su obra. En la anterior ocasión, lo puso en el contrato, pero en esta es un documento aparte con un montón de cláusulas repetitivas.

También tengo prohibido acceder a su ordenador. Además de todo eso, no viviré en la casa, sino en un pequeño apartamento de invitados. Jamás he visto ningún edificio que no sea el cobertizo, espero que no quiera meterme ahí a trabajar cual esclava.

No sé entonces para qué me ha hecho entrar Hakim en la casa, pero lo averiguo de inmediato.

Candela está sentada en la sala principal, con el caniche en su regazo. Tiene un cepillo en la mano y lo pasa por el lomo del animal con suavidad.

—Hola, Lau, querida.

—Hola —respondo con sequedad.

—Estoy muy contenta con nuestra nueva colaboración y, antes de que empieces la maratón de escritura, debo discutir contigo varios pormenores de la obra.

Ruedo los ojos. Ya he tenido bastante matraca con sus constantes *emails*.

—Siéntate, querida. ¿Qué quieres tomar?

—Nada, ya he desayunado.

—Oh…, de acuerdo. Yo tomaré un té. Hakim…

—Enseguida, señora —responde el mayordomo y desaparece de mi vista.

Tomo asiento en un sillón, y Candela dice:

—Ve a jugar, pequeño.

Sonrío. Ya sé qué ocurre aquí, confirmo así mi teoría. El dichoso perro es su famoso hijo.

Hay personas que se toman muy en serio el tener una mascota, tanto que algunas pueden llegar a perder un poquito el norte. Estoy de acuerdo en que los animales son adorables y se pueden llegar a querer muchísimo, pero lo de esta mujer va más allá.

«Quizá eres tú que lo ha malinterpretado todo. Por eso te miraban con esa cara de asombro cuando hablabas del hijo de Candela. Has sido tú y no ella la que ha alimentado esa idea».

—Cállate —mascullo, y Candela me observa con el ceño fruncido.

—¿Cómo dices?

—Mmm…, nada. Ahora dime lo que tengas que decirme. Quiero terminar con esto cuanto antes.

—Ay, Lau, querida. Qué humos. No quiero tener que recordarte que tener o no tener problemas con la justicia depende de mi silencio.

Un pellizco atenaza mi tripa. Se hace más grande cuando veo en el umbral de la puerta a ni más ni menos que Gonzalo, en chándal y con el cabello mojado, señal inequívoca de que acaba de darse una ducha.

Al verme, abre muchísimo los ojos. Ambos estamos de lo más sorprendidos.

Observo a Candela, la muy hija de pu… está disfrutando con todo esto.

«Sí, sí, Candelita, disfruta ahora que puedes, pronto lamentarás haber metido al enemigo en casa».

CAPÍTULO 36

2005

Marina y Vero estaban sentadas en una mesa de la hamburguesería del centro comercial. Ambas habían pedido lo mismo, el menú de siempre, con una hamburguesa doble de sabor delicioso y de dudoso valor nutricional.

—Hacía tiempo que no nos reíamos tanto, ¿cierto? —preguntó Vero, todavía con la estela de su última ristra de carcajadas.

—Es verdad. ¿Por qué nos hemos distanciado, amiga? Con lo bien que lo pasábamos…

—Las circunstancias, quizá —soltó Vero omitiendo conscientemente lo que ella sabía a ciencia cierta.

—Desde que sales con mi hermanastro has cambiado. Él es el que nos ha separado.

—Tampoco es eso. Sí que es verdad que nos vemos todos los días, y tengo poco tiempo para socializar más.

—¿Más? Últimamente ibas del instituto a casa y de casa al instituto. Siempre que te llamaba decías que tenías que estudiar. Luego te veía paseando con Daniel.

—Tienes razón. Lo siento, Marina —dijo Vero y posó su mano sobre la de su amiga, que la retiró instintivamente—. ¿Estás bien?

—Sí, Vero. Es solo que… tengo que decirte algo.

—Desembucha —dijo Vero mientras sorbía con su pajita un poco de su aguado refresco de cola.

—Verás, he hecho algo que no está bien.

—Ajá… ¿Qué es?

—Algo que te perjudica directamente a ti. En mi defensa he de decir que lo hice por pura curiosidad, pero se me ha ido de las manos y creo que debo confesártelo. Eres mi amiga y te quiero.

Vero le dedicó una amplia sonrisa. Quería decirle que ella también la quería. Aunque, en ocasiones, la sacara de sus casillas. Sin embargo, Vero no era capaz de expresar sus sentimientos con otras personas que no fueran Daniel, con él era diferente, podía mostrarse tal cual era.

—Vero, el último día que fui a tu casa…

—Hola, cariño. ¿No me dijiste que te encontrabas mal y que no ibas a salir?

Daniel la observaba con ojos furiosos. ¿Acaso la había seguido?

—Da-Daniel. No sabía cómo decírtelo...

—Pasé a buscarla y se encontraba mejor. Le dije que era mi cumpleaños y, prácticamente, la arranqué de la cama —mintió Marina, y Vero la miró agradecida.

—Me has mentido —dijo Daniel con la mandíbula tensa.

—Lo siento.

—No, no sientes nada. Estás aquí con tu amiguita. Hasta te he visto posar tu mano sobre la de ella. ¿Te has vuelto lesbiana ahora? Sí, eres una bollera reprimida, por eso últimamente no quieres ni follar conmigo —espetó Daniel mirándola con un odio que no conocía en él.

—Pero, cariño, ¿qué dices?

—Vero, te presento a mi hermanastro. No quería tener que decirte «te lo dije». Un matón siempre será un matón, aunque se forre de purpurina.

—Cállate, desgraciada —soltó Daniel.

—No pienso callarme. Vero merece saber la verdad, que no puede seguir al lado de un patán como tú.

—¿La verdad, hermanita? Yo puedo decir una que a Vero no le va a gustar.

—Cállate, ¿vale?

—No, no pienso callarme. Además, tienes razón, Vero tiene derecho a saber la verdad.

—A ver, vosotros tres. No quiero peleas, así que fuera de aquí ahora mismo —dijo un chico de unos treinta años, vestido con camisa azul y corbata. Señal inequívoca de que era el encargado.

—Vámonos, Vero —intervino Marina agarrando del brazo a su amiga.

—Ni en broma; ella se viene conmigo —replicó Daniel agarrándola del otro brazo.

Se produjo un intercambio de tirones y Vero se sintió como si fuera una muñeca en manos de dos niños pequeños que peleaban por ella.

—Basta ya, me estáis haciendo daño.

—Chicos, u os marcháis ahora mismo de aquí o llamo a la policía —anunció el encargado.

Ambos la soltaron y los tres salieron del local.

Daniel agarró de nuevo del brazo a Vero y tiró de ella con fuerza.

—Tú te vienes conmigo, tenemos que hablar.

—No, y si tratas de llevarme contigo a la fuerza, llamaré a seguridad —espetó Vero, cada vez más enfadada.

—Soy tu novio, tienes que venir conmigo y punto, de lo contrario, puedes olvidarte de mí.

—Déjalo, Vero, no pierdes nada. Este tío es un enfermo.

—Para enferma, tú —soltó Daniel con el mentón alzado y aire desafiante.

—Eres patético.

—Y tú una impostora de mierda y una ladrona.

—Cállate, Joel… —intervino Marina con retintín.

Vero abrió la boca, sorprendida. No podía ser.

—¿Tú eres Joel, Daniel?

—Puedo explicarlo.

—Eres un hijo de puta —espetó Vero sin tener en cuenta su aversión a los tacos.

—Lo siento.

—Hemos terminado. ¿Me oyes?

—No, por favor, cariño. Déjame que te explique.

—No quiero volver a verte en mi vida, ¿me has oído?, en mi vida.

Vero corrió por el amplio pasillo del centro comercial hasta salir a la calle y detenerse con los ojos bañados en lágrimas y una congoja horrible en el pecho.

Daniel la había engañado. Se había reído en su cara bajo el nombre de otra persona que no existía y que se acababa de romper en pedazos en su recuerdo. La indignación se apoderó de ella y no consiguió atar ningún cabo hasta pasados unos minutos, cuando la

ansiedad disminuyó y una especie de claridad mental la invadió: ¿Cómo narices había chateado con ella Daniel, si no podía escribir ni un párrafo sin tardar una eternidad y cometer una barbaridad de errores ortográficos?

CAPÍTULO 37

Laura

Estoy en mi nuevo «apartamento», si es que se le puede llamar así a una habitación fría que da mucho mal rollo. Las paredes son blancas, preñadas de un gotelé ochentero, sí, de esos que mejor que nadie te empuje contra la pared si no quieres acabar con la piel en carne viva.

Los muebles son clásicos y desangelados. No están bien cuidados y la única silla que hay, que es de madera, tiene agujeritos de carcoma.

Sobre el cabezal horrendo de la cama hay un crucifijo. Y en la mesa de noche, una virgen del Carmen con escapularios colgados al cuello. Hay varios.

Una colcha rosa y azul pálido, también rescatada de los años ochenta como el gotelé, cubre el colchón… Miedo me da.

Hay dos puertas en dicha habitación. Hakim abre una de ellas y me muestra un minúsculo lavabo de baldosas de flores azules. En la otra puerta hay una cocina con su bombona de butano naranja del siglo pasado y todo. Señal inequívoca de que nadie ha disfrutado de las mieles de dicho apartamento desde hace mil.

Hakim me deja sola en mi nuevo «hogar», que no puede ser más triste. Cuando se ha despedido de mí, hace un momento, lo he notado avergonzado. No tendría por qué, pero le ha tocado

enseñarme este siniestro lugar, tan diferente a la habitación que ocupé la otra vez…

Me ha dicho que mañana traerán un escritorio para mí. Imagino cuál será. La vieja mesa de oficina del despacho de Candela.

Busco un armario donde poner mi ropa, aunque no creo que sea una buena idea. Quizá mis prendas puedan ser devoradas por las polillas. Creo que están mejor en la maleta. He de ponerme con la dichosa novela ya y acabarla en tiempo récord, antes de que empiece a notárseme la barriga. No quiero que Gonzalo sepa de su paternidad, mucho menos ahora, que ha vuelto con Candela. Ella misma me lo dijo antes de pedirle a Hakim que me enseñara mi nueva cueva.

Gonzalo hizo lo posible por evadir mi mirada, y yo por aguantarme la rabia. ¿Acaso necesita estar con alguien como sea? ¿No sabe estar solo? Una idea cruza mi mente. ¿Hará con Candela todo lo que hacía conmigo?

Trato de quitarme la idea de la cabeza y me siento en la cama. Retiro un poco la colcha de la almohada para ver qué se cuece y respiro tranquila. Hay sábanas limpias; huelen a suavizante.

Saco mi portátil de su funda y lo enciendo. Abro la carpeta donde Candela me ha dejado sus apuntes y ruedo los ojos. Su letra parece la de un médico y, como la vez anterior, apenas ha escrito cuatro observaciones. Quizá ha dado por hecho que tuve en cuenta todo lo que me dijo por *email*. Eran ideas ridículas y una trama insulsa. De hecho, lo que tengo que escribir es más de lo mismo, pero no pienso quejarme. No quiero encariñarme con este manuscrito, por mucho que adore escribir y me emocione haciéndolo.

Me pongo a trabajar enseguida. Como tengo cocina y la nevera llena, menos mal, pierdo la noción del tiempo y son las cinco de la tarde cuando el hambre aprieta.

Me hago un bocadillo de tortilla francesa y sigo hasta la noche dándole a la tecla.

Cuando decido que ya he tenido suficiente por hoy, llevo siete mil quinientas palabras. ¡Genial!

Llaman a la puerta. Cuando abro, mi corazón se acelera sin control. Es Gonzalo. Enseguida me doy cuenta de que viene acompañado por Hakim. Traen la destartalada mesa que imaginaba.

—He pensado que necesitarías algún sitio donde escribir —dice Gonzalo con timidez.

—Bueno, llevo todo el día haciéndolo sentada en la cama.

—Aun así. Es importante que descanses la espalda. Por eso te traemos también una silla de oficina en condiciones.

Es una silla *gaming*, no la he visto jamás por la casa. Pero intuyo que estaré de lo más cómoda en ella. Es negra y roja y parece muy cara.

—También te hemos traído una televisión —dice Hakim, mientras me dedica una leve sonrisa.

Les agradezco que hayan pensado en mí y espero impaciente a que lo coloquen todo y se vayan. Necesito cambiarme de ropa, darme una ducha y relajarme.

Cuando terminan, Hakim es el primero en salir. Sujeto la puerta y le digo adiós con la mano. Gonzalo me mira con intensidad.

—Hasta luego —me despido y comienzo a cerrar.

—Espera, Laura —dice él mientras posa una mano en la puerta para impedir que cierre del todo.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada. Fui yo la que decidí poner punto final a lo que sea que tuviéramos.

—Lo sé y no sabes cómo me enfadé.

—¿Tanto como para volver con tu ex y su hijo perruno?

—¿Cómo dices?

—Que ahora entiendo muchas cosas y creo que fui injusta contigo…

—¿En qué sentido?

—Pensaba que era un niño, lo juro. Pero Candela me lo puso a huevo. No dejaba de decir: «mi pequeño para aquí, mi pequeño para allá». Ahora ya sé que solo suple la falta de un hijo con un animal…

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Niégame que tengo razón, va.

—Ni me voy a molestar. Veo que sigues con tus teorías absurdas. No ves más allá de tus narices, Laura. Si te pararas a pensar un poco en los demás en lugar de mirarte tu ombligo continuamente…

—Uf, y tú me vas a hacer creer que estoy loca, como todos pretendéis en esta casa. Pero de eso nada, sé muy bien lo que digo.

—Mira, Laura, ha sido un error tener un gesto contigo. Mejor ya hablamos otro día.

—Un gesto. ¿Has visto en qué agujero me ha metido tu mujercita?

—¿Agujero? Hakim ha vivido aquí bastante tiempo y nunca se ha quejado.

—¿Hakim? ¿Y dónde va a vivir él ahora? —pregunto sorprendidísima. Daba la sensación de que no hubiera vivido aquí

nadie en siglos.

Gonzalo se encoge de hombros.

—Tiene una habitación en la casa mientras tú estás aquí. Cuando te vayas, volverá.

—Pues podrías decirle a Candela que arregle un poco este lugar, da miedo. Es más…, si él es musulmán, ¿qué hace con un crucifijo en el cabecero de la cama?

—Esta era la casa del antiguo guardés y su mujer. Ellos eran bastante religiosos. Hakim nunca se ha quejado. Además, él no es muy amigo de la religión.

Gonzalo se marcha y me quedo sola en mi nueva morada. Hace frío y busco una estufa para calentarme. No hay nada.

«Pobre Hakim», pienso. Él más que nadie es consciente de lo poco acogedor que es este lugar.

Me quedo hasta tarde viendo una serie en una de las plataformas de *streaming* más famosas, la televisión tiene instaladas unas cuantas.

Son las doce y media de la noche cuando me entra muchísimo sueño y me dejo vencer por él.

Paso la noche en un sueño tumultuoso y me despierto varias veces en las que añoro tener alguien en esta cama tan grande y fría.

Imagino a Gonzalo en ella, pasando la hoja de una navaja por mis muslos desnudos. Me estremezco.

Cuando veo las primeras luces del amanecer, decido salir a dar un paseo por el parque. Me pongo un chándal con una sudadera que me va tres tallas grande, al menos. Me dirijo a la puerta y giro el pomo, pero no ocurre lo que tendría que ocurrir. Estoy encerrada.

CAPÍTULO 38

Laura

La desesperación que siento al ver que Gonzalo ha tenido la desfachatez de encerrarme en este agujero me hace perder los nervios. Comienzo a golpear la puerta y a soltar improperios por la boca. Es la segunda vez que me encierran. No pienso permitir que haya una tercera.

Tras varios minutos de gritos y golpes, sin que venga nadie a socorrerme, comprendo que no tengo nada que hacer y que me han encerrado a cosa hecha.

—¡¡¡Voy a llamar a la policía!!! —vocifero.

Segundos después, la puerta se abre y Hakim me mira sorprendido.

—¿Qué ocurre? —pregunta con el ceño fruncido.

—Me habían encerrado. Ya le puedes decir a tu señora que no vuelva a hacerlo, de lo contrario, la denunciaré por secuestro. ¿Queda claro?

—Nadie te ha encerrado, Laura. Yo mismo he podido abrir con solo girar el pomo.

—Es imposible, lo he intentado varias veces y no he podido. La puerta estaba cerrada con llave.

—No, mujer. Estaba abierta. Lo que pasa es que no funciona muy bien. A mí me ha pasado algunas veces, se me olvidó decírtelo. Mañana la arreglo, no te volverá a pasar en un tiempo.

Miro a Hakim con desconfianza.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Esta parte de la casa es muy vieja, como puedes ver.

Mi dulce morada es una especie de apéndice de la casa principal. Está en la parte trasera y es como una garita de vigilancia convertida en apartamento o lo que sea esto. Por eso jamás vi ningún edificio independiente.

—Sí, ya veo… ¿Hay algo más que deba saber? ¿Como por qué me habéis dejado una bombona de butano que, con toda probabilidad, tiene más años que yo?

—Ah, sí, eso… Había una cocina eléctrica, pero se rompió la semana pasada, y Gonzalo trajo una antigua bombona del cobertizo. Hay que ir al pueblo a por otra.

»Oye, de verdad. Nadie te ha encerrado y mucho menos pretende hacerte la vida difícil en este lugar.

—Yo no he dicho eso en ningún momento.

—Lo sé. Solo te lo digo para que estés tranquila. Todo irá bien.

—Eso espero…

Hakim se despide de mí con un, algo seco, «buenas noches» y se marcha.

Me quedo a solas y trato de abrir la puerta de nuevo unos minutos después. La abro sin problema.

Vuelvo a la cama y me deslizo debajo de las sábanas. Una tristeza enorme se apodera de mí. Deben de ser las hormonas, digo yo.

Por la mañana, llaman a la puerta. Cuando abro me encuentro a Candela, que me observa con su rostro editado a base de bisturí.

Sin esperar invitación, entra en mi pequeña madriguera.

—Ufff, qué olor a humedad —dice mientras agita la mano como si estuviera espantando moscas—. Tienes que ventilar aquí para que se vaya.

Abre una de las ventanas y levanta la persiana. Un sol injusto se cuela en la estancia y me ciega temporalmente.

—¿Se puede saber qué haces?, tengo frío —espeto.

—Estoy ventilando. Es necesario. Tengo alergia, ¿sabes? Mi casa ha de estar impoluta para que los ácaros no hagan de las suyas.

Niego con la cabeza. Esta mujer está fatal.

—Bueno, y además de a tratar de congelarme, ¿has venido para alguna otra cosa?

Candela tuerce el gesto.

—Hija, cualquiera diría. Bueno, en fin, he venido a decirte que tengo que ausentarme. Voy a una presentación —dice con su sonrisa más repelente.

—Muy bien. Mucha suerte.

—Volveré por la noche. No me gusta dejar a mi pequeño al cuidado de otros. Además, hoy Petra tiene fiesta y no podrá atenderlo.

Observo a Candela con unas ganas enormes de estallar en carcajadas. Que digo yo que si al perrito le dejamos pienso, agua, juguetes y un empapador pasará la noche encantado de la vida en su mullida camita.

Candela sale de mi apartamento y siento que me libero. Esta mujer me chupa la energía, lo juro.

Es la una de la tarde y he escrito suficiente por esta mañana. La historia está tomando forma, aunque me mantengo alejada de esta; no puedo volver a obsesionarme, en esta ocasión tengo claro que es una novela de Candela Rojo y no de Laura Peña.

Tampoco pretendo vengarme de nadie, ya lo hice y no salió bien. Estoy aquí por mi hijo, él es mi único motivo. Bueno, estoy aquí por eso y porque me he visto obligada por culpa de la desgraciada de Marina/Candela, que me ha chantajeado. No quiero tener problemas con la ley.

Me pongo ropa cómoda para dar un paseo por el parque. Pero justo al salir de la casa me encuentro a Hakim limpiando el coche.

—Hola, Hakim —saludo.

—Hola…

—Oye, ¿podrías llevarme al pueblo? Ya luego vuelvo aquí dando un paseo.

Hakim me mira con cara de circunstancias, pero asiente.

—Dame unos minutos y nos vamos.

Espero paciente a que él termine de pasarle un trapo a las lunas del coche, y me hace un gesto para que suba.

En silencio, me lleva al pueblo y le pido que me deje en el bar de Feli. Me despido de él y camino rápido hacia el local.

Cuando entro, veo a Petra sirviendo los platos. Su madre tiene cara de cansada, y ella parece estar haciéndose cargo del negocio.

—¿Vienes a comer? He dejado estofado en la casa. ¿No te lo ha dicho Hakim?

—Ah, tranquila. Ya me hubiera hecho yo algo. He venido porque me apetecía una buena escudella de la que hace tu madre.

—Sí, claro. Va, siéntate en esa mesa del rincón —dice Petra un poco seca. Creo que todavía sigue resentida por nuestra última

interacción antes de que me marchara de la casa de Candela la otra vez.

Poco después, aparece de nuevo y me toma nota. Pregunta si quiero cerveza y le digo que no, que mejor me traiga agua.

Me quedo con la mirada perdida, pensando en mis cosas. El lugar está muy concurrido, lleno de los parroquianos que suelen comer todos los días aquí. Ningún rostro me llama la atención, ninguno, salvo el del hombre que me observa sentado en la barra y que es ni más ni menos que Gonzalo.

Cuando nuestras miradas se encuentran, él abandona su taburete y se acerca a donde yo estoy.

—¿Puedo sentarme? —pregunta.

—¿No te has ido con… tu mujer? —indago.

—Estoy aquí, ¿no?

—Pues eso. Que preferiría comer sola, pensar en mis cosas, ya sabes…

—Muy bien, Laura. Respeto tu voluntad, aunque creo que necesitamos hablar.

—No lo creo. Ya está todo dicho.

—Nunca lo está.

—Entre nosotros, sí.

—Sí tú lo dices…

—Aquí tienes, Laura —suelta de pronto Petra, quien le dedica a Gonzalo una mirada reprobatoria, poniendo en la mesa la cazuelita de barro que contiene la escudella.

—Bueno, Laura, me alegro de verte. Hasta luego —dice, para mi sorpresa, Gonzalo y se aleja hasta salir del bar.

—Ándate con cuidado, niña. No permitiré que le hagas daño a Candela. Hay muchos hombres sueltos, y tú eres muy joven. Así que, que corra el aire —suelta Petra con un deje de inquina que no intenta disimular.

—Eso díselo a él. Ha pedido sentarse en mi mesa, y le he dicho que no. ¿Contenta?

Petra no contesta. Me dedica una última mirada airada y deja la cuenta de la escudella y el agua en la mesa.

Estoy a punto de reclamarle, de decirle que quizá luego quiera algo más para comer y un postre, pero ni me molesto. Imagino que, al ver que Gonzalo y yo estábamos hablando, se ha apresurado a echarme de aquí con la indirecta más directa que se le ha ocurrido, el tique, que no es otra cosa que la copia del papel que ha utilizado para tomarme nota con los precios sumados.

Me acabo la escudella por obligación. Está buenísima, aunque no estoy cómoda, necesito salir de aquí. Así que no me sienta muy bien. Dejo el dinero justo sobre la mesa; me guardo el papel en el bolsillo; me pongo la chaqueta, que he dejado en el respaldo de la silla, y salgo del local sin despedirme de Petra ni de Felipa, que no ha parado de mirarme desde que entré. Creo que no volveré a este lugar, está claro que no soy bienvenida.

CAPÍTULO 39

Laura

Lejos de lo que esperaba, Hakim continúa delante de la taberna de Feli. Necesito llegar pronto a la casa, me encuentro fatal. Así que ver al hermoso árabe es comparable a ver un ángel que abre la puerta de una nube mullidita.

Cuando estoy a punto de alcanzar la nube…, digo, el coche, mi visión se torna oscura y una terrible angustia se apodera de mí. No me lo puedo creer, hacía días que no ocurría, voy a vomitar.

No me da tiempo de avisar al pobre Hakim y le vomito en su traje negro. Los restos de escudella impactan en su camisa, en su americana, incluso diría que alguno sale proyectado hasta su barba de dos o tres días que tan bien le queda.

Dios, que me trague la tierra ya mismo. Hay gente en la plaza y todos me están mirando. Me muero de la vergüenza.

—Lo siento, lo siento, lo siento —consigo balbucir una y otra vez.

—Tranquila. No pasa nada. Sube al coche —ordena mientras me ayuda a acomodarme en el asiento del acompañante.

Me mantengo cabizbaja, solo un segundo se me ocurre alzar la vista y me arrepiento de inmediato: Gonzalo está mirándome con una expresión muy difícil de interpretar. ¿Sorpresa? ¿Asco?, no tengo

ni la menor idea, pero que está allí fuera, está. Pensé que se había marchado, yo misma lo vi salir del local. Se había quedado en el barril que utiliza la gente de fumadero con dos tipos más. Así que me ha visto salir tambaleándome y ha estado a puntito de convertirse en mi objetivo de vomitona. Uy, de qué poco ha ido. Hubiera preferido que la maldita escudella hubiera acabado en su pecho en lugar de en el del pobre Hakim.

El chófer/mayordomo arranca y nos alejamos sin que los allí presentes dejen de mirarnos. Dios, parecen los integrantes de una secta. Dan repelús.

A la salida del pueblo, Hakim detiene el vehículo y se apea. Yo espero paciente, todavía avergonzada por mi numerito.

Él abre el maletero y trastea por ahí. Varios minutos después, entra con el cabello mojado y una camiseta negra limpia.

—Siempre llevo un kit de supervivencia antivómito en mi maletero, soy un hombre preparado —dice totalmente serio, tanto que no puedo evitar estallar en carcajadas.

—De veras, lo siento. Joder, te he potado encima. ¡Qué vergüenza!

—Creo que era lo único que me faltaba por experimentar. Ya tengo una nueva batallita que contarles a mis nietos en el futuro.

—No seas capullo, que de verdad que no sé dónde meter la cabeza.

Veo a Hakim sonreír un poquito. Es la segunda vez que consigo sacarle una sonrisa a este hombre de hielo. Así que no puedo resistirme a preguntar.

—¿Por qué sonríes tan poco con lo guapo que estás cuando lo haces? —Mierda, mierda, mierda…, las hormonas.

Hakim se endereza en su asiento y se pone serio de narices. ¿Para qué habré abierto la boca?

—No es fácil hacerme reír. Quizá porque no termino de pillar el humor de los españoles. Aunque tampoco me río con el de los míos.

—¿Llevas mucho tiempo en España?

—Nací en España por unos días. Mis padres acababan de llegar aquí. Así que soy español.

—Pero te sientes marroquí, ¿cierto?

—No tengo otro remedio, no lo ponéis muy fácil aquí. He escuchado demasiadas veces el típico: moro de mierda, ¿sabes?

—Es que hay mucho choque cultural. Por ejemplo, con las mujeres. ¿Por qué narices tienen que ir ellas tapadas de arriba abajo mientras sus maridos van en la playa con un simple bañador como cualquier hijo de vecino?

—Mmm… no es por obligación, sino más bien por tradición. Además, a los hombres nadie nos mira, a las mujeres… ya sabes. De todas formas, en mi familia somos más abiertos. Mi madre, por ejemplo, no lleva velo desde hace unos años.

—Eso de que a los hombres nadie os mira…, va a ser que no. Te aseguro que las mujeres, todas, miramos. Me parece una costumbre machista y punto.

—No voy a discutir eso con una mujer española.

—¿Por qué?

—Porque tengo todas las de perder. Sois muy guerreras.

—¿Hay algún problema con eso?

—No…, qué va. Ya te he dicho que tengo una madre peculiar. La única que va sin velo en el pueblo donde crecí. Además, ella habla con todo el mundo. Se ha integrado, habla catalán incluso. Sin embargo, mi padre…

—¿De la vieja guardia?

—Algo así. Tuvieron muchas movidas cuando mi madre decidió no ser una mujer sencilla y modesta. Pero se quieren y él aguantó incluso las burlas de algunos de sus amigos.

—Me parecen muy valientes tus padres.

La expresión de Hakim se endurece de pronto.

—Para algunas cosas sí, para otras no —dice apretando las manos en el volante y haciendo que sus nudillos se vuelvan blancos.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un poco cotilla, ¿no?

—Soy escritora, todo lo que digas puede ser utilizado en tu contra y aparecer en mi nueva novela. Es más, pásate conmigo y te hago un libro.

—Madre, ¡qué chunga!

—No sabes cuánto —suelto entre risas—. Ahora en serio; somos compañeros de vomitona. Eso une mucho. Si necesitas hablar, aquí me tienes.

Hakim asiente con la cabeza y sonríe por tercera vez. Es una sonrisa preciosa.

CAPÍTULO 40

Candela

Estoy firmando libros en un centro comercial abarrotado de gente. Hay una cola enorme que espera para que le firme su ejemplar de *Mi venganza.* Mientras tanto*,* la verdadera autora de este fiasco está en mi casa, escribiendo de nuevo para mí, porque, de lo contrario, no sé qué narices voy a hacer cuando baje más el ritmo de ventas.

Ha ido muy bien, de modo inesperado, lo ha ido. Y eso que al principio tuve pánico. No. Puede descubrirse mi secreto y no quiero tener que recurrir a… Otra vez no.

Los secretos de los demás son mi mejor arma, bien lo saben Laura y Gonzalo. Y este segundo tiene mucho más por lo que permanecer a mi lado hasta que yo me canse de él.

CAPÍTULO 41

2005

En bicicleta, furiosa, sintiéndose engañada. Así se dirigía Vero a casa de su mejor amiga y su exnovio.

Tenía claro lo que había ocurrido allí, alguien había ayudado a Daniel a crear a Joel y solo podía haber sido Marina.

Sabía que era capaz de eso y de mucho más si de maquinar cualquier cosa se trataba. Además, habían tenido un tiempo de alejamiento y se mostraba distante e incluso despectiva. Hasta se había burlado de ella en alguna que otra ocasión.

Vero siempre pensó que quizá era por celos. Porque, al arreglarse y sacarse partido, se veía más guapa que Marina; porque su popularidad creció en muy poco tiempo y dejó la suya bastante malparada; porque se había hecho novia de su hermanastro, a quien esta odiaba.

Empezó a rondarle la cabeza que aquellos vídeos malintencionados, que habían corrido como la espuma, fueran obra de ni más ni menos que de ella, de Marina.

Y Daniel, ¿dónde entraba en la ecuación? Se había hecho pasar por otro chico para acercarse a ella. Él mismo le contó muchas veces que sus habilidades para relacionarse con las chicas eran bastante nulas, quizá por ello aceptó mentirle. Pero le parecía escalofriante que lo hubiera hecho, porque estuvo algunas semanas saliendo con Daniel y hablando todavía con Joel. Ahora entendía por qué, poco a

poco, se había extinguido aquel pequeño fuego que había surgido entre los dos ciberamigos.

Necesitaba explicaciones y las necesitaba ya.

Al llegar a la casa de los dos hermanastros, dejó su bicicleta apoyada en el suelo y llamó con insistencia al timbre. Una voz impostada le preguntó quién era, y ella respondió aguantándose las ganas de gritarle que abriera de una maldita vez.

—Soy Vero. Ábreme, Marina, tenemos que hablar.

—Sí, un momento.

Esperó varios minutos interminables hasta que la puerta de la valla exterior se abrió. Anduvo por el camino de gravilla que conducía a los peldaños de la escalera de la puerta principal, que estaba abierta, y Vero entró.

La casa estaba a oscuras, y el suelo un poco encharcado.

—Vero, sube, por favor —dijo la voz algo temblorosa de Marina.

Vero hizo lo propio y subió los peldaños que la conducían a la planta superior.

—¿Marina? ¿Estás bien?

—Ven, por favor. Ha ocurrido algo horrible…

Caminó con tiento hasta la habitación de Marina, pero ella no estaba allí.

—¿Dónde estás?

—Aquí, en la habitación de Daniel.

Vero arrugó el gesto. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Qué habría ocurrido?

Una voz interior le dijo que se marchara, que diera media vuelta y saliera de esa casa para no volver jamás. No le hizo caso.

—Ven, amiga. Necesito tu ayuda —balbució Marina, quien llevaba puesto un albornoz y tenía el pelo empapado.

Vero no entendía nada.

Marina entró en el lavabo de la habitación de Daniel, que estaba, como siempre, totalmente desordenada. Parecía que había pasado por allí la cuarta, quinta o sexta guerra mundial, al menos. Había hasta una silla en el suelo, fue lo único que le pareció fuera de lugar.

Al entrar en el lavabo, lo único que pudo ver fue a Daniel metido en una bañera de agua roja, vestido y con la mirada vacía.

—¿Qué has hecho? —preguntó horrorizada.

Vero miró a todas partes. El espejo del lavabo estaba roto, el suelo totalmente encharcado y lleno de manchas de sangre. Una máquina de escribir rosa descansaba, maltrecha, en un rincón.

—Ayúdame a sacarlo de aquí. No quiero ir a la cárcel.

—Pe-pe-pero has matado a Daniel.

—Ha sido en defensa propia. Necesito tu ayuda.

—Podemos llamar a la policía. Contarle lo que te hizo, ¿qué fue lo que te hizo?

Vero observó a Marina; parecía ilesa.

—Este hijo de puta trató de violarme.

—Tenemos que llamar a la policía. Si les cuentas que fue en defensa propia, no te pasará nada.

—No me van a creer, nunca lo hacen. Me encerrarán como hicieron con… No quiero ir a la cárcel, no puedo.

—Confía en mí, yo te ayudaré, pero tenemos que llamar a la policía.

—No. No vamos a llamarla y punto. Ayúdame a desnudar a Daniel.

—¿Para qué? No se debe tocar la escena de un…

—Déjate de películas. Esto es la vida real. Así que ayúdame o lárgate.

Vero pensó en salir de la casa, en llamar a la policía y contarle lo ocurrido. ¿Pero y si no la creían? Sus huellas estaban en la casa y habían llegado al lavabo donde yacía Daniel. Ella podía ser acusada de cómplice de asesinato o algo por el estilo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Vero.

—Tenemos que desnudar a Daniel. Hazlo tú, al fin y al cabo, has sido su novia. Yo no puedo, ha tratado de violarme, no soy capaz de tocar a este desgraciado después de lo que me ha hecho.

Vero se agachó delante de la bañera y observó el rostro sin vida de Daniel. Una congoja enorme se apoderó de ella en ese momento, pero no podía pararse a pensar en los momentos bonitos vividos con él, no con su cadáver metido en una bañera.

—Una cosa, es muy importante, la máquina es el arma con que… Tenemos que hacerla desaparecer. Estoy en *shock*, apenas puedo moverme. He tenido que tomarme una pastilla de las que toma mi madre para la ansiedad y estoy muy débil. Cógela, por favor. —Vero obedeció como por inercia—. Voy a ir a por una bolsa de basura de las grandes, tendrás que acercar la máquina a la puerta para que la pueda meter en la bolsa.

Marina hablaba con seguridad. Sus manos temblaban, aun así, mostraba una gran determinación.

—Date prisa —dijo Vero, y Marina salió de la estancia.

Pasó un minuto, dos, tres…, diez. Marina no regresaba, así que Vero aprovechó para ir desnudando a Daniel. Trató de no pensar en qué estaba haciendo, ni ella lo sabía. Pero si Daniel había sido tan

desgraciado para intentar violar a Marina, no se merecía más. Trataba de quitarle la camisa ensangrentada, cuando, de súbito, la puerta se abrió. Sin embargo, no fue Marina quien traspasó el umbral.

CAPÍTULO 42

Laura

Me paso el resto del día vegetando en la cama. Son las ocho de la tarde y todavía me encuentro muy débil. No sé qué demonios llevaba esa *escudella*, pero tendré que hablar muy seriamente con Petra. Estoy segura de que me he intoxicado.

«Te habrá echado algo en el potaje, hermanita. ¿No ves que no te traga?».

—No seas peliculera. Aunque, tal y como está Petra conmigo, no me extrañaría. Hasta Feli, que siempre se había mostrado amable, se ha limitado a mirarme con hostilidad todo el rato que he estado allí.

«¿Y para qué vas?».

—Tenía un antojo. Joder.

Escucho voces al otro lado de la puerta. Mi cuchitril está muy cerca del salón principal de la casa, en un pasillo bastante cutre que conduce a mi humilde morada prestada.

Candela eleva la voz, y un Gonzalo amortiguado le devuelve la pelota. No se entiende bien qué dicen. Así que salgo de mi apartamento tratando por todos los medios de no hacer ruido. Camino por el pasillo desangelado y me acerco a una puerta antigua de madera, con muchas capas de pintura. Creo que conduce

directamente al salón, porque las voces se escuchan con bastante claridad.

—No puedes venir cada noche borracho como una cuba. Luego la lías. Sabes muy bien lo que ocurre cuando te pasas con el alcohol.

—Que te calles…

—Te puse unas condiciones y quiero que las cumplas todas. ¿Me has entendido?

—No pienso hacerlo, no otra vez.

—Shhh… Puede oírnos.

—No lo creo, se ha puesto mala en la taberna de la Feli. Ha sido todo un espectáculo. Dice Hakim que se ha pasado todo el día durmiendo en su cuarto.

—Baja la voz.

—No hay más cerveza. Esto es una puta mierda.

—¡Que no bebas más! Vamos arriba, tienes que darte una ducha. No te vas a meter conmigo así en la cama, apestas.

—No tengo sueño.

—¿Recuerdas nuestro acuerdo?

—Bufff, ya estoy cansado de eso. No va a ocurrir otra vez, ya te lo dijo el médico.

—Si ocurrió una vez, puede hacerlo otra.

—Pero ya viste cómo acabó.

—¿Cómo acabó, Gonzalo? ¿Acaso no estás contento con nuestro pequeño?

—¡¡¡Puta loca de mierda!!! ¡¡Deja de decir eso!! —vocifera Gonzalo, para mi sorpresa.

Lo hace tan cerca de la puerta donde estoy apostada, con la oreja puesta, que doy un brinco.

De súbito, las voces se silencian. No se oye un alma. Me siento observada y el corazón se me dispara. Retrocedo hacia mi habitación mientras miro a todas partes. No hay nadie.

Me encierro en mi cuchitril y no puedo de dejar de darle vueltas a la conversación que he escuchado por accidente.

Si no voy mal encaminada, parece que Candela quiere que Gonzalo la deje embarazada. O sea, quiere que suba con ella a la habitación en plan semental. Aunque no sé si con la cantidad de cerveza que debe llevar él en el cuerpo pueda servirle de algo esta noche. Eso es, al menos, lo que yo he interpretado. Pero lo del pequeño otra vez…, o esta mujer está muy muy mal de la cabeza o se ha tomado muy en serio eso de ser madre humana de un perrito.

Encima Gonzalo, el padre de mi hijo, la ha insultado de un modo que da escalofríos. No conocía esa faceta suya.

«Tú es que no ves las *red flags*, hermanita».

Conmigo siempre se mostró encantador. Sí, es verdad que tiene unos gustos extraños en cuanto al sexo se refiere. ¿Pero eso convierte a alguien en peligroso? Todos cambiamos cuando nos excitamos, hasta la más monjil se vuelve una gata salvaje en la cama. A las pruebas me remito.

«Jugar con una navaja es raro de cojones, lo siento».

—Silencio. Estoy demasiado abrumada ahora mismo para aguantar tus paranoias.

Me siento ridícula de pronto, lo de hablar con mi hermana muerta no es muy normal tampoco. Sé que todo está en mi mente, soy consciente de ello. Sin embargo, una parte de mí se siente acompañada con su voz en mi interior, esa voz que comencé a escuchar desde que llamaron por teléfono una mañana de 2006, informándonos de su suicidio.

CAPÍTULO 43

2005

Vero está sentada en una sala de interrogatorios en la comisaría de policía. Dos hombres, que se presentan con nombres que no consigue retener en la mente, le preguntan cosas, pero ella está totalmente en *shock*, ha sido traicionada por Marina del modo más vil.

Dos agentes de policía habían entrado en el lavabo, uno de ellos empuñaba un arma y la apuntaba directamente. Su miedo la hizo levantar las manos. La engrilletaron. Cuando la hicieron salir del lavabo, Marina estaba llorando abrazada a sus padres adoptivos. Ellos la consolaban diciendo que todo iría bien, que la culpable de la muerte del pobre Daniel pagaría por ello.

—Marina…, tú —consiguió balbucir.

—Desgraciada, ¿cómo has podido hacerle eso a mi hermano? —dijo Marina indignada, antes de escupirle en el rostro.

Vero abrió mucho los ojos. Había sido culpa suya por buscar explicaciones. Se había metido en la boca del lobo ella solita. El momento perfecto; el sitio menos indicado. Marina había urdido su plan con rapidez, un plan cutre. Lo pensaba y se daba de hostias en la mente. ¿Cómo había permitido quedarse sola en el lavabo? ¿Cómo había sido tan tonta como para cargar la máquina de escribir y dejar sus huellas en ella? Y lo peor, ¿por qué narices se puso a desnudar a Daniel para ganar tiempo? Es que era de traca.

Estaba tan enfadada consigo misma que, a las preguntas de los policías, solo contestaba una y otra vez: «Es mentira, mentira, mentira, mentira todo, una trampa». Trató de explicar su versión, pero no la creyeron. Además, el padre adoptivo de Marina era amigo de muchos políticos, así que tenía todas las de perder.

Encerrada…, encerrada. Un centro de internamiento para menores, pero con el ambiente de una cárcel. Echaba de menos su casa, su cama, a sus padres y hermana. El ruido constante de su cabeza la hizo caer en una espiral de pensamientos recurrentes que la llevó a perder la noción del tiempo y del espacio.

A los tres meses, fue diagnosticada con una depresión muy fuerte. Aconsejaron el internamiento en una institución de salud mental.

Pasaron los meses, y Vero cumplió los diecisiete en aquel lugar, donde poco a poco se había ido integrando. Hasta había comenzado a escribir de nuevo y se encontraba menos perdida en la injusticia que habían cometido con ella. La fecha de juicio se fijó para el mes de junio de 2007. Había pasado un año desde que su vida se transformó en un infierno. No vivió para poder defenderse, todavía faltaba el último golpe de gracia de su «amiga» Marina.

CAPÍTULO 44

Laura

No consigo dormir. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos circulares. Todos se apelotonan y no consigo pensar con claridad. Estoy muy nerviosa; eso no puede ser muy bueno para mi pequeño.

Es curioso, estoy llamando al hijo que crece en mi vientre igual que Candela llama a su perro. Ahora entiendo que algo debió ocurrir, que ella no consiguió ser madre junto a Gonzalo y acabó sustituyendo un bebé humano por su bonito caniche.

Mi perrito vuelve de nuevo a mi memoria, de vez en cuando aparece ese sentimiento de pérdida. Es como si, de pronto, regresara a la niñez y la herida todavía siguiera abierta.

Mi pensamiento salta a la conversación entre Gonzalo y Candela. ¿A qué se refería Gonzalo con que no iba a volver a hacerlo?

En fin, no quiero pensar más en ideas que son dañinas para el ser que crece dentro de mí. He leído en internet que es mejor estar tranquila, que la ansiedad no es la mejor compañera de embarazo.

Al final, caigo en un sueño tumultuoso y me sobresalto varias veces por la presencia de figuras en la habitación, figuras que no existen y han sido creadas por mi estado entre el sueño y la vigilia, pero que asustan muchísimo.

No sé qué hora es cuando despierto. No me molesto en vestirme y me siento en el escritorio. Abro el portátil y veo que tengo un *email* de Candela, aunque no me escribe desde su cuenta, sino de otra que no sé de quién es.

Buenos días, Lau:

He leído los primeros capítulos de mi obra y he de decirte que no están a la altura. Se nota que escribes sin pasión y para salir del paso. Te ruego que te pongas las pilas y empieces a escribir como es debido, de lo contrario, y muy a mi pesar, no me quedará más remedio que ponerlo en conocimiento de mi abogado. No me gustaría que tuvieras que enfrentarte a las consecuencias de un incumplimiento de contrato.

Espero que no te siente mal, solo creo que debo avisarte para que luego no tengas problemas legales indeseados.

El correo tampoco lleva firma y, de inmediato, deduzco lo que puede estar ocurriendo. Candela no quiere mojarse en el hipotético caso de que a mí se me ocurriera denunciarla por acoso laboral o qué sé yo. Siempre podría decir que ella no envió ese correo, aunque la IP la delataría, así que…

«También podría decir que te lo escribiste a ti misma, alegar una enfermedad mental, etc. Hay personas que tiran balones fuera alegando locura ajena, para no reconocer que hay manchas en su ropa».

—Ufff… Hay veces que no entiendo lo qué dices, Vero.

Pero no vuelvo a escuchar la voz que se ha convertido en mi única compañía.

Candela tiene razón. En esta ocasión, estoy escribiendo como si fuera una máquina que narra sin sentirlo. Me he alejado tanto de este nuevo proyecto que quizá sea lo peor que he escrito en mi vida.

Además, la escritura fluye, aunque cuando lo releo me doy cuenta de que no es bueno.

Pensé que Candela ni se enteraría, que, con su incapacidad creativa, aceptaría cualquier cosa. Está visto que no.

Una idea cruza por mi mente… ¿Habrá sido Candela la que ha escrito este correo? Es el equivalente a los pósits que me encontré en dos ocasiones la vez anterior. Quizá no sea más que alguien intentando boicotearme, pero ¿quién?

No encuentro a nadie en esta casa, además de Candela, que tenga motivos para hacerme creer que soy la peor escritora sobre la faz de la tierra.

Gonzalo es lo que es: un donjuán con tendencias sexuales turbias. Hakim es bueno conmigo, no sé, no lo veo escribiendo notas y correos dañinos. Además, sería un tópico muy típico que fuera el mayordomo. Definitivamente no. Petra…, no se me había ocurrido. Me levanto de la cama con ímpetu y me dirijo a la silla donde he colgado la ropa del día anterior. Por raro que parezca, no me la llené de vómito, solo el pobre Hakim se llevó la peor parte. Busco la sudadera entre el montón desordenado de ropa y saco la comanda del bar de Feli donde ella apuntó lo que pedí. Me llevo la mano a la boca y ahogo un grito cuando compruebo que la letra de esta es la misma que de la de los pósits que siempre pensé que Candela había escrito y pegado en mi ordenador.

CAPÍTULO 45

Laura

Encuentro a Petra en la cocina haciéndole un corte en cruz a un puerro para quitarle la tierra. La observo unos segundos con la comanda en una de mis manos, hasta que ella, al sentirse observada, deja de cortar y gira la cabeza.

—¿Qué quieres? —pregunta con sequedad.

—¿Creías que no lo iba a descubrir? —pregunto tratando de no ponerme demasiado nerviosa. Es imposible.

—¿De qué hablas? Oye, no estoy para tus movidas extrañas…

Acorto distancias hasta situarme a su lado y alzo el mentón mientras le muestro la nota.

—De esto, de que hay que ser muy poco inteligente como para escribir burradas en un montón de pósits y luego tomarme nota en el bar sin percatarte de que podía descubrirte…

Petra sonríe.

—Estás más loca de lo que dicen por ahí.

—Cállate la puta boca —suelto conteniéndome para no agarrar a Petra por el cuello y luego añado—: ¿Por qué tratas de sabotear mi trabajo?

De súbito, Petra, con un gesto rápido, apoya la afilada hoja del cuchillo en mi vientre. Ahogo al acto un grito de terror.

—Mira, chalada, más te vale que te alejes de esta casa. Ya te lo avisé en su día y quien avisa no es traidor. Si no te largas, vas a tener muchos problemas, te lo aseguro.

—¿Me estás amenazando? —balbuceo.

—Si quieres verlo así…

—¿Qué te he hecho yo?

—No voy a repetirlo. Quiero que te marches de esta casa y quiero que lo hagas ya. Es un aviso —sentencia antes de bajar el cuchillo, dejarlo sobre la tabla de cortar y dar marcha atrás hasta salir de la cocina.

Suelto todo el aire que estaba aguantando. He tenido que hacer un verdadero esfuerzo para que Petra no notara mi miedo, pero juro que he estado a punto de hacerme algo muy desagradable y maloliente encima.

Me llevo las manos al rostro y no puedo retener un sollozo amargo.

—¿Qué ocurre, Laura? —pregunta de pronto la voz melodiosa de Hakim.

No puedo evitar abrazarme a él. Y él parece responder a mi muestra de afecto.

—Tranquila, tranquila… —susurra en mi oído—. ¿Qué ha ocurrido?

Estoy a punto de decir la verdad, que Petra me ha puesto un cuchillo en el vientre y me ha amenazado. Pero sé que ella, si este la confronta, lo negará y hará pensar a todo el mundo en la casa que son imaginaciones mías y que no estoy bien de la azotea. Así que le cuento a Hakim que estoy en esos días tontos del mes y…, automáticamente, deja de preguntarme. Es curioso como todos los hombres reaccionan igual. Creo, incluso, que la palabra regla les da pánico.

Hakim me observa con sus hermosos ojos pardos. Parecen dos ópalos. Son hipnóticos.

Me quedo embelesada en su mirada y pronto descubro que él también lo está en la mía. Siento un impulso incontenible, y, sin pensármelo mucho, pego mis labios a los de Hakim, que responde a mi beso con avidez por unos momentos.

Y digo por unos momentos, porque, de pronto, deja de besarme y me aparta de él con firmeza.

—Laura, no puedo —se limita a decir antes de dejarme sola.

Apoyo mi espalda contra la pared y suspiro. No logro entender cómo he pasado del absoluto terror por perder a mi bebé a manos de una cocinera desquiciada, a sentirme desconcertada por el beso y posterior rechazo del mayordomo…

Después de mi beso cortado con Hakim, me retiro a mi cueva y me paso el día metida en ella, evitando así cruzarme en la medida de lo posible con Candela o Gonzalo. No he escuchado la voz chillona de ella ni los pasos decididos de él hasta hace un rato.

No se entendía muy bien lo que decían, aunque tampoco he salido al pasillo para enterarme mejor. Estaba inmersa en la escritura del compendio de letras que estoy haciendo para Candela.

Como creo que ese *email* ha sido obra de Petra, al igual que aquellas notas del pasado, sigo escribiendo sin darle más importancia. Debo largarme de aquí cuanto antes.

Enterarme de que estoy embarazada lo cambió todo. Tengo mucho rencor hacia Candela, demasiado. Pero también hay un amor enorme hacia la criatura que crece en mi vientre y no quiero meterme en historias que puedan perjudicarla.

En este momento solo hay silencio y, de fondo, música suave que utilizo en ocasiones para que fluya más la escritura.

Ya ha oscurecido, y creo que pronto pararé. Solo una página más y paro.

«Eso mismo dijiste hace un rato», irrumpe la voz de Vero.

—Tengo que acabar con esto.

Sigo tecleando, hasta que llaman a la puerta. El recuerdo del beso de Hakim vuelve a mi mente. ¿Será él para hablar sobre el tema?

Abro, y mi mandíbula se tensa. Es Gonzalo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de brazos cruzados.

—¿Puedo pasar?

—Prefiero que no. Candela puede enterarse y…

—Ella no está. Salió hace un par de horas, tiene un evento, una cena o qué sé yo.

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, hablar contigo. Pero creo que es mejor que lo hagamos dentro, aquí las paredes tienen oídos, te lo aseguro.

«Me lo dices, o me lo cuentas», pienso.

Por un momento, estoy a punto de mostrarme más tajante, aunque hay algo dentro de mí que quiere que el padre de mi hijo entre en mi apartamento. Así que le franqueo el paso.

Gonzalo mira a su alrededor y se sienta en la cama. Da unas palmadas en la colcha para que yo lo haga a su lado.

—Tú dirás —suelto sin aceptar su invitación a sentarme en mi cama, con los brazos en jarras.

—No quiero que te sepa mal lo que voy a decirte, pero he notado que estás más… En fin, que has cogido peso.

Fulmino a Gonzalo con la mirada. ¿A él qué le importa?

—¿A qué viene eso? —pregunto molesta.

—Mujer, no quiero que pienses que me meto donde no me llaman. Pero entenderás que tu aumento de peso, además de lo que ocurrió ayer en la terraza del bar de Feli, dan que pensar.

Trago saliva y contengo la respiración antes de empezar a decirle que no, que está equivocado, que no estoy embarazada y en caso de estarlo, él no sería el padre. No consigo decir ninguna de mis mentiras, pues él mismo pregunta:

—Laura, ¿estás embarazada?

CAPÍTULO 46

Candela, unas horas antes…

Me acerco a la cuna blanca que se encuentra en la habitación de mi pequeño. He entrado con cuidado, para que nadie me vea. Ella está neutralizada en la antigua casa del guardés, si supiera lo que ocurrió allí no hace tanto…, no podría dormir tranquila.

Observo a mi pequeño, duerme, como siempre. Acaricio su cabecita y siento tanto amor que no cabe en mi pecho.

Lo tomo entre mis brazos y me siento en la mecedora. Está tan dormido que no se mueve. Lo abrigo bien con la mantita, acaricio su pequeñísimo rostro. La compasión se apodera de mí de nuevo. No quiero llorar, no delante de él.

Me levanto con ímpetu y camino a paso vivo para dejar a mi pequeño en su cunita de nuevo. Prácticamente, lo arrojo al colchón. No se queja ni tan siquiera. Me siento mala madre por haber hecho eso y le pido perdón mientras lo cubro de caricias.

Luego cubro mi rostro con las manos y rompo en un llanto injusto. Un llanto ahogado, demoledor.

Salgo de la habitación y cierro con llave. La guardo sobre el marco de la puerta.

Me alejo con sigilo y entro en mi habitación. Gonzalo duerme plácidamente. No puede enterarse de nada. Pondría pies en polvorosa de nuevo. Es capaz de aprovechar cualquier situación para

hacerlo. Aunque ahora no voy a permitirlo. No si no quiere que nadie se entere de qué clase de persona es en realidad.

Desde que Laura llegó a esta casa, lo noto cada vez más frío. Él dice que no es verdad, que me ama, pero sé que miente. He visto cómo la mira: como un depredador a su presa, señal inequívoca de que la desea. Y Gonzalo, cuando desea a una mujer, es capaz de poner en práctica toda clase de perversiones. Conmigo nunca lo hizo y me apena profundamente, aunque las fotos que me hizo llegar el detective son bastante escalofriantes. Mujeres con la cabeza cubierta por un saco y una cuerda al cuello; él empuñando un cuchillo, con una cara de sádico que tiraría para atrás a la más cachonda de sus amantes; corbatas demasiado apretadas en el cuello de alguna que otra prostituta…

En cuanto vi todas aquellas instantáneas repartidas por la mesa, no pude evitar horrorizarme. Tanto que yo misma impulsé su alejamiento de mí. Siempre he creído que yo podía tener la culpa de esas tendencias, después de lo que ocurrió, quizá él se torció. Puedo asegurar que no era así. Vale que siempre fue un golfo, pero un golfo adorable, no un amante macabro donde los haya.

¿Habrá puesto en práctica sus perversiones con la mosquita muerta de Laura? No sé qué pensar.

Mario, el detective privado que contraté hace un tiempo para seguirlo, me dijo que todas aquellas mujeres eran prostitutas, toxicómanas que buscaban su dosis…, en fin, mujeres que nadie reclamaría si desaparecieran.

Por suerte, siempre se puso preservativo, en eso no falla. De lo contrario, ahora no dejaría que metiera su hermosa polla en mi interior por nada del mundo. Aun así, le pedí unas analíticas de enfermedades de transmisión sexual antes de dejarlo volver a esta casa.

Conmigo no se pone protección, necesito que vuelva a ocurrir, que mi vientre vuelva a albergar vida de nuevo para darle un

hermanito a mi pequeño. Él está cansado de tener que cumplir todas las noches, por ello, anoche intenté hacer algo especial para que volviera a desearme. Le mostré unas esposas y una funda de almohada de satén.

Pensé que así me desearía. Me equivoqué. Cuando, con mi mejor ropa interior, le mostré mis tesoros, se limitó a preguntar con cara de circunstancias: «¿Qué se supone que es eso?».

Le dije que tenía ganas de vivir aventuras, de hacer algo diferente. Me miró con desprecio, ¿os lo podéis creer? Lo peor fue cuando me dijo que me dejara de chorradas y fuéramos por faena. Eso significaba que me tumbara bocarriba en la cama para hacer un soso misionero y depositar en mi interior millones de esperanzas. Pero eso no ocurrió. Ni siquiera se le levantó la polla al muy cabrón.

Discutimos acaloradamente y acabamos espalda contra espalda. Y así hemos pasado toda la noche hasta hace un ratito, cuando aproveché que dormía para ir a ver a mi pequeño.

Ahora estoy en la cama y acaricio su espalda con suavidad. Quiero que hablemos, que nos reconciliemos. Necesito que lo hagamos.

Cuando se da cuenta de mi presencia, pregunta:

—¿Qué hora es?

—No sé, son alrededor de las siete —digo.

—Ufff, un poco tarde. He de salir.

—¿A dónde vas?

—A trabajar —dice sentándose en la cama para ponerse unos calcetines antes de levantarse.

—Si solo vas un día, ¿no? Me prometiste que teletrabajarías la mayoría del tiempo…

—Tomás se puso malo ayer, y yo he de reunirme con unos clientes por él.

—Oh… Por cierto, ¿me acompañarás esta noche?

—¿A dónde?

—¿No te acuerdas?

—La verdad es que no —dice poniéndose una camisa.

—Joder, Gonzalo. Esas ganas de arreglar las cosas cada vez van a menos. Es más, me prometiste que lo intentaríamos de nuevo, que en esta ocasión lo conseguiríamos, y ahora no veo que pongas de tu parte nada de nada. ¿Acaso me mentiste?

Gonzalo suelta el aire con hastío.

—Joder, Cande. No es eso, pero comprenderás que no soy una fábrica de semen andante. Y, cada vez que me ves, parece que solo te interesa una cosa de mí. Estoy un poco hasta los mismísimos.

—Es importante que hagamos el amor en los días fértiles.

—¿Acaso los treinta días del mes lo son?

—No…, claro que no. Aunque he leído que es mejor probar sin pensar en ello, en el ciclo, ya sabes… Estoy desesperada, amor, quiero volver a ser madre. Darle a nuestro pequeño un hermanito.

Gonzalo me mira con los ojos desorbitados. No me gusta nada que me mire así.

—¿En qué quedamos? Deja de decir eso de una vez. Pensé que ya estaba superado, cojones.

—Sí, claro que lo está. Ha sido un lapsus, un imperdonable lapsus. No volverá a ocurrir, lo juro.

—Vale, de acuerdo, espero que así sea.

—Lo será, ya verás. Por cierto, cambiando de tema, ¿no has visto a Laura más… gordita?

Mi marido me mira mientras rueda los ojos.

—No, yo la veo como siempre.

—Que extraño que no te hayas dado cuenta. Por cómo la miras, se podría decir otra cosa.

Gonzalo tensa la mandíbula.

—Yo no la miro. Apenas la veo. Se pasa el día metida en ese cuchitril que le has asignado.

—Es mejor que esté ahí. Es un peligro. Ya viste lo que hizo la otra vez.

—No te fue tan mal, ¿no?

—Dijo un montón de mentiras sobre mí. Menos mal que tengo los mejores lectores del mundo.

Miento… Gonzalo no tiene ni idea de mi pasado, no sabía ni tan siquiera mi nombre de nacimiento. Me lo cambié hace ya algunos años y nadie se acuerda ya de Marina, aquella niña adoptada después de haber sufrido un gran trauma, un trauma que, gracias a Dios, nunca trascendió a los medios, ni confié a nadie que se dijera llamar amigo mío.

—Pues parecieron afectarte bastante sus palabras. ¿Acaso tienes algún cadáver en el armario que yo deba conocer? —inquiere con un tono pícaro en la mirada.

Sonrío, parece que algo ha encendido una pequeña llamita de interés en mi marido.

—Vuelve a la cama y te lo demuestro —digo, seductora.

Pero Gonzalo se pone la corbata y pregunta:

—¿Y qué me decías de Laura?

Cojo aire y confieso que los celos se apoderan de mí al escucharlo pronunciar el nombre de mi escritora en la sombra.

Me muerdo los carrillos hasta hacerme daño. No sé si es buena idea decirle lo que pienso, que Laura está embarazada. La imagen de mi marido haciéndole el amor me golpea la mente y trato de quitarme esa idea absurda. Él se pone condón con las perras a las que se folla, pero ¿y si Laura no es una perra para él?

Llevo días con la sospecha de su embarazo. Por gestos de ella, porque salta a la vista que ha cogido peso y que siempre va con ropa ancha. Además, Petra me contó que dio un buen espectáculo en el pueblo, vomitándole encima a Hakim, incluso.

A este último lo veo más cercano a Laura últimamente, ¿será él el padre de la criatura? No creo. Respeta a su familia, por raro que parezca en mi mayordomo, que es el marroquí más occidental que he visto en mi vida.

En cualquier caso, desde que Petra me contó el incidente en el bar de Feli, no dejo de darle vueltas a un asunto. Quizá, mi escritora fantasma pueda hacer por mí algo más que escribir libros…

CAPÍTULO 47

Laura

Unos segundos interminables de tensión se instalan entre Gonzalo y yo.

¿Qué se supone que debo responder a su pregunta? Además, ¿cómo lo sabe? Todavía no se me nota nada de nada.

«Sí se te nota. Has engordado bastante y la vomitona del otro día da que pensar», dice Vero en mi mente. Ahora no es el momento.

—Dejé de fumar hace unos meses y he ido cogiendo peso gradualmente —miento como una bellaca, odio el tabaco.

—Ajá… Y la escudella te sentó mal, ¿cierto? —inquiere de brazos cruzados.

—¿Cómo lo sabes?, ¿también tú la comiste? —pregunto haciéndome la tonta.

—Déjate de chorradas y dime la verdad.

—No estoy embarazada, ¿contento? Además, en caso de que lo estuviera, no tendría por qué decírselo a nadie.

—Teniendo en cuenta que yo puedo ser el padre de la criatura… Sí, creo que debería tomar partido en el asunto.

—¿Quién te dice que has sido mi único amante en los últimos tiempos? —pregunto desafiante.

—No te creo. Es más, tengo la sensación de que no has estado con nadie desde que…, ya sabes.

—Pues te equivocas. Además, tengo pareja.

«Qué más quisieras», dice Vero.

Gonzalo abre mucho los ojos.

—Ah, ¿sí?, ¿y dónde lo tienes? Ni siquiera viene a verte.

—Está fuera por… negocios. Pronto volverá y podremos estar juntos —digo a sabiendas de lo dramático que suena.

—Quizá, mientras tanto, yo pueda hacer algo por ti —dice, tras levantarse, mientras se acerca a mí peligrosamente.

No, por Dios, que en los brazos de este tío soy mantequilla, y su navaja me pone mogollón en lugar de aterrorizarme. Estoy muy mal de la cabeza, soy consciente de ello.

A punto estoy de decirle: *«Vade retro»*, pero unos besos en el cuello me hacen gritar por dentro que quiero más. Las hormonas me la están jugando de mala manera. De súbito, siento sus dedos colarse en mi pantalón y jugar con mi húmedo sexo. No, no voy a poder resistirme, lo sé.

—¿Te hace esto tu pareja? —musita Gonzalo en mi oído.

No puedo responder, solo gimo. Maldita traidora estoy hecha. Deseo al puto Gonzalo y creo que voy a caer. Total, una vez más… No creo que pase nada por ello, ¿no?

Un rato después, estoy en la cama junto a Gonzalo. Los dos nos encontramos exhaustos por el pedazo de polvo que hemos echado. Todavía estoy muy arriba, pero poco a poco el arrepentimiento me acecha. No puedo intimar más con el padre de mi hijo. Ahora mi embarazo se intuye por mi aumento de peso, aunque eso lo puedo rebatir con cualquier excusa; sin embargo, la curva de mi vientre,

que ahora mismo es apenas visible y que en nada comenzará a delatarme, puede ser mi peor enemiga.

—¿En qué piensas? —pregunta Gonzalo.

—En que esto no puede volver a ocurrir.

—¿Por qué?

—Estás casado, Gonzalo.

—Siempre lo estuve y no parecía importarte.

—Me dijiste que estabas separado de Candela, que ya no teníais nada. Resulta que no era más que una mentira, solo os habíais dado un tiempo y habéis vuelto. Así que sí, esto no puede volver a ocurrir.

—Pero yo quiero que ocurra continuamente. No puedo concentrarme si estás cerca. Te necesito.

—¿Para tus juegos perversos?

—Hoy no hemos hecho nada extraño, ¿no crees? Además, solo son eso, juegos consensuados entre ambas partes. Y me encantan.

—Reconoce que son cuando menos inquietantes.

—Lo mismo podría decirte a ti. Te encantaba que te acariciara con mi navaja.

—Qué raro ha sonado eso.

De súbito, recuerdo las palabras del Gonzalo borracho y el trato que le dispensaba a Candela. El hombre risueño que tengo a mi lado se transforma en algo que no sé definir cuando bebe. Eso es una *red flag* como una casa.

—A ver, Laura. Te lo estoy diciendo en serio. Me encantas. Eres la mujer que he esperado toda la vida. Eres como yo, y el no tenerte me estaba volviendo loco.

»Candela me pide cada noche que cumpla con mis funciones como marido. Quiere ser madre. Pero yo no puedo, últimamente ni

si quiera se me levanta. Y no lo hace porque no eres tú.

—¿Y para qué volviste con ella entonces?

Gonzalo sale de debajo de las sábanas y se sienta en el borde de la cama. Se lleva las manos a las sienes.

—Si te lo cuento, no vas a comprenderme.

—Prueba…

—Candela me tiene cogido por los huevos.

Gonzalo no me cuenta por qué su esposa lo tiene sujeto por sus partes nobles. Yo también estoy en la misma tesitura, pero él sabe los motivos, aunque estoy segura de que no tiene ni idea de que todo lo que plasmé en aquel manuscrito es la verdad.

Habrá pensado lo mismo que los lectores, que la autora hizo ver que su manuscrito había sido intercambiado por el de otra persona como venganza. Y que esta aireaba trapos sucios sobre ella, entre otras cosas, que tenía una escritora fantasma.

Antes de venir a esta casa, estuve viendo una entrevista que le hicieron a Candela y tuve que apagar el televisor.

Decía que se le ocurrió la idea mientras fregaba los platos, que pensó que a sus lectores les explotaría la cabeza con una propuesta tan innovadora. Recuerdo que me fui a vomitar tras escucharla. Iba vestida de rojo, como casi siempre, es el color de su marca y lo mete por todas partes, hasta en su ropa. Su melena, lacia aquel día, le daba un toque juvenil. Su rostro, de quirófano, era lo único que desentonaba. No sé por qué se hizo semejante desastre en la cara, pero ¿cuántas lo han hecho también? Hay personas a las que les cuesta demasiado verse al espejo a medida que envejecen.

—En fin, tengo que irme. Aunque antes necesito que me digas que no vas a poner más distancia entre los dos.

—He de hacerlo. Es lo mejor.

—Y si me divorciara de Candela, ¿te casarías conmigo?

La pregunta de Gonzalo me pilla por sorpresa. El corazón se me acelera, las piernas me flaquean. Es la primera vez que me piden matrimonio y tiene que ser precisamente él. Un hombre del que no me fío ni una pizca, pero que tiene un poder brutal sobre mí.

No sé qué responderle. Algo muy pequeño dentro de mí crece a la velocidad de la luz. Las ganas de decirle que sí y de besarlo. ¿Acaso será verdad que me he enamorado de él? Ay Dios, ¿por qué me pasan estas cosas a mí? Con la cantidad de hombres buenos que hay en el mundo, aunque a mí no me haya tocado ninguno todavía.

—¿No me respondes? —pregunta con una preciosa sonrisa que me desarma.

—Gonzalo, yo…

¡Pum, pum, pum!

Alguien está golpeando la puerta con fuerza.

—Mierda, mierda, mierda —masculla Gonzalo y se levanta de la cama para vestirse a toda velocidad.

No sé qué hacer. Esta casa solo tiene una salida.

—Escóndete debajo de la cama, o en el armario —digo con la voz más baja que puedo.

Gonzalo me mira con expresión de terror y se desliza debajo de la cama, no sin antes asegurarse de que no hay nada que pueda delatarlo por el suelo.

Mientras continúan aporreando la puerta con fuerza, arreglo en la medida de lo posible la cama —para que no se note la guerra que hemos llevado a cabo Gonzalo y yo hace un rato— y me pongo una bata de abuela. Respiro hondo antes de acudir a abrir.

Abro y finjo una expresión somnolienta. Tras la puerta, no hay nadie.

CAPÍTULO 48

Candela

Aguardo a la vuelta de mi marido, que está con esa desgraciada haciendo vete a saber qué. Lo he enviado yo misma para que sonsaque a su examante y le he advertido de que se comporte. No quiero a una loca obsesionada con él que me dé problemas.

Pasan las horas y no regresa. No puedo evitar imaginármelo en la cama con Laura. Más joven que yo, más guapa. Sí, aunque me cueste reconocerlo, ella tiene una belleza que no ha pasado por el bisturí.

En el pasado fui infinitamente más hermosa que Laura. Pero empecé a envejecer muy pronto. A los treinta ya tenía arrugas y el bótox fue mi aliado. Es como un vicio, cuanto más me inyectan, más necesito. Siempre hay alguna arruga o imperfección que arreglar.

Me miro al espejo de mi habitación. No me gusta lo que veo. Esa expresión cansada, ese rostro desconocido que parece mirarme siempre con la misma mueca. No puedo vencer al tiempo y eso me desgarra el alma.

Son las tres de la mañana, y Gonzalo entra en la habitación. Me observa con una expresión indescifrable y, seguidamente, da unos pasos hasta derrumbarse en nuestra cama.

—¿Y bien? —indago acortando distancias entre los dos.

—No está embarazada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Ella me lo dijo.

—¿Y tú la crees?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Pues presionarla, prometerle cualquier cosa. Eres bueno haciendo caer en tus redes a todas las mosquitas muertas.

—Déjalo ya. Además, ¿qué interés tienes en el embarazo de Laura?

—¿De verdad no te has dado cuenta todavía? Puede que ese bebé sea también tuyo.

Gonzalo eleva las cejas, como si yo le hubiera acusado de asesinato o algo similar.

—Vamos, Gonzalo, no te hagas el nuevo, sé que te has visto con ella. Aquí era un secreto a voces que la venías a buscar incluso de madrugada.

—Éramos amigos…

—Sí, ya sé qué tipo de amistad tienes tú con el sexo opuesto —sentencio con aire triunfante.

—Bueno, creo que ya sabes lo que querías saber, ahora déjame dormir. —Gonzalo se tapa hasta la cabeza y se gira, para darme la espalda, como siempre.

Quiero quejarme, reprocharle su falta de sensibilidad. Además, parece que no se ha percatado de nada. ¿Para qué querría saber yo del embarazo de esa desgraciada? Yo no hago nada sin un interés previo. Y eso él lo sabe.

—Gonzalo, escúchame. Quiero a ese niño y nadie impedirá que lo tenga.

—¡¿De qué demonios estás hablando?! —pregunta él incorporándose como un vendaval.

—Creo que está muy claro, quiero a ese niño y tienes que ayudarme a conseguirlo.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 49

Laura

Por la mañana, salgo de la casa bien temprano. He pedido un taxi. Al despertarme, tan solo dos horas después de que Gonzalo se marchara de mi habitación, lo hice abruptamente, después de tener un sueño horrible en el que Candela abría mi vientre y sacaba a mi hijo no nacido de él.

¿Puede que sea un sueño premonitorio?

No tengo ni la menor idea, pero creo que necesito darme un respiro. Así que he decidido pasar el día en mi apartamento. Es mi día libre y no pienso pasarlo en ese destartalado cuchitril.

Todavía siento el dolor de las heridas que me profería Candela en la pesadilla, que quizá se haya construido en base al miedo que pasé cuando Petra me arrinconó y amenazó con un cuchillo. Además, ¿por qué Gonzalo vino a preguntarme por mi embarazo? Es todo de lo más extraño, y lo mejor es poner toda la distancia física posible de los habitantes de esta casa asfixiante, que en un principio me encantó por preciosa, pero ahora me parece el equivalente a la boca de una pantera, oscura y letal.

Espero veinte interminables minutos a que llegue y, cuando lo hace, hago una mueca de desagrado al reconocer al taxista rancio y carero de la primera vez que vine aquí.

Le doy mi dirección y me pongo uno de mis auriculares inalámbricos para escuchar un pódcast de esos de *true crime* a los

que me he viciado en los últimos días. Son verdaderamente inspiradores. Y algunos casos dan mucha lástima, indignación, impotencia. La maldad tiene tantas caras…

—¿Es usted una de las escritoras fantasma de la Rojo? —pregunta de pronto el taxista, sorprendiéndome.

Me quito el pinganillo de la oreja y lo observo estupefacta.

—¿Por qué me lo pregunta? —digo con un cúmulo de palabras contenidas que es mejor no airear.

—¿No se ha enterado?

—¿De qué debería enterarme?

—Es cierto, acaban de decirlo en la radio. Justo cuando terminé de escuchar la noticia me avisaron para que la recogiera en esta casa, y dije: «Hostia, menuda coincidencia».

—Pero ¿qué han dicho?

—Bueno, no sé si tendrá mucha credibilidad. La mujer parecía algo desquiciada y decía, básicamente, que su hija había desaparecido tras trabajar para Candela Rojo como escritora fantasma y que sospechaba que, tras esa misteriosa desaparición, estaba la misma Candela.

—¿Cómo?

—Al parecer, siempre había pensado que había algo raro. La chica avisó a sus familiares de que se había ido a Argentina. Que había conocido a un chico y se había dejado llevar por el momento. Algo así es lo que ha dicho la mujer esa.

—Bueno, si se fue de viaje…

—Sí, claro, podría ser. Aunque Carla Montes, que así se llamaba la chica, era muy de enviar audios de esos largos. Era escritora, sí, pero odiaba escribir con el móvil. Estuvo meses contestándole por escrito a su madre: ni un solo audio. Así que esta se puso insistente

y le dijo que quería que grabase una nota de voz o hacer una videollamada con ella para verle la cara; su hija la bloqueó.

Un mal pálpito se apodera de mí y recuerdo la conversación entre Candela y Gonzalo, borracho como una cuba:

—Te puse unas condiciones y quiero que las cumplas todas. ¿Me has entendido?

—No pienso hacerlo, no otra vez.

—Shhh… Puede oírnos.

—No lo creo, se ha puesto mala en la taberna de la Feli. Ha sido todo un espectáculo. Dice Hakim que se ha pasado todo el día durmiendo en su cuarto.

—Baja la voz.

—No hay más cerveza. Esto es una puta mierda.

—¡Que no bebas más! Vamos arriba, tienes que darte una ducha. No te vas a meter conmigo así en la cama, apestas.

—No tengo sueño.

—¿Recuerdas nuestro acuerdo?

—Bufff, ya estoy cansado de eso. No va a ocurrir otra vez, ya te lo dijo el médico.

—Si ocurrió una vez, puede hacerlo otra.

—Pero ya viste cómo acabó.

—¿Cómo acabó, Gonzalo? ¿Acaso no estás contento con nuestro pequeño?

—¡¡¡Puta loca de mierda!!! ¡¡Deja de decir eso!!

El pánico y las preguntas se apoderan de mí. ¿Estaré acaso en peligro?

—¿Y se sabe algo más de Carla? —indago.

—Han subido algunas fotos a sus redes, pero son fotos en las que no se le ve la cara, de paisajes y cosas por el estilo. Aunque ya hace tiempo que no hay actividad en estas. Además, se ve que Carla les había dicho a varios de sus amigos que odiaba las redes y que un día, simplemente, las dejaría. Así que eso a la policía no le extrañó.

—¿Y la policía no ha interrogado a Candela?

—Al parecer, sí lo hicieron. Aunque no encontraron nada sospechoso y la dejaron en paz.

»De eso hace dos años. Su madre estuvo dando guerra un tiempo, pero salieron testigos que ponían en duda su cordura y que decían que Carla estaba un poco bastante harta de su madre, a la que definía como una loca.

—Ufff…, qué fuerte.

—Sí, lo es. Además, hay algo que hace que todo este asunto se vuelva turbio turbio…

—¿Qué es?

—Carla le había confesado a una amiga que había dado positivo en una prueba de embarazo unos meses atrás. Poco después de empezar una colaboración de varios meses con la Rojo. Desde ese momento no la había vuelto a ver y encontraba a Carla en sus mensajes cada vez más nerviosa.

—Joder…

—La publicación del último libro de Candela ha sido el detonante para que esa madre vuelva a la carga, y lo ha mencionado en la entrevista que le han hecho.

»Ha dicho que duda mucho de que Candela haya escrito ese libro, porque ella no tiene talento y es verdad que lleva años disfrazando la escritura de obras enteras —por parte de otros— como colaboraciones, tal y como se dice en ese libro.

»Además, también ha dicho que en la novela se nota muchísimo que lo que se dice es la verdad. Me he quedado helado y no sé si tendrá razón. Pero me da a mí que este asunto pasará sin pena ni gloria. Candela Rojo tiene mucho poder y lectores fieles que la defienden a capa y espada.

«¿Me lo dices o me lo cuentas?», pienso.

—Puede ser, a menos que…

—¿A menos que qué? —pregunta el hombre con interés.

—Nada, nada, cosas mías.

—Entonces, ¿usted es una de las escritoras fantasma?

—Oh, no. Yo solo soy la chica de la limpieza. Por cierto, necesito que me lleve a otra dirección distinta a la que le dije. No se preocupe, nos coge de camino.

El hombre hace un gesto de fastidio y vuelve a su expresión malhumorada del primer día.

—Muy bien, ¿adónde la llevo?

—Al sanatorio La Savinosa.

CAPÍTULO 50

Laura

Estoy en la recepción del sanatorio donde Vero pasó sus últimos días y, supuestamente, se suicidó. Todo este asunto me ha traído de nuevo al verdadero motivo por el que acepté mi primera colaboración con Candela.

Se me ponen los pelos de punta al pensar que mi hermana pasó los últimos días en este lugar, entre estas paredes de un verde horrible y los fríos suelos de terrazo.

Un silencio incómodo, únicamente roto por los quejidos del armazón de una mopa que utiliza la mujer de la limpieza, se cierne en el desangelado lugar.

Vuelvo a mirar a la administrativa —de mediana edad y gafas prominentes— que escribe en el ordenador y me ha pedido que espere un momento para atenderme. Luego aparto la vista para dejarla en ninguna parte. Mi pensamiento vuelve a Candela.

Intenté dañarla, hacer que su forma de hacer las cosas se le volviera en contra, pero no conseguí nada… hasta ahora.

Que la madre de una antigua escritora fantasma de Candela se haya pronunciado es una buenísima señal. Además, estoy segura de que saldrán más. Aunque, al recordar que habían puesto en duda la cordura de la mujer, mucho me temo que sus propios lectores, tal y como ha dicho el taxista, la protegerán como ya hicieron con *Mi*

venganza y le darán la vuelta al asunto hasta hacer parecer a la víctima como el verdugo.

—Buenos días —dice la recepcionista—, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola, quería ver si podía hablar con alguien que pueda darme información sobre una antigua paciente, mi hermana.

—Mmm… La directora está ahora mismo reunida. Y aunque le pidiera dicha información a ella, es muy poco probable que pudiera proporcionársela. Aun siendo usted un familiar directo, es confidencial.

—Solo necesito saber algunos datos, nada especialmente íntimo ni importante.

La recepcionista niega con la cabeza.

—Ya le digo que la directora está reunida y yo no puedo serle de ayuda.

—¿De verdad que no?

—No sé, dígame el nombre de su hermana.

—Verónica Peña Vázquez.

Un quejido seco y más fuerte de lo normal me hace mirar la proveniencia de este. Es la empleada de la limpieza, que me observa con una mirada que no sé identificar. ¿Terror quizás?, ¿hostilidad?

—Lo siento. Tendría que hablar usted con la directora y hoy será imposible. No puedo ayudarla, y menos con una paciente con sus características…

—¿A qué se refiere?

—Debe entenderme, no puedo proporcionarle información sobre Verónica. Creo que usted ya sabe de qué hablo.

—¿De qué?

—Mire, no digo que sea el caso. Pero cuando encuentro cierto tipo de fichas en el ordenador, significa que el paciente tiene una particularidad.

—¿Qué particularidad?

La recepcionista me mira con impaciencia.

—Normalmente, delitos.

Suspiro… Ya sé a qué se refiere. Así que, henchida de frustración, me doy media vuelta y me dispongo a marcharme.

Camino hacia la salida. La mujer de la mopa está justo delante de la puerta.

—A la una en el parque de aquí al *lao* —dice en voz muy baja, casi inaudible.

A punto estoy de decirle que me lo repita, pero ella niega con la cabeza.

Asiento y salgo del edificio preguntándome qué sabe la empleada.

Paso las horas que faltan para la una en la cafetería que hay en uno de los costados del parque. Me pido agua tras agua y pronto siento la necesidad imperiosa de vaciar la vejiga varias veces.

A la una en punto, salgo de la cafetería y me dirijo hacia el parque; me siento en un banco y aguardo la llegada de la limpiadora.

Aparece a la una y siete minutos, fumándose un cigarro.

Es una mujer bajita, pelirroja y algo escuálida. Supongo que de darle rienda suelta al consumo indiscriminado de tabaco.

—Eres la hermana de la Vero, ¿no?

—Así es —respondo a su entrada directa.

—¿Qué querías saber sobre ella?

—Si le digo la verdad, ni yo lo sé. Solo buscaba respuestas que me llevaran a deducir por qué mi hermana hizo lo que hizo.

La mujer sonríe. Pero es una sonrisa triste, como compasiva.

—Mira, yo no puedo decirte con *seguridá* por qué lo hizo. Aunque sí que puedo contarte lo que ocurrió los días antes de su muerte.

—¿Sí?, eso sería estupendo.

—Pues verás…

CAPÍTULO 51

Junio 2007

Vero guardó los cambios en el archivo de la novela que había escrito mientras se encontraba en el sanatorio La Savinosa. Había tardado menos que nunca escribiendo con el PC. Siempre le había gustado escribir a mano, pero reconocía que tecleando podía ser más fiel a la velocidad de su pensamiento.

No tenía título todavía para aquella novela, en la que contaba lo que había ocurrido con su vida, el motivo por el que había acabado encerrada por un delito que ella no había cometido y por el que le habían diagnosticado una depresión, consecuencia directa de su caída en desgracia.

Estaba feliz, posiblemente, aquella obra acabaría siendo la mejor de las dos que había escrito.

En cuanto pudiera, le pediría a su madre que buscara bien y trajera los cuadernos donde tenía su anterior novela para pasarla a limpio y editarla. De ese modo, se sentiría ocupada y distraería la mente del juicio que se celebraría en pocos días.

Estaba segura de que se llevaría las manos a la cabeza cuando volviera a releer su ópera prima. No la había leído después de escribirla, simplemente la había dejado reposar para tomar distancia con el texto y así luego poder reescribir las partes que lo necesitaran, detectar incoherencias, repeticiones, etc.

Pero la encerraron y no pudo hacerlo. Así que ahora que había retomado su pasión dentro del sanatorio y, como no había otro remedio, aprovecharía el tiempo hasta que fuera liberada. Si es que algún día lo era.

Su humor se ennegreció de pronto. La escritura la mantenía tranquila, feliz incluso. Sin embargo, cuando abandonaba el mundo de sus letras, todo se tornaba negro.

Se dirigió a la sala donde los internos veían la televisión y allí encontró a su amigo Saul, un chico de su edad, internado en su día por algo que no le había confesado.

Era agradable y divertido. Fumaba porros a escondidas, eso sí. Al parecer, su hermano le traía el chocolate en sus visitas. Hasta ella se había aficionado a probar alguno de sus tesoros, para luego morirse de la risa con las locuras de su compañero.

Lo saludó, intercambiaron varias preguntas sin transcendencia y se pusieron a ver la televisión. Saul tenía el mando e iba cambiando de canal con rapidez, hasta que Vero vio un rostro conocido, el de su amiga Marina, en pantalla.

—Espera, vuelve atrás, por favor —dijo ella con desesperación.

Saul no protestó e hizo lo propio.

—Aquí, aquí, espera.

El chico dejó el canal que Vero quería, que no era otro que la televisión autonómica.

—¿Para qué quieres ver este tostón? —indagó Saul.

Vero, petrificada, le hizo un gesto a Saul para que se callara.

La escritora revelación de este año presenta Mar de plata*. Ella es Candela Rojo y tan solo tiene dieciocho años. Hace unos días que salió su novela a la venta y ya se ha convertido en número uno en todas las librerías. Es una maravilla teniendo en cuenta que fue una*

pequeña editorial quien le dio la oportunidad a esta talentosa y dulce joven.

—Hola, Candela, ¿me puedes decir cómo una chica tan joven tiene un talento tan enorme para la escritura?

En la pantalla, Marina, con el pelo liso, los labios rojos y una sonrisa resplandeciente, hablaba del nuevo libro que había escrito y publicado. Vero apretó los puños. Aquella desgraciada estaba cumpliendo «su» sueño, mientras ella pagaba por un delito que no había cometido. Se habían intercambiado los papeles. Ella era quien tendría que haber contestado las preguntas de esa periodista y no Marina.

—No lo sé ni tan siquiera. Es algo que me sale solo. Un don, quizá.

—Ya lo puedes decir. Tu libro es una verdadera maravilla para los amantes de la lectura.

—Gracias.

—Oye, háblales un poco de tu libro a los espectadores. Quizá puedas leerles el primer capítulo. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

—Pues adelante. Y a vosotros, querido público, os dejo con… ¡Candela Rojo!

Marina empezó a leer el primer capítulo del libro. En la primera línea, Vero comenzó a hiperventilar. A medida que su antigua amiga leía, ella sentía crecer unas enormes ganas de llorar. No podía ser. Era imposible. ¿Cómo podía haber ocurrido?

—¿Qué te pasa? —dijo Saul con preocupación.

—Me encuentro mal, me encuentro mal —repitió Vero entre lágrimas.

—¿Por lo que sale en la tele?

Elena, la chica de la limpieza, acudió a donde estaba Vero.

—¿Qué te ocurre, chiquilla? *Está ma* blanca que un *papé*.

—Necesito salir de aquí. No puedo con esto.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Saul.

—Déjala, Saulito, no *moleste* —dijo Elena con determinación y luego añadió—: Y pide ayuda.

Elena hizo a Vero elevar las piernas por encima del corazón, y así se le pasó un poco el mareo mientras acudía alguien que le prestara asistencia médica.

—No puede ser, no puede ser —no dejaba de repetir Vero.

—Tranquilízate, niña.

—No puedo. Me han roto, me han roto…

—¿Qué *dice*? ¿A qué te *refiere*?

—Me han roto el corazón.

CAPÍTULO 52

Laura

Elena me cuenta que no consiguió que mi hermana le revelara el motivo de su disgusto. Que solo repetía una y otra vez que su mejor amiga le había roto el corazón. Lo que no sabía, en ese momento, a qué se refería.

Días después —me explica—, Vero recibió una visita de alguien que nunca había venido a verla. Era la misma chica que estaba en pantalla cuando Vero se descompuso.

Aunque era de su misma edad, vestía como una mujer más mayor y Vero la llamó Marina, además de desgraciada y otras bondades.

Elena se quedó escuchando, por si tenía que intervenir, pues vio a Vero muy nerviosa. Escuchó que Vero acusaba a Marina de haberle robado el manuscrito. Y que por ello le había roto el corazón, ya que pensaba que ella era una buena amiga.

También le dijo que ahora entendía a Daniel y su intento por decirle lo que había hecho su hermanastra. La llamó ladrona; ya sabía por qué.

Vero también le echó en cara que sabía por qué había matado a su hermanastro, para que este no dijera nada y así poder hacerse famosa a su costa.

Marina, por supuesto, lo negó todo de forma que hasta llegó a convencer a Elena, pues incluso se puso a llorar, mientras le decía a Vero que la compadecía, que no sabía cómo había llegado a ese nivel de deterioro mental.

Elena pensó que quizá Vero, como otros internos, estaba inmersa en un mar de delirios. Así que no le dio la suficiente importancia. Aunque, con el paso de los años, nunca dejó de preguntarse si quizá la pobre Vero tendría razón y la otra no era más que una lagarta. Termina su relato diciéndome lo culpable que se ha sentido y se siente todavía por haberse tragado el teatrillo de Marina.

Hace una pausa y, aunque yo creía que no iba a contarme nada más, su mente se oscurece y sigue hablando:

—El día de la visita de esa chiquita, fue el último que vi a Vero con vida. Y, fíjate tú que yo tengo la mosca *detrá* la oreja…

Resulta que, en un momento de su discusión, ambas bajaron la voz y Elena no podía escucharlas bien, pero pudo cazar varias palabras sueltas al vuelo. Palabras que no tenían demasiado sentido si no las enlazabas al principio, y si lo hacías podías resultar del todo paranoica.

«Solo… acabará… dolor. Cógelo… salida».

Marina se despidió de Vero, y esta le hizo una última pregunta que la escritora fraude no contestó:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué robaste mi manuscrito?

—Ya, ya… Yo no he hecho nada de eso. Pero, si así hubiera sido, te diría que no lo protegiste lo suficiente. Digo yo que, si algo es importante para ti, lo dejas lejos de miradas y manos ajenas, ¿no crees?

A la mañana siguiente, sonó el teléfono en casa de mis padres. Yo fui a atenderlo. Sin identificarse, me pidieron hablar con un

adulto. Le dije a mi madre, que en aquel momento regaba las plantas de la terraza, que tenía una llamada.

Ella se acercó, cogió el auricular del antiguo teléfono noventero rojo y negro; escuchó unos segundos, en los que su mirada se perdió, y a continuación dio un alarido desgarrador.

Mi hermana se había quitado la vida cortándose las venas con un trozo de cristal.

Cristal que no pertenecía al sanatorio, cristal que, probablemente, había salido de una botella de Coca Cola. Nunca supieron aclarárselo a mis padres.

Mi mente de autora ata cabos y lo hace con las palabras sueltas de la ya Candela Rojo:

«Solo será un momento y acabará tu dolor. Cógelo, es tu única salida». Y le entrega el trozo de cristal que lleva en el bolso.

CAPÍTULO 53

Laura

Ardo en ira. Ni siquiera me he despedido de Elena. Ella me ha dicho que vaya con Dios, pero ahora mismo mi única compañía es su némesis.

Siempre pensé que Marina estaba detrás de la muerte de mi hermana, y sabía que aquel manuscrito tenía algo que ver.

Mi interés por la lectura nació por cotillear las libretas de Vero. Se me antojaba irresistible leer lo que ella escribía ahí. Lo hice poco después de que las aparcara en un lado del escritorio. Pensé que eran confesiones de chicos que le gustaban o vete tú a saber. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré con una historia que te dejaba enganchada desde la primera página.

Aprovechaba cuando ella se ausentaba para leer aquellas libretas, hasta que «desaparecieron».

Pasados unos años, me convertí en una lectora voraz y me aficioné a leer novelas de suspense, *thriller*, etc. Fue una amiga la que me recomendó que leyera a Candela Rojo, y así lo hice, primero con sus novelas más nuevas y, poco a poco, acabé por leerlas todas. Me quedé helada con la obra que se suponía que la había lanzado al estrellato a la velocidad de la luz. Una novela que se titulaba *Mi sueño* en los cuadernos de Vero y que ahora lucía un nombre comercial, pero era el mismo texto. El de mi hermana.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo una escritora de renombre como Candela Rojo escribió algo idéntico a lo que había leído de mi

hermana?

Busqué a la autora en internet: sus fotos. Me costó reconocerla, pues en todas ellas lucía operada, cada vez más.

Fue tras buscar «Candela Rojo de joven», cuando encontré el vídeo de una entrevista en el canal autonómico y vi de quién se trataba. Ni más ni menos que de Marina, la amiga popular de mi hermana Vero.

La fecha de aquel vídeo hizo trizas mi corazón. Tan solo dos días antes de la muerte de mi hermana. Eso me hizo deducir que había sido la traición de su amiga la que había empujado a Vero al suicidio. Lo que nunca imaginé fue que Candela Rojo hubiera aparecido en escena para deshacerse de su último cabo suelto. Vero.

Pido un taxi y espero pacientemente su llegada. Solo hay un sitio al que quiera ir en este momento y lo necesito más que nunca.

Cuando para delante de mí, entro en el asiento trasero. La conductora es una mujer bastante simpática. El vehículo huele a vainilla y, lejos de resultarme agradable, me da ganas de vomitar.

—¿Puede quitar el ambientador, por favor? Estoy embarazada y no puedo con casi ningún olor un poquito intenso, aunque sea agradable.

—Ah, claro, mujer, no te preocupes… ¿De cuánto estás?

Me quedo en blanco. No tengo ni puñetera idea de cuánto estoy. Creo que se contaba por semanas. Todavía no he ido al médico, así que estoy muy perdida.

—Me acabo de enterar hace muy poco, no me vino la regla y… —miento, pero no quiero quedar como una pardilla irresponsable.

—Uy, pues tranquila. Voy a abrir la ventanilla para que te dé el aire y se vaya la peste a vainilla. ¿A dónde te llevo?

Le doy la dirección y, para mi alivio, no comenta nada del supuesto escándalo de Candela Rojo.

Sí, me dirijo a su casa, necesito confrontarla. Tendría que ir a la policía, aunque creo que no me harán caso, así que he de terminar yo misma de una vez con este asunto.

Candela es una asesina y mató a mi hermana. La indujo al suicidio, la hizo caer en un agujero, se lo quitó todo.

«Nadie empuja a otro a quitarse la vida. La última decisión es del que mira la muerte a la cara», dice la voz de Vero en mi mente.

Pero no creo que sea así. Estaba muy dolida; le habían arrebatado algo verdaderamente importante para ella y encima lo hizo alguien en quien confiaba. Además, estaba pagando por un crimen que no había cometido. No lo había hecho. Vero siempre lo dijo, aunque no pudo llegar al juicio. A Marina no le interesaba que así fuera.

CAPÍTULO 54

Laura

En mi bolso, busco la llave de la puerta de servicio, que me dio Candela antes de empezar a trabajar por segunda vez para ella, y abro. La casa está en silencio. Parece que no hay nadie.

—¡Hola!, ¡Candela!, ¿Candela?

No recibo respuesta. Solo los crujidos de la casa se oyen de fondo.

Me muerdo el labio inferior.

—¡Marina, ¿dónde estás, desgraciada?!

Nada.

Empiezo a recorrer las diferentes estancias, me cuesta creer que ella no se haya escondido en su casa después del escándalo, como la rata que es.

Quizá esté en el despacho de su editor o de su abogado, mirando cómo neutralizar la amenaza. Aunque con la legión de lectores desquiciados que la siguen, quién sabe si le haga falta o no buscar soluciones.

—¡¡Marina!! —grito de nuevo mientras subo a la primera planta y me dirijo a su despacho.

Pruebo abrir y está cerrado con llave. Me dirijo entonces a su habitación y abro la puerta. Todo está recogido, la cama hecha, y

huele a flores frescas, que están sobre una pequeña mesa redonda que hay en un rincón de la estancia.

De Marina no hay ni rastro.

Salgo de la habitación y pienso en abandonar la búsqueda, no creo que se escondiera de mí. A menos que ahora mismo esté tan desesperada como para ocultarse del mundo.

Me quedo parada, mirando a la puerta que siempre permanece cerrada y que está al final del pasillo, justo en frente. Es la que Candela dice que es de su pequeño. Vamos, la habitación del perro. Que digo yo, que para qué necesitará un perro tan pequeñito una habitación entera.

Camino hacia la puerta despacio, es como si algo me dijera: «No vayas, quédate donde estás». Sin embargo, es todo pura sugestión, es la típica puerta misteriosa de muchas pelis de terror.

Cuando estoy frente a ella, pongo la mano en la maneta y la acciono.

La puerta no se abre. Me encojo de hombros y noto un olorcillo rancio que inunda mis fosas nasales, parece que viene de la habitación. Me agacho y huelo por la rendija que queda entre la puerta y el suelo.

Confirmado, viene de ahí y es un olor muy muy desagradable.

Trato de levantarme con el estómago revuelto y, sin querer, me golpeo la cabeza con la maneta. En cuanto me llevo la mano a la nuca dolorida, otro artefacto me golpea.

—¡Hostia! —gruño.

En el suelo hay un objeto, el que acaba de darme el segundo golpe. Es una llave pequeña, pero matona. Una sonrisa se dibuja en mi rostro antes de meterla en la cerradura. Bingo, es la llave de la habitación secreta de Candela.

Al abrir la puerta, la oscuridad me ciega. El olor se transforma en hedor. Es muy penetrante. A viejo, no sé ni cómo describirlo.

Trato de buscar un interruptor sin suerte. Pero mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad poco a poco. Consigo ver lo suficiente como para localizar la ventana. Me dirijo hacia ella y la abro, luego levanto la persiana y hago un nudito en la cuerda, pues es una persiana de las antiguas.

Me doy la vuelta y compruebo que no estoy en la habitación de un perro. Si esperaba una camita de peluche, varios mordedores, empapadores, comedores con pienso y agua, me equivocaba de cabo a rabo. En su lugar, hay una cuna, papel pintado con estrellitas, una mecedora, un chifonier y un armario, todo blanco: a conjunto.

Ahora mismo no entiendo nada.

Doy un brinco cuando un tiovivo comienza a girar, con una música de feria algo distorsionada. Me llevo la mano al pecho.

—¿Hay alguien aquí? —pregunto con el corazón a punto del infarto. No exagero.

Compruebo que estoy sola, no hay nadie más en la habitación y comienzo a pensar en fantasmas de inmediato. ¿No dicen que son fruto de la imaginación de gente de dudosa cordura? Sí, los que dicen esas cosas son los mismos que luego se quedan hasta las tantas viendo películas de espíritus o programas de temática paranormal.

Yo doy fe de que aquí hay algo o alguien que ha puesto en marcha este cacharro.

«Quizá hayas sido tú con el culazo que se te está poniendo», dice la voz de mi hermana.

No pienso responderle.

Trato de tranquilizarme. Creo que ya me he acostumbrado al olor, el susto lo ha camuflado. Me quedo embobada con la cuna, hay

algo dentro. ¿Será el hijo de Candela? Parece un bebé. ¿Cómo lo ha podido dejar solo? En la casa no había nadie hasta que he llegado. Pobre pequeño.

Me acerco con un nudo de compasión en el pecho y veo un poquito de pelo oscuro asomando por el edredón. Madre mía, parece un bebé muy pequeño.

Despacito, llevo mi mano hacia la doblez del edredón y destapo la cabecita del bebé.

—¡¡¡Dios mío!!!

CAPÍTULO 55

Candela

¿Y ahora qué hago? No sé si esta vez mis lectores se tragarán el cuento de que es una maniobra de *marketing*. Lo único que puedo hacer es intentar demostrar que esa mujer está como una regadera. No hay más que verla, con esa forma de hablar taladrante y sus ojos de desquiciada.

Sí, eso es lo único que puede salvarme. También ponerle una querella por qué sé yo: injurias, calumnias... Las leyes no son lo mío.

Eso, si se dice en los medios, da credibilidad. Significa que la persona quiere defenderse de una ofensa. Y he de mostrarme verdaderamente ofendida. He pensado, incluso, dar una rueda de prensa.

—Hola, Candela, enseguida estoy contigo —dice mi abogado.

Asiento con la cabeza. Llevo ya un cuarto de hora esperando, y Javier sabe que no me gusta perder el tiempo.

De pronto, una puerta se abre y veo a Gonzalo salir. Es el despacho de la compañera de Javier: Mónica.

Gonzalo habla con ella y se ríe. Parece que tienen mucha complicidad. ¡Será posible!

Me levanto y acorto distancias.

Mónica abre mucho los ojos y me saluda con la cara llena de vergüenza, yo que pensé que no tenía…

Gonzalo se gira y su expresión se contrae.

—He venido para ver si se podía buscar una solución a lo tuyo —balbuce Gonzalo y, de inmediato, sé que miente.

—Ya te he dicho que vendría a hablar con Javier.

—Es que me he confundido y he venido antes, Javier no estaba y Mónica se ha ofrecido a aclarar mis dudas.

—¿Y qué dudas eran esas? —pregunto observándolos a ambos.

No puedo evitar imaginármelos follando sobre la mesa del despacho. Trato de apartar la imagen de mi mente, pero es imposible.

—Pues… —comienza a decir Gonzalo. Mónica posa una mano en su antebrazo y lo corta.

—Señora Rojo, su marido solo quería protegerla. Quería saber cómo hacerlo.

—Ajá —suelto. Si se piensa esta lagarta que voy a creerla, va lista.

Javier sale de su despacho y me hace un gesto para que pase.

Mi marido está a punto de seguirme, pero con la mirada le dejo claro que quiero entrar sola en el despacho de mi abogado. Lo dejo ahí con un palmo de narices. Una hora después, cuando salgo, ya se ha ido. Quizá sea mejor así. No tengo ganas de volver a mi casa con Gonzalo apestando a sexo y a perfume barato.

Mi abogado me ha dicho que, si nadie le da credibilidad a la chiflada, no habrá problema, al fin y al cabo, es su palabra contra la mía. Y si en su día no le hicieron caso, no cree que ahora se lo hagan. A menos que alguien mueva el avispero, así me lo ha dicho. Así que tengo que hablar con Gonzalo urgentemente. Antes de que

haga una estupidez. Esa visita a Mónica no me da buena espina. Y tengo un mal pálpito, quizá tenga que tomar medidas… drásticas.

CAPÍTULO 56

Laura

Estoy horrorizada. Jamás me hubiera imaginado esto. Es demasiado surrealista, demasiado terrible. Estoy llorando a moco tendido.

La había escuchado en infinidad de ocasiones hablar de su pequeño. Primero pensé que sería su hijo, aunque era extraño que nunca hiciera notar su presencia en la casa. Los niños son ruidosos y revoltosos, ¿no?

Cuando les hablaba a los demás del hijo de Candela me trataban de loca, de cruel… Así que al final di por hecho que su hijo era el perro. Hay mucha gente que considera a sus mascotas sus hijos y hablan como si lo fueran. Así que pensé que Candela era una de ellas.

Pero esto…, esto no puedo digerirlo, es demasiado para mí.

Me siento mal de pronto y no puedo evitar vomitar, pues no es para menos.

Quiero salir de esta habitación. Maldigo el haber entrado ni tan siquiera. No puedo seguir en esta casa ni un minuto más…

Aunque no puedo, no me dejan. Hay alguien en el umbral, alguien que me observa con una expresión que no sé descifrar.

—Por favor, no se lo digas a nadie… —dice de pronto la voz de Petra.

Sus facciones se hacen evidentes cuando se aproxima hacia mí.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto?

—Es una larga y triste historia. Se necesita mucho amor y comprensión para entenderla.

—Es un… Madre mía. —No puedo dejar de temblar.

—Es un bebé que nunca llegó a nacer. Murió en el vientre de su madre, nada más.

—Pero ¿qué hace ahí? ¿No crees que debería estar enterrado?

—Candela fue incapaz de soportar que su hijo se hubiera muerto en su vientre. Tuvieron que sacárselo y fue muy traumático para ella.

No tengo palabras, no sé qué responder a esto. Es un feto, un feto como disecado, no sé exactamente qué le habrán hecho. Para colmo, lleva ropita de bebé y hasta un chupete colgado en una cadena de esas de plástico.

—Desde entonces ella lo cuida, habla de él como si estuviera vivo. Todos le seguimos la corriente. Las personas que la queremos no podemos hacer otra cosa.

»Sin embargo, ese marido que tiene nunca pudo comprenderla. Y la dejó sola, mientras se dedicaba a ponerle los cuernos con todo bicho viviente.

»Incluso contigo lo hizo…

—Yo… pensé que estaban separados. No quería…, no sabía. Lo siento.

—Eso dicen todas. ¿O acaso crees que eres la única? —pregunta Petra mostrándome algo que llevaba oculto detrás, en la espalda. Un puñetero cuchillo.

Joder…

—Petra, yo me iré ahora mismo. No volverás a verme y no voy a decir nada de lo que acabo de ver en esta habitación a nadie.

—Demasiado tarde, cariño. Yo traté de avisarte, traté de hacerte entender que no podías seguir aquí.

—Por eso escribiste las notas ofensivas y ese *email*…

—Necesitaba que te fueras, que dejaras en paz a Candela. Sabía que no tenías buenas intenciones y que acabarías, como todas, traicionándola.

—Candela mató a mi hermana —gruño.

—Tu hermana se quitó la vida ella solita. Y tú eso lo sabes.

—Ella le dio el arma con que lo hizo, un puñetero trozo de cristal.

—Una hermana duele, ¿cierto? —inquiere de pronto Petra, que me está apuntando en la tripa con el cuchillo.

Es la segunda vez que esta mujer lo hace. ¿Qué más necesito para salir por patas de aquí?

—¿No respondes? Una hermana duele. Pero si duele una hermana, más lo hace una hija.

Elevo las cejas sorprendida. No puede ser, Petra es demasiado joven para ser la madre de Candela.

—Mi madre pasó años en la cárcel por proteger a su hija. Me hizo prometer que no me separaría de su lado. No pudo ser, yo era menor al igual que lo era ella. Y cuando fui mayor de edad, entendí que Marina estaba mejor con una familia de bien que conmigo, una simple sirvienta.

—¿Eres su hermana?

—Te lo acabo de decir.

—¿Tu madre fue a la cárcel?

—Me exasperas… Ya te lo he dicho, así que deja de preguntar gilipolleces.

»Mi madre es el mayor ejemplo de hasta dónde llega el amor de una madre. Marina era muy pequeña cuando lo hizo, tenía toda la vida por delante y ese desgraciado se lo merecía.

—¿De qué estás hablando?

—¿Me estás tirando de la lengua? No suelo hablar de esto, pero ahora que vas a morir, ¿por qué no darte la paz que necesitas? Siempre has sido curiosa y creo que ya sabes lo que dicen.

Petra aprieta más el cuchillo contra mi abdomen. Tengo muchísimo miedo y no quiero morir. Necesito ganar tiempo para pensar, y si ella quiere hablar, dejaré que lo haga. Si se relaja al ver que no me resisto, puede que todavía tenga una oportunidad de huir. Aunque lo veo muy difícil.

—No, no lo estoy haciendo, pero quiero entender por qué quieres hacerme daño. Yo no te he hecho nada.

—Se lo has hecho a mi hermana. Y yo por ella mato, ¿me entiendes?

Petra mueve el cuchillo y noto como traspasa la tela de la sudadera y araña mi piel. Parece que está muy afilado. ¿En serio dije alguna vez que la cercanía de un cuchillo me excitaba? Es un castigo divino, seguro.

—Si me dejas ir, no contaré nada, lo juro.

—Mira, ya estás como esa chiquita que estuvo aquí antes que tú. La que su madre busca ahora. Maldita perra, si nunca se había encargado de su hija, ella misma me lo dijo en la cocina. Me dijo: «Petra, cuánto me habría gustado que tú fueras mi madre».

Me estremezco. Petra tiene unos ojos de loca que dan pavor. Parece otra persona.

—¿Sabes qué? —prosigue—: Yo he tenido la mejor madre, la más sacrificada. Bueno, Marina y yo en realidad. Éramos felices, aunque vivíamos en un hogar humilde. Mi padre murió cuando

Marina tenía tres años, y mi madre trabajaba muchísimas horas para poder poner un plato de comida sobre la mesa para nosotras.

»Salíamos adelante como podíamos. Hasta que mi madre conoció a ese energúmeno y lo trajo a casa.

»Ese desgraciado abusó de mí —suelta Petra entre sollozos—, pegaba a mi madre y no trabajaba. Se quedaba en casa para cuidarnos, pero no lo hacía. Yo tenía doce años y él me violaba cada vez que tenía ocasión. Yo aguantaba pensando siempre en que, si se distraía conmigo, dejaría a mi hermana en paz. Me equivoqué.

»Un día lo pillé abusando de Marina y perdí la razón. Lo golpeé en la cabeza, pero era un mal bicho y ya sabes lo que dicen de los malos bichos. Se levantó, mi hermana estaba aterrada, llorando. Él le había hecho daño, lo había conseguido. Ese hijo de puta la había violado.

»Él se abalanzó sobre mí y forcejeamos. Me dijo que lo podríamos pasar en grande los tres. Me dieron ganas de vomitar.

»Lo tenía encima y de nuevo iba a abusar de mí. Arañé su rostro con todas mis fuerzas. Lo insulté. Sus manos apresaron mi cuello e intentó estrangularme. Jamás olvidaré su rostro, era el rostro del mal. Disfrutaba haciéndoles daño a dos niñas inocentes.

»De pronto, mi padrastro dejó de presionar y se apartó de mí con los ojos desorbitados.

»Intentó quitarse de encima el bulto que llevaba a sus espaldas.

»Cuando conseguí restablecerme y sentí que tenía fuerzas agucé la vista. Marina le había clavado un cuchillo de la cocina en la espalda a ese monstruo y no soltaba la empuñadura.

»Él se movía de un lado al otro, y mi hermana se mecía, pero no lo soltaba… No sé de dónde sacó las fuerzas la pobre criatura.

»Me levanté y fui a ayudarla a acabar con él. Las dos lo hicimos; mi madre pagó por ello.

»Nunca pudo quitarse la culpa por habernos dejado al cuidado de un ser tan vil.

»A mí me llevaron a un orfanato hasta que cumplí la mayoría de edad. A Marina la acabó adoptando una familia con posibles. No sé ni cómo lo hicieron; mi madre dice que ella no firmó nada. Se la llevaron lejos y no supimos de su paradero hasta muchos años después, cuando se convirtió en Candela Rojo. Fue entonces cuando vine aquí y me acerqué a ella.

»Ni siquiera me recordaba. Yo a ella sí y eso era lo que contaba. Preferí que mi madre se mantuviera al margen. No es fácil proteger a Candela Rojo.

»Además, a mí se me rompía el corazón cuando veía penar a mi pobre hermana por no poder albergar vida en su vientre. No era la primera vez que ese desgraciado abusaba de ella, y le hizo daño, tanto que siempre he creído que por ello mi hermanita no puede concebir.

Me quedo petrificada mientras escucho la desgarradora historia de Petra, Marina y Feli. Siento empatía por ellas, pero también miedo, porque mi captora se ha callado y ahora lame las lágrimas que se le cuelan en la comisura de sus labios. Ya ha terminado con su historia; sé que ahora voy a morir.

CAPÍTULO 57

Candela

Salgo del edificio donde se encuentra el despacho de mi abogado; Gonzalo está sentado en su deportivo. Habla por teléfono de manera acalorada.

Hakim no está en mi coche, estupendo. Encima no llevo las llaves y ha comenzado a llover.

Busco a mi alrededor alguna cafetería donde refugiarme y poder llamar a mi chófer/mayordomo.

Localizo un bar de mala muerte, es el único que hay abierto en este lugar. En serio, «Bar Manolo», ¿se puede ser menos original?

Entro en el local y miro a todas partes. Solo hay hombres sentados frente a una cerveza. Menudo panorama, ¿es que acaso nadie trabaja en este sitio?

El camarero se me queda mirando un poco extrañado, pero se limita a preguntarme qué deseo.

—Un *chai latte*, por favor.

—¿Un qué?

—Un té chai con leche.

—Me he *quedao* igual, guapa. Lo único que tengo es manzanilla, si te vale…

—Pues sí, una manzanilla.

Me arrepiento de inmediato. Creo que no son muy limpios en este antro a juzgar por las vitrinas donde parece que nadie haya limpiado jamás el vidrio y no se ven ni las tapas expuestas en ellas.

El camarero me pone delante una taza sin platito. Bueno, el platito lo ha utilizado para tapar la taza.

Observo con detenimiento la taza y he de reconocer que está muy limpia, cosa extraña tal y como está este lugar, que huele a fregona macerada en agua durante al menos un par de días.

Espero a que se enfríe lo suficiente y me la bebo a sorbitos hiperactivos. Todo sea por largarme de aquí, cuanto antes mejor.

Saco el móvil y llamo a Hakim. Comunica.

—¡Será posible! —exclamo.

Le envío un wasap inquisidor a mi criado. Se queda con las dos uves en gris, ahora solo falta que lo lea, estoy segura de que vendrá aquí cagando leches.

Pasan los minutos y no cambian a azul. Llamo de nuevo; sigo bloqueada.

Lo mataré. Se supone que le pago un salario digno, así que tiene que estar disponible. Punto.

Con resignación, llamo a un taxi para volver a casa. No me gustan, pero no me queda otro remedio que hacerlo.

Espero impaciente a que llegue. Sin embargo, en lugar del puñetero taxi, lo que se para a mi altura es un coche gris metalizado. Frunzo el ceño, extrañada.

De él salen dos hombres, uno de ellos lleva el uniforme de los Mossos d'Esquadra. Oh, oh…

Me giro como si la cosa no fuera conmigo y comienzo a caminar a paso vivo hacia el bar. No he dado ni diez pasos, cuando uno de

los policías pronuncia mi nombre y lo siguiente que hace es decirme que tengo que acompañarlo a comisaría.

CAPÍTULO 58

Laura

Solo tengo dos opciones, vivir o morir, la segunda no me gusta, así que tengo que intentar ir a por la primera, aunque mis posibilidades sean escasas.

Una mujer más mayor que yo, pero con una complexión más fuerte, sumándole a ello que tiene un cuchillo… Además, estoy arrinconada entre la dichosa cuna y la ventana. Quizá pueda aprovechar eso en mi favor.

—Ahora sabes toda nuestra historia y no te valdrá de nada decir que guardarás silencio. Para tu información, Marina no sabe nada, era tan pequeña que se olvidó. Así que, para ella, tengo que seguir siendo cocinera y tabernera del pueblo.

—Me voy a ir ahora mismo de esta casa y jamás sabrás de mí. Lo juro.

—¿Qué te acabo de decir? Que te ahorres juramentos que no te crees ni tú.

»Además, te voy a decir lo que vas a hacer. Sin ninguna tontería, vas a caminar hacia la puerta, luego me acompañarás a donde yo te diga.

—¿Y después qué? ¿Me vas a matar?

—Mmm… Sí, así es. Te voy a matar. Pero de ti depende que sea una muerte rápida e indolora, o una muy dolorosa.

—¿No puedes, simplemente, dejarme ir?

—Deja de repetirte. Ya te he dicho que no, joder.

—Vale, vale… Ya me callo.

—Muy bien. Ahora levanta las manos y comienza a andar.

Hago lo propio y doy dos pasos hacia delante. Petra me agarra de la cintura mientras, con la otra mano, me amenaza con el cuchillo.

Salimos de la habitación del bebé nonato de Candela y caminamos por el pasillo. Mi cabeza va a muchas revoluciones ahora mismo y no soy capaz de pensar con claridad. El miedo me paraliza.

—Ahora bajaremos por las escaleras. Espero que no se te ocurra hacer ninguna locura, o te juro que te dejo seca ahí en medio.

«¿Qué más te da, hermanita? Si te va a matar igual, sé valiente», susurra la voz de mi hermana.

Desciendo el primer peldaño, luego el segundo. No sé cómo hacerlo sin que el puñetero cuchillo acabe clavado en mi vientre.

Me parece muy difícil esto ahora mismo. Es tan fácil en las películas y en las novelas de suspense. Pero no es real, llevar un arma blanca apoyada en la cintura no es plato de buen gusto y creo que puede nublar la mente de cualquiera.

Sigo pensando en cómo quitarme a Petra de encima cuando, como buena patosa, mi pie resbala y me voy al suelo.

Petra, que se ha asustado, me mira dubitativa. No sabe lo que voy a hacer. Yo sí lo sé. Me lanzo como una leona sobre mi presa, la cocinera, y le muerdo la pantorrilla con todas mis fuerzas. Da un alarido, y yo intento levantarme. Ella clava el cuchillo cerca de mi cuello, en el músculo trapecio. Siento un dolor lacerante, pero la adrenalina no me deja pensar en eso ahora. Así que saco fuerzas de donde no las tengo y empujo a Petra por las escaleras. Yo me voy con ella en la caída, dándome varios golpes, aunque no los

suficientes como para quedar fuera de combate, no así Petra, que parece que se ha dado en la cabeza, está tendida en el suelo y no se mueve, espero no haberla matado.

Sin pensármelo mucho, corro hacia la salida. Trato de abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Hija de puta. Vuelvo hacia donde se encuentra Petra, inconsciente. Ya no está.

De súbito, siento una punzada en el cuello y unas palabras en mi oído: «La que no miran, esa eres tú. Puede que ahora que vas a morir lo hagan». Y veo el cuchillo de Petra deslizarse por mi garganta de lado a lado.

CAPÍTULO 59

Candela

Es tarde cuando llego a casa. Esos malditos policías me han preguntado incoherencias durante horas, y les he dicho todo lo que podía decirles sobre Carla Montes: que se fue a Argentina y me dejó tirada. Sí, estaba escribiendo el que podría haber sido mi mayor éxito, pero la señorita decidió largarse y dejarme con un palmo de narices. Todas se van, y estoy hasta donde no puedo decir de su ingratitud.

Las dejo a su bola, no las molesto. Respeto su creatividad y les pago bien, ¿qué más quieren? Son ellas las que firman el contrato, las que se ciegan con los ceros en su cuenta corriente sin tener en cuenta que al final tendrán que tragarse su ego y no ver su nombre en ninguna parte del puñetero libro.

He pensado muchas veces en escribir yo mis propias novelas pero, cuando lo he intentado, mi falta de talento ha salido a relucir de inmediato. Ni siquiera las ediciones que hago de los manuscritos que escriben para mí pasan el filtro de mi editor, que suele hacerme borrar ciertas cosas. No sabéis cómo duele darse cuenta de que siempre me hace quitar lo que he escrito yo.

Así que no me queda otro remedio que contratar a escritoras ávidas de éxito, de esas que se dejan la piel en sus libros, para que escriban los míos.

Siempre suelo buscar un perfil muy específico de autora. Hay cantidad de imitadoras de Candela Rojo. No todas son buenas. Algunas son mediocres. Si tengo una cualidad, es reconocer el talento ajeno para la escritura, también la semejanza con la pluma de la verdadera raíz de toda mi carrera. Vero.

Por otra parte, está el hecho de que la escritora esté pasando por una mala situación económica. Eso rápido lo averigua un detective que contrato para ello.

Siempre he sabido acertar, encontrar la mejor opción. El problema es que estas autoras ávidas de notoriedad son un verdadero problema. Por suerte, se acaban largando cuando la cosa se pone tensa.

Lo que no entiendo es cómo no me di cuenta de que Laura era la hermana de Vero. Si yo misma la vi en varias ocasiones cuando solo era una mocosa. Pero es que ha cambiado tanto… Además, el apellido Peña no es que sea muy exclusivo. Así que ni cuenta me di. Mal hecho.

Quizá lo mejor sea que se vaya por donde vino. Ya ha causado bastante daño con el puñetero libro y su romance con mi marido, que ha dado su fruto y no puedo quitarme esa idea de la cabeza. ¿Por qué ella sí, y yo no? Ella es una mujer anodina y olvidada. Yo soy Candela Rojo, una autora que arrasa en ventas. Una ganadora.

Vale que fui yo quien la buscó de nuevo… Pero ¿quién me iba a decir a mí que la madre de Carla se montaría semejante película?

Entro en mi casa, y el aroma de la comida que hace Petra se cuela en mis fosas nasales, haciéndome salivar. Estoy famélica. Lo último que me eché al cuerpo fue esa maldita manzanilla en el Bar Manolo.

Me dirijo a la cocina y saludo a mi empleada.

Ella me sonríe con dulzura, como siempre, y me dice que enseguida estará lista la cena.

Me hace varias preguntas. Porque ve que estoy hecha un asco y se preocupa. Es como una hermana mayor o una madre. Lo que una vez tuve hace tanto tiempo…

—Oye, ¿y el señor?

Petra niega con la cabeza.

—No sé nada. Por aquí no ha venido.

—Ajá.

—Señora…, le dejaré la cena en la mesa. Los platos tapados y el postre. Tengo que irme más pronto hoy, si puede ser.

La observo con los ojos entrecerrados.

—¿Y eso?

—Mi marido no se encuentra muy bien. Me ha llamado. Tengo que llevarlo a urgencias.

Pongo los ojos en blanco y le respondo una frase hecha que suelto por compromiso: «Que no sea nada».

Ella me da las gracias y está a punto de salir, cuando veo que lleva el tobillo vendado.

—Uy, Petra, ¿qué te ha pasado?

—No es nada. El mordisco de un perro.

—¿No me digas que te ha mordido Baxter?

—Oh, no. Ha sido en el pueblo. Pasé a ver a mi madre y había un perro sin atar.

—¿De algún vecino?

—Ah, no. De un turista.

—¿Y vas a denunciar? No se puede llevar los perros sueltos…

—Lo sé, pero es una tontería.

Mi empleada está nerviosa. Juro que noto en su expresión y en su forma de hablar algo raro. Como si estuviera improvisando. Por eso la pincho. Me encanta ver a dónde llega la gente cuando miente.

Decido dejarla en paz antes de que le dé un infarto y le pregunto por Hakim. Otro que ha desaparecido misteriosamente.

Antes de salir por la puerta me suelta: «Ah, Hakim ha tenido que viajar con urgencia a su país. No sé qué me ha dicho de una tía suya o algo así».

La miro como si hubiera visto a un fantasma. Hakim siempre elude viajar a su país. Es más español que yo, mi mayordomo-chófer marroquí. Además, nació aquí… Otra cosa rara. Hoy es un día raro en sí mismo. Todo se sale de mi rutina habitual, de a lo que estoy acostumbrada.

Al fin, cuando Petra se marcha, subo a ver a mi pequeño.

Nadie entiende que no fuera capaz de dejarlo solo en un ataúd, bajo tierra. Lo siento por ellos. Es mi hijo, el único que tengo.

Gonzalo me descubrió hace un tiempo acunándolo y se marchó de la casa. Decía que no aguantaba más.

Tuve que ir a que me dieran una solución, porque mi bebé cada vez tenía peor aspecto. Les dije a todos que iban a operarlo y no era del todo incierto. Acudí a un tío que encontré en la *deep web* para que le realizara un tratamiento que lo haría durar mucho tiempo a mi lado. Dejó de oler tanto. Ya no se deteriora.

Ahora es solo mío. Nadie me separará jamás de él.

CAPÍTULO 60

Candela

Después de acunar a mi bebé y esperar a que se duerma, lo acuesto de nuevo en su cunita. Al retirar el edredón se me revuelve la tripa: de nuevo hay bichos.

—¡Fuera, malditos parásitos! —exclamo mientras golpeo el colchón con un cojín.

Estoy harta de que se suban sobre mi pequeño. Además, se suponía que no tenía que haber ninguno, según lo que me dijo el embalsamador.

Tendré que hacerle una nueva visita. Creo que le pagué suficiente como para que hiciera su trabajo correctamente.

Cambio las sábanas y vuelvo a dejarlo en su cunita. Lo cubro con un edredón limpio y meto la ropa sucia en una bolsa de basura. Suerte que siempre las tengo en el armario, por si acaso. Me dan muchísimo asco los insectos y mucho más los gusanos.

Me aproximo a mi bebé para acariciar su cabecita por última vez y suspiro. De súbito, un haz de luz se cuela fugazmente por la ventana y no puedo evitar mirar de dónde viene.

Descorro la cortina un poquito y veo a lo lejos a alguien. Está muy cerca del cobertizo donde tiene sus herramientas el jardinero.

Aguzo la vista, pero no consigo ver con nitidez. A estas horas de la noche, necesito mis gafas.

Achino los ojos para ver mejor. Es una mujer y trata de meter algo en el cobertizo.

Esa coleta desgreñada… No puede ser otra persona, es Petra. Ahora entiendo por qué estaba tan rara. ¿Pero qué narices está metiendo en mi cobertizo?

El corazón se me acelera y tengo un mal pálpito. He de ir a ver qué ocurre.

Salgo de la habitación de mi pequeño y cierro la puerta. Guardo la llave en su escondite y corro por el pasillo hasta llegar a las escaleras. Las desciendo con rapidez y, cuando estoy a punto de salir por la puerta principal, me encuentro a Gonzalo, que acaba de llegar en unas condiciones deprimentes.

—Candela…, tenemos que hablar —suelta arrastrando las palabras.

—No creo que sea el momento. Mira cómo vienes —lo reprendo.

—Me debes una explicación.

—Ahora no puedo, pesado. Además, estás borracho; es imposible razonar contigo cuando lo estás.

—Es que me he enterado de algo y creo que tenemos que poner fin a esta pantomima.

—Que no.

Gonzalo me agarra por los hombros y trata de empujarme dentro de la casa.

—¡Que me dejes, cabrón! —exclamo mientras me resisto.

No me cuesta mucho librarme de él, está tan borracho que pierde el equilibrio y se cae de culo.

Aprovecho para salir corriendo hacia el cobertizo. Mientras me aproximo, compruebo que ya no hay luz y que Petra tampoco está aquí. El lugar está tan oscuro y tétrico como es habitual.

Sin embargo, en cuanto llego a la pequeña caseta de madera, distingo una luz casi extinta en el interior. Miro por la ventana y ahogo un grito.

Dentro está Petra, arrodillada sobre un bulto sangrante que no sé identificar. Tiene un cuchillo en una mano y se dispone a… ¡Dios mío!, es un abdomen humano. Y esa sudadera la conozco. Joder, es Laura.

CAPÍTULO 61

Laura

Abro los ojos y solo veo listones de madera. La luz es tenue y hay alguien conmigo. Me está bajando el pantalón y el tanga. Dios, no puedo ver de quién se trata.

Trato de alzar la cabeza, pero no es posible, es como si estuviera desconectada del resto de mi cuerpo.

No sé decir si siento o no dolor y mucho menos dónde. Creo que estoy bajo el efecto de alguna droga. Creo que he muerto y este debe de ser mi purgatorio.

Noto una mano fría en mi vientre. Respiro tranquila por un milisegundo —mi cuerpo sigue sintiendo, por ende, no está totalmente desconectado de mi cabeza—, al siguiente vuelvo a ser presa del terror más absoluto.

De súbito, escucho la voz de Candela. Grita y le reprocha a mi captor que me esté dañando.

—No es lo que parece, señora. Todo tiene una explicación —dice la persona que me ha capturado, que no es otra que Petra.

Los recuerdos regresan a mi mente embotada. Petra me contó que era la hermana de Candela y que haría lo que fuera por protegerla. Hasta matar. Me dijo que me mataría, y mi último recuerdo, antes de desmayarme por la impresión, fue el filo de un cuchillo deslizándose por mi garganta.

Trato de mover la mano, de llevarla a mi cuello, aunque es inútil, no puedo.

—Deja ahora mismo a Laura —masculla Candela.

No puedo verla, pero el sonido de una herramienta, imagino que una pala o similar, me sobrecoge.

—No-no-no es lo que parece. De verdad, señora.

—Voy a llamar a la policía.

—No, no puede hacer eso.

—Sí, sí que puedo. Acabo de encontrarte tratando de asesinar a mi empleada. ¿Qué clase de monstruo eres?

—No soy un monstruo, solo te protegía.

—¿A mí? ¿Matando a una persona?

—Sí, matando a una persona, tal como un día lo hiciste tú hace treinta años, Marina.

Un silencio expectante se instala en la estancia y únicamente lo rompe un chillido de Candela.

—No… ¿Cómo sabes?

—¿Es que tanto he cambiado para que ni tan siquiera me reconozcas? Soy yo, María Petra. Me llamabas Mari cuando eras pequeña.

—No, eso no es verdad. Estás mintiendo.

—Mamá fue a la cárcel por ti. Le diste tantas puñaladas a nuestro padrastro que era imposible alegar defensa propia.

—No…, yo no.

—Sí, tú sí.

—¿Y dónde está ella? ¿Dónde está mi mamá? —pregunta Candela con un tono infantil, entre sollozos.

—La mataron en la jodida cárcel. Acabaron con ella por una rencilla con otra presa que le hacía la vida imposible.

—Eso es mentira. Tu madre es Feli, la tabernera y mi antigua cocinera.

—No, cariño. Felipa solo es mi madre adoptiva. A ti también te adoptaron. No sé por qué decidieron que debían separarnos, sin embargo, ahora estoy aquí y siempre cuidaré de ti, como he hecho durante tanto tiempo. Tal y como le prometí a nuestra madre.

—Pero os parecéis…

—Pura casualidad, además, la gente ve lo que quiere ver. Feli no es mi madre biológica. Y tú eres mi hermana pequeña.

—¿Por qué estás haciéndole daño a Laura?

—Porque quería dañarte. No ha dejado de intentar hacerlo desde que puso un pie en tu casa. Encima ha tenido la poca vergüenza de dejarse preñar por tu marido.

—Lo sé, y por eso no puedes acabar con ella. La necesito.

—Encontrarás a otra escritora. Siempre lo haces.

—No. La necesito a ella. No puedes matarla.

—Marina, déjalo ya. Su hijo jamás llegará a nacer y tú ya tienes a tu pequeño.

—Solo hay que esperar. Si quieres, puedes matarla cuando dé a luz. Pero no ahora…, no ahora.

Ay, Dios, que Candela sabe que estoy embarazada y lo que quiere de mí es a mi bebé. No voy a permitirlo, ni en broma.

Dejo a las dos locas desvariando —se nota que tienen la misma sangre— y trato de hacer que mi cuerpo responda. Primero las manos, luego los pies. Estoy en una postura antinatural, creo.

Me arrastro e intento levantarme. Solo veo el techo, hasta que mi cabeza cae hacia delante abruptamente. Veo a las dos hermanas abrazadas. Menudo par de psicópatas. Tengo que salir de aquí.

Gateo hasta conseguir pisar con mis manos la tierra del exterior. No tengo mucha fuerza y mis brazos fallan. Me digo a mí misma: «Podré hacerlo, pediré ayuda». No es fácil. En un acopio de fuerzas que no sé de dónde sale, consigo ponerme en pie y camino. Veo el parque y la casa. No puedo ir hacia ella, nadie puede ayudarme allí salvo Hakim o Gonzalo, y ninguno de los dos está.

Pienso en ir dirección a la carretera, pero se encuentra muy lejos. Necesito un teléfono. El mío estaba en mi bolso y no sé qué habrá sido de él.

Solo consigo identificar la casa. Creo que voy a tener que jugármela. Allí puedo hacer una llamada a emergencias con el teléfono fijo. Aunque he de darme prisa, cuando esas dos descubran que me he marchado, vendrán a por mí. No puedo permitir que eso ocurra.

Camino torpemente hacia la casa. Estoy descalza y las piedrecillas del camino se me clavan en los pies.

De súbito, todo se vuelve negro. ¿Qué demonios? Unos puntitos brillantes rompen la oscuridad que me invade. ¿Acaso habré muerto?

Abro y cierro los ojos y veo un punto rojo que atraviesa el espacio negro y un leve zumbido lejano.

Son el cielo, las estrellas y un avión.

Soy consciente de una macabra realidad. Me han rajado la garganta y creo que mi cabeza pende de un hilo. Alzo las manos y trato de colocármela, de hacerla mirar hacia el frente. No puedo.

Sigo caminando. Tengo que conseguirlo; he de hacerlo.

Estoy mal, muy muy mal. Creo que me estoy muriendo y es cosa de minutos o segundos.

Tengo tantas ganas de llorar.

No puedo permitírmelo. De ello depende vivir o morir.

—¿Qué cojones? Dios mío… Apártate de mí, seas lo que seas —dice la voz gangosa de ni más ni menos que Gonzalo.

Oh, no. No puede ser que, ahora que necesito tanta ayuda, este desgraciado esté como una cuba.

Trato, igualmente, de hacerme entender. Su voz se aleja mientras él despotrica. No puede ser, no es capaz de darse cuenta de que no soy un monstruo ni ninguna criatura salida del Averno, como le escucho decir. Soy una mujer, la madre de su hijo, muy malherida.

La voz de Gonzalo se aleja cada vez más, y siento que mi única oportunidad de sobrevivir ha fracasado.

CAPÍTULO 62

Candela

No sé por qué estoy abrazada a Petra. Aunque dice que es mi hermana, no consigo sentir nada más por ella que rencor.

Durante años, he reprimido mis recuerdos más sórdidos. Pero hay uno que decidí olvidar sobre todas las cosas y es a ese indeseable que mi madre trajo a casa un tiempo después de la muerte de mi padre.

Sé que lo maté y no me arrepiento. Como tampoco me arrepiento de haberlo hecho con Daniel. Si lo hubiera dejado vivir, Candela Rojo jamás hubiera existido.

Ahora que sé por qué mi cocinera se implica tanto en su trabajo; no sé si voy a ser capaz de dejarla seguir a mi lado. No puedo asimilar así sin más que es Mari, mi hermana mayor; la que fue un día mi ejemplo a seguir. Menudo ejemplo, por Dios.

Mamá fue a la cárcel para que yo tuviera una oportunidad, siempre lo supe. Le estaré agradecida eternamente. Sin embargo, creo que las cosas se podrían haber hecho de otra forma. Podríamos haber escondido el cadáver de mi padrastro y mudarnos. Nadie lo hubiera echado de menos. Pero ella tuvo que llamar a la policía y, cuando vio que no creían su versión de que lo mató en defensa propia, decidió asumir las consecuencias de un acto que ni siquiera había cometido.

Nunca me reprochó nada, pues nunca más la vi.

Mi recuerdo es el de una mujer cansada, con varias piezas dentales de menos a causa de las palizas de mi padrastro y un terrible deterioro.

No siempre fue así. Había una foto en el recibidor de nuestro austero piso de cuando ella tenía dieciséis años. Era preciosa. Es la imagen que me gusta recordar y la que se irá conmigo a la tumba.

Extingo el abrazo y dejo que Petra se seque las lágrimas. De pronto, ella se lleva la mano a la boca, sorprendida porque Laura no está. No estoy ahora mismo ni para la bromita de la canción de Nek.

—¿Cómo puede ser? Estaba a punto de palmarla…, si no es que la había palmado ya —dice Petra moviéndose nerviosa por el cobertizo.

Miro a todas partes. No entiendo cómo se ha podido largar de aquí sin que la viéramos ni Petra ni yo. Sí, si lo entiendo, estábamos en un momento ñoño de reencuentro familiar que nos ha nublado la vista a ambas. Mátame, camión.

Si consigue pedir ayuda, puede que diga que no la socorrí y que quería robarle a su bebé. Lo dije, lo dije delante de ella, ¿verdad?

—Más te vale que aparezca, Petra…

—Yo no tengo la culpa de que se haya ido. Si no me hubieras interrumpido, ahora estaría muerta y enterrada, hermanita.

—No me llames así. Yo no soy tu hermana. Prometiste protegerme y me dejaste sola. Así que será mejor que te calles.

—Eso es muy injusto, yo era menor de edad…

—Sí, es posible. Pero podrías haber venido a buscarme cuando cumpliste los dieciocho.

—¿Para qué, Marina? Tu vida era perfecta. Eras popular, tenías buena ropa, un plato de comida en la mesa todos los días y me habías olvidado. Lo sé porque, a diferencia de lo que crees, sí fui a buscarte.

»Siempre he permanecido a tu lado en la sombra. Y un día pensé en que sería mucho mejor estar más cerca. La casualidad también hizo su papel, pues mi madre adoptiva entró a trabajar en esta casa. El resto ya te lo debes imaginar: hice lo posible por ayudar a Felipa a abrirse la taberna para así acabar ocupando yo su lugar en tu casa. No pusiste ningún problema.

Me encojo de hombros.

—Sí que tuve un problema cuando se marchó tu madre. Ella era perfecta, y a ti te costó un poco adaptarte a la casa.

—Pero lo hice y aquí estoy.

—Muy bien. Todo eso está muy bien. Ahora démonos prisa, tenemos que encontrar a Laura. Es imposible que haya ido muy lejos.

—¿Qué vas a hacer si la encuentras?

—¿Tú qué crees? —digo con los brazos en jarras y tono mordaz.

En el rostro de Petra se dibuja una expresión que da escalofríos. La conozco muy bien, la he visto en el espejo otras veces.

CAPÍTULO 63

Laura

Estoy corriendo, mi corazón va a mil por hora y una masa negra informe me persigue. Es como una gran lengua gigante. Se podría decir que es mi pasado, una sombra pegajosa y alargada.

Me falta el aire. No puedo más. ¿Pero cómo puedo correr? ¿No se suponía que estaba malherida?

Llevo una de mis manos al cuello, no hay nada. Ningún corte, está intacto. Sin embargo, intento hablar y no puedo. Escucho pitidos a lo lejos. Pitidos y voces.

Una me tranquiliza, tiene un suave acento árabe. Noto cómo me agarra de la muñeca y me dice: «Tranquila, Laura. Ya estás a salvo».

De súbito, estoy en un lugar blanco y enorme. Yo soy un punto negro en el centro. Un punto insignificante. Hace frío y de fondo suena una música tétrica que cantan unas niñas y que he visto varias veces por internet. No tengo ni idea del título ni de cómo se llama el siniestro coro de mocosas.

No sé qué hacer. Aunque no puedo quedarme en medio de la nada; he de encontrar un lugar menos inquietante.

Camino sin rumbo y, por un momento, cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, estoy delante de una casa. Es un chalé adosado de obra vista. La puerta principal se abre y sale una mujer de unos

cuarenta años. Su rostro me es demasiado familiar. Ahogo un grito: es Vero.

No es una adolescente como la última vez que la vi. Ha crecido, se ha hecho una mujer y vive en esta casa típica de familia ideal.

Me saluda con la mano y me anima a que entre.

Hago lo propio y me sorprende el familiar aroma de las galletas de jengibre que nos hacía mi madre por Navidad.

—Ven, siéntate —dice. Yo obedezco, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Espero pacientemente a que Vero me dé una explicación en plan: «Esto es como el final de los Serrano». Pero en lugar de eso, ella se sienta frente a mí, me sonríe y luego señala algo que debo tener detrás.

Me giro y veo una cola enorme de gente. Camino por el lateral de la cola, a riesgo de que me caiga la del pulpo por colarme. Nadie dice nada. No parecen verme.

Llego a la mesa donde hay una mujer firmando libros. Alza la mirada, y no puedo creer quién es. Soy yo…, estoy tan alegre y llena de vida. Soy yo libre de cargas del pasado, de rencores, de venganzas absurdas. Soy la escritora que siempre quise ser.

Mi otra yo me mira, sonríe y me guiña un ojo.

Creo que soy feliz, si estoy muerta y este es el cielo, puedo morir en paz…

Un tirón abrupto, otro. Dolor, confusión, angustia, pitidos…, olor a hospital.

«Abre los ojos, Laura».

CAPÍTULO 64

Laura

Los párpados me pesan. Hay una luz cegadora. Tengo la vista nublada y pestañeo para aclararla. Dios, estoy en un hospital. Y hay alguien conmigo en la habitación.

Trato de voltear la cabeza. No puedo. Siento algo en mi cuello, algo rígido. Solo puedo mover los ojos.

Compruebo que el resto del cuerpo me funciona y sí, mis dedos tienen algo de movilidad, mis pies también. Aunque los noto embotados.

—Laura… Laura.

Cierro los ojos y suspiro. Hakim está conmigo.

Intento responder, pero no puedo.

Él aproxima su boca a mi oído y susurra palabras tranquilizadoras con su voz varonil y a la vez suave.

Necesito preguntarle qué ha ocurrido. Cómo he llegado aquí, y qué ha pasado con Candela y Petra.

Trato de hablar, pero es muy difícil. Hago un esfuerzo soberano por hacerlo. Consigo balbucear algo que Hakim no puede entender. Me insta a que me calme, aunque yo no quiero calmarme. Necesito hablar, denunciar a la policía a esas dos arpías. A Petra por intentar

matarme, a Candela por no ayudarme y decirle a su hermana que por qué no me mataba más adelante para quitarme a mi bebé.

¿Y qué hay de Gonzalo? Me da igual que estuviera borracho.

Ese hombre me pidió matrimonio hace solo unos días. Estuve a punto de decirle que sí, que me casaría con él, pero unos oportunos golpes en la puerta me libraron del peor error de mi vida. Benditos sean.

Todavía recuerdo cómo retrocedía. Como si estuviera ante un bicho gigante que lo amenazaba. Ni siquiera se paró a mirarme, solo se horrorizó y salió corriendo. Menudo cobarde.

Estoy decepcionada, aunque tampoco me importa demasiado ahora mismo. Lo que quiero es que Petra pague por lo que me ha hecho y, a su vez, Candela tenga por fin lo que merece. Al fin y al cabo, la escuché decir que me necesitaba para adueñarse de mi bebé. Vale que no lo dijo con esas palabras, pero Petra sí, y ella ni rechistó.

—Poooicía —balbuceo como puedo.

Es todo un logro poder decir algo después de…, madre mía, recuerdo cómo mi cabeza estaba casi separada por completo de mi cuello.

—Espera un momento. Llamaré a la enfermera.

—No. Po…

—Tranquila, Laura. Estás a salvo. Llamaremos a la policía. De hecho, ya han estado aquí y estaban esperando a que despertaras. Pero ahora lo mejor será que avisemos a los médicos.

—Sí —digo un poco más convencida.

Hakim toma mi mano y la aprieta levemente.

—Estoy muy contento de que todo haya salido bien.

Le lanzo una mirada interrogante.

—La operación. Han sido muchas horas. Hemos volado en helicóptero, ¿te lo puedes creer?

De pronto, escucho un pequeño chirrido y los pasos de al menos dos personas.

En mi campo de visión se dibuja el rostro de un hombre de mediana edad, con el cabello entrecano y mirada afable.

—Hola, Laura. Primero de todo, ¿cómo se encuentra?

—Bien.

—Me alegro. También de que pueda hablar un poquito, dada la magnitud de las heridas.

—Cuello.

—Sí, hemos unido de nuevo la cabeza al cuello si es lo que quiere saber. Es un milagro que haya salido tan bien. Se nota que es usted fuerte, muy fuerte.

—¿Podré andar?

—No la engañaré, todavía no podemos saberlo con exactitud. Llegó usted muy malherida. Sin embargo, creo que lo sabremos muy pronto. Ahora que ha despertado, todo será más fácil.

—Policía.

—Sí, la policía está aquí. Pero yo mismo les he dicho que tendrán que esperar. Acaba de despertar y es mejor que no haga esfuerzos ahora mismo.

—No…, quiero hablar. Policía.

—Muy bien, no se altere. La examinaré y luego los dejaré pasar a verla. ¿De acuerdo, Laura?

—Sí.

El doctor y una enfermera le dicen a Hakim que salga de la habitación y hacen comprobaciones rutinarias. Yo respondo y

obedezco a todas sus instrucciones.

Unos quince minutos después, me quedo sola en la habitación y los fantasmas se apoderan de mí. El miedo ha vuelto.

Recuerdo el dolor, la angustia, el pánico a morir. Suspiro, ahora estoy a salvo, pero ¿por cuánto tiempo?

Un hombre de unos cuarenta años, bastante atractivo y serio, se presenta como el sargento Vílchez de los Mossos d'Esquadra. Su compañera es la caporal González. Es rubia, de gélidos ojos azules.

El sargento me pide que le explique lo ocurrido. Como el médico me ha incorporado un poquito, yo le pido que me proporcione papel y bolígrafo. Hablar me cuesta un mundo y necesito decir muchas cosas. Mis manos están bien y mi mente fresca como una rosa, así que hago lo que mejor sé hacer: escribir.

Describo mi fatídica noche y la conversación entre las dos terribles hermanas y su reencuentro macabro.

Cuando termino, ambos policías leen mi escrito y se miran de un modo que no me gusta ni un pelo.

—¿Qué ocurre? —pregunto con mi voz gangosa.

—Laura. Ha ocurrido algo que necesito que nos aclare.

—He dicho todo…

—Mire, como veo que hablar supone un esfuerzo enorme para usted, le iré haciendo preguntas. Levante la mano si es un sí, cierre el puño si es un no.

—Sí.

—Ha dicho que Petra, la cocinera de su jefa, y esta son hermanas. ¿Cierto?

Hago el gesto para decir que sí.

—Que trató de matarla a usted y, la última vez que la vio, estaba abrazada a la señora Candela Rojo.

—Así es —balbuceo sin tener en cuenta el código de las manos.

—No fuerce la voz, Laura. De verdad, puede contestar como le he indicado.

Pero yo estoy tan enfadada, tan indignada por lo ocurrido, que no puedo más que intentar hablar. Es una necesidad imperiosa que no sé de dónde sale. Incluso he pasado por alto, en mi empecinamiento, lo más importante: a mi bebé.

—Mi bebé… —digo sin venir a cuento.

—En cuanto terminemos, avisaremos al médico. Ahora necesito que responda a mis preguntas. Son muy importantes para esclarecer todo este asunto.

—Be-bé…

El sargento mira a su compañera, y esta sale de la habitación. Momentos después vuelve con el médico de nuevo, que me dice que mi bebé está bien. Que disculpe por no haberme dicho nada antes. La verdad es que tengo delito, no me había acordado de él. Ni siquiera ha nacido, y ya soy una pésima madre.

Nos quedamos a solas otra vez los dos policías y yo. El sargento sigue con sus preguntas, y yo contesto a cada una de ellas. Al fin consigo dejar constancia de todo. Me agobio al responder con la mano, aunque quizá sea lo mejor.

Mi ansia por contárselo todo a la policía viene del miedo a morir que nace de mi ser. Todavía no sé cómo estoy viva, hoy puedo decir alto y claro que existen los milagros. Pero ¿quién me dice a mí que no puedan complicarse mis heridas? ¿Quién me dice que no voy a morir en las próximas horas, días o semanas? No, he saciado mi necesidad de hablar y ahora puedo respirar tranquila.

—Verá, señora Peña, voy a ser franco con usted. Hemos hablado con la señora Rojo y ella nos ha contado una versión ligeramente diferente a la suya.

No puede ser, ya estamos…

Trato de negar con la cabeza, pero no puedo. Digo un «no» alto y gangoso.

—No se altere. De verdad, es lo último que queremos —dice la caporal y, de inmediato, le dirige una mirada reprobatoria a su superior.

—Verá, la señora Rojo coincide con usted en lo que Petra Marín le hizo. Sin embargo, ella dice que no le quedó más remedio que seguirle la corriente a su empleada para que usted tuviera una oportunidad de huir.

—Falso… Mentira.

Estoy muy enfadada. ¿Cómo se ha atrevido a decir semejante embuste? Ella estaba tan feliz, solo le jodía que Petra intentara acabar conmigo por puro egoísmo, para quedarse con mi hijo.

—No, señora. No es mentira. Es más, la señora Rojo es una víctima, como usted.

—¿Víctima? ¿A qué se refiere?

—Es una víctima de violencia machista.

—¿Cómo? ¿Gonzalo?

—El señor Gonzalo Beltrán está detenido por complicidad con Petra Marín. Ellos lo planearon todo.

—No… Mentira.

—La señora Rojo trató de defenderla, de impedir que Petra Marín fuera tras de usted y la rematara. En el forcejeo, Petra murió de forma accidental al golpearse la cabeza. Y el señor Peña intentó matar a su esposa, al ver que esta había acabado con su cómplice.

—¿Y la ha creído? Mentira.

—No, señorita Peña, hemos examinado minuciosamente la escena del crimen y todo cuadra. La señora Rojo dice la verdad.

Los nervios se apoderan de mí. No puede ser. ¿Pero qué cojones le pasa al mundo con esta tía? Es una ladrona, una impostora, una asesina, una desgraciada y nadie es capaz de verlo.

Ya la veo, seguro que va de programa en programa de televisión haciéndose la mártir, la salvadora de su escritora fantasma. Quiere que todos la miren, que vean lo grandiosa que es. Mientras tanto, yo soy la otra, la que no miran, a la que nadie cree.

Sin embargo, yo sé que hay una persona que sabe la verdad de todo. No me trago que Gonzalo sea el cómplice de Petra. Él puede ser muchas cosas, pero no es un asesino.

De nuevo, sus gustos turbios en el sexo acuden a mi mente. Esta vez no me excito con ello, señal de que estoy demasiado devastada.

Me cuesta creer que, en mi interior, está creciendo una criatura. ¿Hija de un asesino tal vez?

La ansiedad se apodera de mí y tengo muchísimas ganas de llorar. Siento una impotencia enorme. Quiero que los policías salgan de aquí, que me dejen sola. Necesito lamerme las heridas en paz.

De súbito, las máquinas comienzan a pitar. Mi corazón late en total descontrol. Me duele el pecho. Creo que me muero, me muero y Candela ha ganado… de nuevo.

Antes de perder el norte por completo digo, con toda la claridad que soy capaz de reunir: «ella tiene a su bebé muerto en casa».

CAPÍTULO 65

Laura

Siete meses después…

Es verano y hace un calor infernal. Camino por el pasillo detrás del funcionario. Llegamos al locutorio y tomo asiento.

Varios minutos después, se abre una puerta y entra. Está mucho más delgado y parece que le han caído varios años encima.

Me dedica una sonrisa de ojos tristes.

—Hola, Laura —dice con expresión derrotada.

—Hola, Gonzalo.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. Aclarar contigo varios asuntos y decirte algo que creo que debes saber.

—Pues tú dirás. Ya sabes que no tengo mucho tiempo.

—Lo sé, pero seré breve.

Gonzalo asiente con la cabeza, antes de decir:

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Y sí, el embarazo me ha sentado bien. Mi vientre es enorme y tengo un pelazo que ya quisiera yo para toda la vida.

—Verás, Gonzalo, me gustaría que me explicaras qué ocurrió aquella noche. Por más vueltas que le doy al asunto, no consigo que me cuadre la versión de Candela.

Gonzalo sonríe con amargura y se encoge de hombros.

—Todo es cierto. Lo hice.

Abro los ojos, sorprendida.

—No me lo puedo creer —mascullo.

—A ver, no lo sé a ciencia cierta, ¿vale? Todos dicen que lo hice y mis huellas están en el cuchillo. Las mías y las de Petra, solo esas.

Entrecierro los ojos. No tiene claro lo que pasó porque estaba muy borracho aquella noche. Pero yo escuché cómo se las gastaba cuando había abusado del alcohol, así que puede que sí hubiera intentado acabar con Candela. Yo misma hubiera acabado con ella si no fuera por mi bebé. No lo culpo, aunque me parece todo tan extraño…

—¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Nada. La policía me encontró inconsciente con el cuchillo en la mano. Candela tenía varias heridas en los brazos y dijo que se las había hecho yo. Según ella, la había herido cuando esquivaba mis intentos de apuñalarla.

—Qué extraño…

—Eso mismo dije yo cuando me interrogaron. Pero era la palabra de Candela Rojo frente a la de un pringado. ¿A quién creyeron? Creo que aquí solo soy un peón más de la dichosa reina de corazones.

—Yo no creo que tú intentaras matar a Candela. Esa noche te vi…

—¿Sí?

—Me confundiste con una criatura del inframundo…

—Joder… Lo siento.

—Candela ya manipuló antes una escena de un crimen. ¿Sabes? Yo tenía una hermana, se llamaba Vero y era la autora de la primera novela que ella publicó.

»Desde entonces, se la ha pasado buscando la pluma de mi hermana en otras escritoras. Yo soy un claro ejemplo de ello.

—Es una desgraciada…

—Por eso tienes que luchar, intentar demostrar que ella lo manipuló todo. Yo la escuché decir que quería a mi bebé, Gonzalo, a nuestro bebé.

Gonzalo abre muchísimo los ojos.

—Laura, sobre eso…

—No hace falta que digas nada. Tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo. Yo me haré cargo de mi hijo, pero creo que es justo que sepas que tú eres el padre del bebé que llevo dentro.

—Laura…

—Espera. Me gustaría ayudarte. Con el dinero que me pagó Candela para tenerme contenta, tras cancelar nuestro dichoso contrato, pagaré a un abogado, al mejor. Creo que eres inocente, solo una pieza más en el tablero macabro de Candela Rojo.

—Laura, ¡¿me quieres escuchar?!

—Es que me parece injusto…

—¡¡Cállate!! —exclama de pronto—, cállate y escúchame.

»Verás, Laura, el hijo que llevas dentro de ti es solo tuyo. Desconozco quién es el padre. Lo nuestro era algo meramente… carnal.

—Serás hijo de…

—Espera, joder. Ese niño, niña o lo que sea, no puede ser mío. Y no lo puede ser por el mero hecho de que soy estéril.

Las palabras de Gonzalo arrollan mis oídos como el peor de los vendavales.

—Pero no puede ser. Yo no estuve con nadie más, solo contigo. Hasta llegué a pensar que estaba…, no importa. Y Candela, ella también se quedó embarazada de ti. He visto el bebé momificado que tiene y al que trata como si estuviera vivo. Es más, pensé que me estaba volviendo loca, incluso pensé que se refería al perro. Hasta que me topé de cara con la terrible verdad.

—No. Ni ese bebé ni el que llevas dentro son míos. Es imposible. Soy estéril y lo supe el mismo día de la muerte de Petra. El mismo que casi mueres tú también. Por eso no tengo claro si intenté o no matar a Candela. Cuando salí de la clínica, estaba muy enfadado. Es más, estaba furioso. Llamé a Candela, pero no contestó; llamé a Hakim y le dije barbaridades.

»Lo siguiente que hice fue meterme en un bar, y hasta ahí puedo leer. No me acuerdo de nada. Incluso conduje hasta la casa. Así que no puedo descartar mi culpabilidad.

—No entiendo nada. Es imposible.

El funcionario anuncia que ya se ha acabado el tiempo. Y no soy capaz, ni tan siquiera, de despedirme de Gonzalo. Estoy en *shock*.

Gonzalo pide al funcionario, por favor, que le deje un par de minutos. Él hombre accede a regañadientes.

—Por cierto, Laura, tienes razón.

—¿En qué?

—Candela quería a tu bebé. Ella misma me lo dijo. Es más, me envió a la habitación para que te preguntara por tu embarazo.

—Entonces, ¿cuando me pediste que me casara contigo…?

—Fue un impulso. Estaba tan agobiado con Candela y contigo todo era tan diferente…

—Conmigo ponías en práctica tus fantasías macabras… —suelto totalmente encabronada.

—No es exactamente así. Pero solo te diré una cosa, no soy un asesino.

Antes de permitirme responder, el funcionario coge a Gonzalo por el brazo y le ordena que se levante. Nuestro tiempo ha terminado.

CAPÍTULO 66

Laura

Llego a mi apartamento. El olor a pan recién horneado y a especias me atrae como un imán. Raro, porque llevaba ya un tiempo en el que los olores un poco fuertes me daban ganas de vomitar.

Me dirijo a la cocina y lo veo ahí, con su físico imponente, su tez aceitunada y un paño de cocina al hombro.

—Hola, Hakim. ¿Qué tal todo?

—Bien, he estado trabajando en la habitación del bebé y luego he pensado que te gustaría algo especial para cenar.

—Me mimas demasiado —digo con sinceridad.

Y es la verdad. Hakim ha sido mi salvador y la persona que ha permanecido a mi lado todo este tiempo.

Se mudó a mi casa cuando salí del hospital y, desde entonces, compartimos piso.

Él ya no trabaja para Candela. Está en el paro. Pero entre los dos nos apañamos muy bien, y me viene genial su ayuda económica para pagar mi hipoteca cada mes.

No os equivoquéis, Hakim y yo no tenemos nada. Aunque a veces pienso que no me importaría. Ha sido un ángel de la guarda

para mí y no puedo negar que me atrae muchísimo. Precisamente, no hemos tenido nada todavía porque él no da el primer paso. Es algo extraño, porque veo cómo me mira. Sé que despierto algo en él, sentimientos y deseo. La tensión sexual se nota muchísimo. Eso es lo que a veces dificulta la convivencia, sobre todo por las noches, cuando necesitaría unos brazos que rodearan mi cuerpo y una voz que me dijera al oído que todo va a ir bien.

—Siéntate —ordena mientras me dedica una perfecta sonrisa.

Hago lo propio. Él me pone delante una lasaña con una pinta espectacular.

—Guau, huele tan bien.

—Mejor sabe, ya verás.

Toma asiento frente a mí y me pregunta algo que me hace ponerme tensa al instante:

—¿Qué tal tu día?

—Bi-bien…

Agacho la cabeza y corto un trocito de lasaña, para luego llevármela a la boca. Está deliciosa.

—Está muy buena —digo con el fin de que se olvide de su pregunta.

—¿Ocurre algo?

—No, qué va…

—Te he visto muy nerviosa cuando te he preguntado por tu día.

—Ah, es que ha sido algo agobiante. He estado preguntando por unas ayudas para la creación literaria, pero hay que aportar mucho papeleo y ya se me ha pasado el plazo. Así que otra vez será.

—Ajá… ¿Eso quiere decir que no volverás a trabajar de *ghostwriter*?

—Ni en broma. Ya he tenido bastante. Casi me cuesta la vida.

—Lo sé, tranquila, no te alteres —dice Hakim en tono suave, muy suave, mientras posa su mano sobre la mía y la acaricia.

Ese niño, niña o lo que sea no puede ser mío. Y no lo puede ser por el mero hecho de que soy estéril.

El recuerdo de las palabras de Gonzalo golpea mi mente con fuerza.

Ese tono de voz, tranquilizador a la vez que inquietante…

Lo escuché aquella vez en la que me encontré encerrada en mi habitación, cuando escribía el primer manuscrito para Candela y todo se complicó.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—¿Qué te ocurre? Estás pálida. ¿Quieres que te acompañe a la cama? Te llevaré una manzanilla.

De pronto, los cuidados de Hakim me hacen sentir asfixia. No he sido consciente hasta ahora de que no suelo estar sola. Salgo, como lo hice hoy, pero Hakim suele acompañarme en la mayoría de las ocasiones y hoy se ofreció a hacerlo también. Decliné con el pretexto de que me apetecía dar un paseo. En realidad, quería ir a ver a Gonzalo sin darle explicaciones a mi compañero de piso.

—No te preocupes. Me siento un poco cansada, solo es eso. No hace falta que me hagas la infusión, tengo el estómago un poco revuelto. Me iré a la cama, si no te sabe mal que te deje solo con toda la comida rica que has preparado.

—No pasa nada. Ve, anda. Yo recogeré todo y guardaré lo que ha sobrado para mañana.

Asiento con la cabeza con una sonrisa tensa, que creo que no pasa inadvertida para Hakim, porque me mira con el ceño fruncido.

Me doy media vuelta para dirigirme a la habitación, y él posa su mano sobre mi hombro.

—¿Estás segura de que va todo bien?

—Sí, claro. ¿Por qué debería ir mal?

—Por nada, por nada. Solo es que estabas tan bien y de repente parecías… asustada.

—Ah, no, no. Tonterías, de verdad. Es este embarazo que me trae por la calle de la amargura. Menos mal que ya queda muy poquito.

—Sí, menos mal.

Me despido de Hakim con un beso en la mejilla. Aunque huele muy bien, por un perfume profundo que suele excitarme bastante, ahora en lo que menos pienso es en eso.

Solo tengo una cosa en la cabeza, una única cosa que no deja de dar vueltas:

¿Será Hakim el padre de mi hijo?

CAPÍTULO 67

Hakim

Mi religión no permite muchas de las cosas que he hecho en mi vida. No importa. He llegado demasiado lejos como para echarme atrás ahora.

He trabajado mucho tiempo para Candela Rojo. Si os tengo que decir la verdad, la odio a muerte. Sin embargo, ella es la única persona que tenía los medios suficientes para pagar el tratamiento oncológico de mi pequeño de seis años con cáncer cerebral.

Es un tumor rarísimo, difícil de tratar en España. Candela me dijo que había un tratamiento experimental que podría curarlo, pero para ello teníamos que viajar mi esposa y yo a Estados Unidos. Eso valía mucho dinero. Y nosotros no lo teníamos.

Candela pagó el viaje, la estancia, las facturas del hospital. Fue un desembolso enorme de dinero. Quizá para ella supondría un pequeño mordisco en su patrimonio, para nosotros era un gran gesto. Por ello debía hacer algo lo suficientemente grande como para agradecerle haber salvado la vida de mi hijo.

He hecho todo lo que me ha pedido. Acostarme con ella, pues sabía que su marido era estéril desde hacía mucho tiempo, antes incluso de que él se enterara. No sé cómo pudo averiguarlo, eso sí.

Me pidió que la dejara embarazada y tuve que hacerlo. Fueron varios encuentros sexuales algo forzados, todo hay que decirlo. Mi

jefa no me pone a cien, precisamente. No soporto los rostros poco naturales. Son todos iguales y el de ella cada vez es más inexpresivo y artificial.

Sé que, en el pasado, fue una mujer muy atractiva, pero su alma no es bella, de eso estoy muy seguro. Y lo sé, porque lo siguiente que me pidió fue que me deshiciera de una de sus escritoras fantasma: Carla Montes.

Fue poco después de que ella perdiera a mi hijo, cuando estaba ya de al menos siete meses.

Se había quedado embarazada de mí. Sí, Candela me pidió que me acostara con Carla y yo utilicé burundanga para que se sometiera. Ella solo fue consciente de que lo hizo con Gonzalo, como todas.

Candela quería quedarse con ese bebé y con Gonzalo para jugar a la familia feliz. Si este pensaba que el hijo era suyo, mejor que mejor.

Lo más sorprendente fue cómo Carla desapareció de la noche a la mañana y nunca más se supo. Así me libré de tener que matar a nadie. Pero poco me duró el alivio, pues Petra me pidió que la ayudara a enterrar su cadáver. Ella la mató y luego Candela, que imagino estaba en el ajo, cargó a Gonzalo con su muerte.

Y es que es un verdadero pringado… No entiendo cómo puede ser tan gilipollas. Bebe como un cosaco y luego no se acuerda de la mitad de las cosas que ha hecho mientras estaba bolinga. Así que no fue difícil cargarle el muerto, nunca mejor dicho.

El pobre se sentía tan despreciable que buscaba a prostitutas y tenía con ellas sexo extremo, con armas blancas, para probarse a sí mismo, ya que Carla murió apuñalada.

Un día, borracho, ¡cómo no!, me confesó que era incapaz de matar a una mosca, y que comenzaba a pensar que Candela lo había engañado y había matado a Carla con sus propias manos. Iluso,

Candela nunca hace nada. No se mancha las manos de sangre. Ella se limita a manipular y mover sus piezas en el tablero. Aunque el diario de una tal Verónica no dice lo mismo.

Al parecer, Candela, que se llamaba Marina en su momento, mató a su hermanastro y luego le endilgó el crimen a una pardilla que apareció en su casa. Esa pardilla era Verónica Peña, la hermana de Laura.

Más tarde, fue a visitar a Verónica y le entregó un trozo de vidrio para inducirla al suicidio. No sin antes robarle su diario. Esto lo sé porque Candela escribió la última página de ese cuaderno, donde lo contaba todo. También decía que echaría de menos a su amiga. ¿Se puede ser más retorcida?

No sabéis las ganas que tenía de abandonar la casa de Candela de una maldita vez. Y lo hice, pero ella me pidió un nuevo favor. Dejar embarazada a Laura, y que otra vez fuera Gonzalo el que pagara el pato.

Como sabéis, no salió bien. Ahora Laura está bajo mi vigilancia. Candela quiere al bebé y, si no lo tiene, no me dará el millón de euros prometido. Con él nos iremos mi familia y yo bien lejos de la maldita impostora superventas.

Esta noche noto especialmente rara a Laura. Sé que ha ido a Mas d'Enric, la cárcel de Tarragona. Y lo sé porque tiene un GPS en el coche que conduce hace un par de meses —y que yo le conseguí a muy buen precio—, es tan grande que parece un *router*, pero ni cuenta se ha dado.

No soy gilipollas, ha ido a ver a Gonzalo. Espero que no le haya soltado ninguna tontería que la haga atar cabos. Por si acaso, acabo de enviarle un mensaje a Candela, un mensaje en clave, que significa que hoy terminará todo y yo podré ser libre y rico.

CAPÍTULO 68

Laura

No puedo dormir. No me he tomado la infusión que Hakim me ha preparado. He esperado a que se enfriara y he regado un cactus con ella.

Algo va mal. No me quito de la cabeza las palabras de Gonzalo y no dejo de atar cabos en mi mente. ¿Estaré en peligro? ¿O será pura paranoia?

No me gustaría meter la pata y que Hakim, que tanto me ha ayudado, se sintiera ofendido. Estoy segura de que se marcharía de mi apartamento de inmediato, y yo volvería a tener dificultades para hacer frente a los gastos.

Además, mi embarazo está muy avanzado y dudo mucho que alguien me contratara para trabajar.

Sin ser muy consciente, acabo por dormirme por puro cansancio. Pero no pasa mucho tiempo hasta que noto como la puerta de mi habitación se abre.

Mi corazón late desbocado y siento una especie de dolor desagradable en el cuerpo. Me pasa siempre que el miedo me apresa.

—Hakim, ¿eres tú? —pregunto, pero no recibo respuesta.

Hay alguien en mi habitación, y no sé qué voy a hacer para salir de aquí.

—Tengo un arma y no dudaré en utilizarla —miento y ni yo me lo creo.

Escucho el chasquido de un hueso del intruso.

Trato de localizar el interruptor para encender la luz, pero no lo encuentro. Estoy demasiado nerviosa.

Escucho el frufrú de un pantalón y soy consciente de que mi atacante viene a por mí. Doy con el interruptor y lo acciono.

Mi atacante tiene el rostro cubierto por un pasamontañas y va vestido de negro. Se abalanza sobre mí. Sin embargo, yo ya he salido de la cama, aun con mi dificultad de movimiento, y sostengo la lámpara de la mesita de noche.

—¡Fuera de mi casa! —exclamo, pero el intruso, que tiene un cuchillo enorme en su mano, rodea la cama y se aproxima hacia mí con violencia.

Lucho con el pie de la lámpara, que ya no tiene pantalla, y esquivo las puñaladas que el desgraciado este quiere propinarme. Aunque no por mucho tiempo, pues consigue herirme en un brazo.

Siento que me mareo. Ahora no, por favor.

«Sé fuerte, hermanita, tú puedes escapar», dice Vero en mi pensamiento.

No sé cómo hacerlo. Mi atacante consigue arrancarme la lámpara de la mano y ahora me tiene arrinconada con el filo del cuchillo rozándome el pecho. Estoy completamente aterrorizada.

Aunque he de defender a mi hijo. No puedo permitir un nuevo ataque, todavía estoy reponiéndome del último, que casi me envía sin billete de vuelta al mundo de los muertos.

Solo se me ocurre una cosa, un buen rodillazo en la entrepierna lo debilitará de inmediato. Y, reuniendo fuerzas, elevo mi rodilla y le doy. Solo se queja levemente, además, lo que encuentra mi rodilla no es blando. He tocado hueso, señal inequívoca de que no es un hombre.

—Candela…, parece que te has decidido a hacer algo por ti misma de una maldita vez.

—Cállate, desgraciada.

—No permitiré que me quites a mi bebé.

—No estarás viva para luchar por él. Además, yo podré darle mejor vida de la que le darías tú. Estudiará en un colegio privado, ya lo tengo mirado; irá a extraescolares, para aprovechar todo su talento, y será alguien importante: dejará huella en el mundo, no como tú. A ti te olvidarán. No eres nadie y solo tienes a tu madre. Ella quizá suponga un pequeño inconveniente, pero no hay nada que no hagan mis fans por mí. No costará hacerla pasar por loca, al igual que a la madre de Carlita.

—Tú la mataste…

—Oh, querida. Yo no mataría ni a una mosca.

—Mataste a mi hermana. Y a Daniel. Estoy segura de ello. Tú lo mataste y le colgaste el crimen a mi hermana. Ella siempre dijo que habías sido tú, pero nadie la creyó.

—Las pruebas eran demoledoras, cariño. A tu hermana la encontraron quitándole la ropa al cadáver para simular un accidente en la bañera.

—Ella confiaba en ti. Te quería mucho.

—Oh, no dramatices. Era demasiado buena. No se puede ser demasiado buena.

—Mataste a tu padrastro…

El gesto de Candela se endurece.

—Era un jodido pederasta —masculla con inquina—. Tú hubieras hecho lo mismo.

Hombre, visto así…

—Ahora quieres matarme a mí. Yo no te he hecho nada.

—Querida, eso no es del todo cierto —dice entre carcajadas—. Trataste de vengar a tu hermana con ese manuscrito infernal, pero te salió rana; a día de hoy, es uno de mis libros más exitosos. Además, te acostaste con mi marido, eso ya de por sí es un gran motivo para matarte. Gonzalo es mío, no lo olvides.

—De poco te va a servir en la cárcel.

—Ah, eso… Solo estará unos días más. Tengo contactos y dinero. Si no ha salido antes es para que escarmiente y sepa que de Candela Rojo nadie se ríe.

—Él no te quiere.

—Como me sueltes que a la que quiere es a ti, vomito. Hay que ser ilusa para creer que es así. Gonzalo solo se quiere a sí mismo…

—Me pidió que me casara con él.

«No la cabrees, Laurita», suelta Vero, de pronto.

—No me importa. Solo son palabras y las palabras se las lleva el viento. Lo importante son los hechos, y sé que Gonzalo se quedará a mi lado hasta que yo decida reemplazarlo.

—¿Aunque no pueda darte hijos?

Candela aprieta las mandíbulas.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Quién es el padre del cadáver que guardas en la habitación del fondo del pasillo, Candela?

Mi captora respira con agitación. Creo que la ansiedad se ha apoderado de ella.

—¡No llames cadáver a mi hijo!

—Es un cadáver que debería descansar en paz. Es enfermizo tratarlo como si fuera un bebé vivo. No lo es.

—¡Cállate, cállate, cállate!

—Estás loca, muy loca. Además, eres una pésima escritora y lo sabes.

—Soy Candela Rojo, una de las escritoras más famosas del mundo.

—No, no lo eres. No eres más que una impostora que jamás ha escrito ni una palabra ni una frase digna de aparecer en un libro.

—Mi carrera es muy extensa. Soy demasiado importante para que alguien te crea. Ya lo sabes. Además, ¿cómo te crees con derecho para decir que yo no soy escritora?

—Es fácil, una escritora jamás diría que las palabras no tienen importancia, pues las palabras son su esencia. Necesita soltarlas, plasmarlas en el papel para liberarlas ante el mundo. Una escritora necesita escribir. Así que sí, Candela, tú no eres escritora.

Marina suelta un gran alarido y se abalanza sobre mí, cuchillo en mano. Todo mi mundo se sume en la oscuridad.

CAPÍTULO 69

Laura

Al abrir los ojos, siento la boca seca. No sé dónde demonios estoy. En mi apartamento no, eso seguro.

Escucho el goteo insistente de un grifo, o vete a saber qué. Cada gota deja una estela de eco al impactar con las demás.

Trato de incorporarme, pero no puedo. Estoy atada. Mierda.

Siento de pronto un dolor enorme, como si fuera a partirme en dos.

El pánico se apodera de mí cuando logro identificar lo que hay cerca de la cabecera de la cama. Es un gotero.

Ato cabos de inmediato, muchas películas de sobremesa avalan mis suposiciones. Estoy segura de que la sustancia del gotero es oxitocina y ese dolor indica que estoy de parto.

Oh, no. Solo estoy de treinta y seis semanas. A mi bebé le falta todavía tiempo de maduración en mi vientre.

No quiero que me lo quite, esta mujer es una psicópata, le destrozaría la vida a mi hijo. Pero no puedo hacer nada, estoy atada de pies y manos en una cama de un sótano.

Creo que ya sé dónde me ha llevado Candela, a su casa.

Me muerdo el labio inferior. ¿Dónde está Hakim? ¿Acaso él era su cómplice y dejó que ella me raptara? Me cuesta asimilar que el

hombre que tanto ha cuidado de mí me haya traicionado. Su mirada era sincera, por Dios.

¿Qué le habrá prometido Candela?

Necesito ayuda…

Intento mover el brazo donde tengo la vía. Mi intención es hacer que la aguja salga de mi piel. Imposible.

Muevo la cabeza a ambos lados, no sé qué demonios busco. No creo que pueda zafarme de mis ataduras, haga lo que haga. Me encuentro totalmente indefensa.

Una nueva oleada de dolor me hace apretar las mandíbulas. De pronto, un torrente de líquido caliente humedece la cama en la zona de mi entrepierna y los muslos.

Estupendo, he roto aguas.

Escucho pasos que descienden unos peldaños. De inmediato, le siguen más pasos de zapatos menos ruidosos.

Son ellos…

—Hola, querida. Parece que mi hijo ya está a puntito de nacer y no sabes lo emocionada que estoy.

—No es tu hijo —mascullo.

Mis peores temores se confirman cuando veo a un serio Hakim junto a Candela.

—Mira el feliz padre… ¿No es maravilloso? —se burla ella.

Hakim agacha la cabeza.

—¿Cómo has podido? Llegué a quererte muchísimo, a venerarte por haber sido mi salvador. ¿Cómo ahora te conviertes en verdugo?

—Oh, mira que eres patética. Para todo tienes una frase como salida de un libro. No es necesario que te pases la vida

restregándole a la gente por las narices que eres escritora. Bueno, si a lo que tú haces se le puede llamar escribir…

—Vale ya, Candela. Acabemos con esto de una vez —espeta Hakim.

Nuestras miradas se cruzan, y las lágrimas se apoderan de mí. Su expresión vacía me da escalofríos.

—No seas aguafiestas. Además, ¿desde cuándo me tuteas? Para ti soy «señora», nada más.

—Lo siento, señora. No volverá a ocurrir.

—Por la cuenta que te trae… No me gustaría que tu hijo muriera por tener que suspender el tratamiento. Además, ¿qué haría la pobre…? ¿Cómo era? ¿Aisha?, ¿Fátima?... Bueno, da igual. ¿Qué haría sola en Estados Unidos? ¿Dónde viviría? Piensa que el tratamiento todavía no ha terminado.

Veo a Hakim morderse el labio inferior hasta hacerse sangre.

—Así que es eso —suelto—, tienes un hijo enfermo…

Hakim no responde.

—Bueno, deja de decir gilipolleces. Ahora vayamos a lo que nos ha traído hasta aquí. El nacimiento de Édgar Rojo. ¿No es increíble?

Sonrío. Candela no tiene ni idea.

—Es una niña. No puede llamarse Édgar —digo con sorna.

Ella me mira con sus ojos inexpresivos y esboza una leve sonrisa.

—Qué más da. El sexo es algo subjetivo. Si trato a mi bebé como un niño desde su nacimiento, crecerá como un niño.

—Estás como una regadera…

—Sí, pero yo estoy en el lado ganador de esta historia. Tú solo eres la pobre víctima indefensa.

»La que va a morir.

CAPÍTULO 70

Laura

Un silencio escalofriante se cierne sobre las dos. Solo lo rompe abruptamente un dolor indescriptible que me hace soltar un quejido.

Estoy de parto, y mi hija pide paso. No puede ser. Si dejo a la naturaleza seguir su curso, mi hija caerá en manos de una depredadora, de una desquiciada que transformará su vida en un infierno. Mi pobre Bella no puede caer en las manos de semejante bestia.

No puedo hacer nada más que suplicar, que apelar a un atisbo de humanidad de alguno de estos dos.

—Por favor, os lo ruego, soltadme y me iré al hospital. Jamás diré nada. No volveréis a saber de mí, os lo juro.

—¿Ahora suplicas? En fin, creo que te va a hacer falta un pequeño estímulo, algo que te haga… distraerte en tus últimos momentos.

Candela se aleja unos pasos y abre un maletín que está sobre una destartalada mesa. Poco después vuelve a mi lado y me pone unos auriculares gigantes.

No tardo en escuchar un tema de metal extremo con una voz que parece salir de ultratumba. Por Dios, está tan fuerte que no

consigo concentrarme en nada más que mi dolor y todo el ruido que se cuela en mis oídos.

Otro dolor, y tengo ganas de pujar. Necesito hacerlo. Si no hago nada, mi bebé morirá. ¿Pero no es peor que acabe en manos de Candela? Madre mía. Creo que esta es la decisión más difícil de toda mi vida.

Candela me mira con furia y lo siguiente que hace es encañonarme con una pistola. Me quita un momento los auriculares con la otra mano y suelta:

—Haz el favor de pujar, zorra, o te saco el bebé con mis propias uñas. Tú decides.

Dios mío. Lo de esta tía es demencial. Yo que pensé que solo era un parásito, una vividora… Resulta que es la arpía más retorcida y mala que ha parido madre.

—Está bien, está bien… Pero no me pongas la música otra vez, por favor.

—Por favor, por favor —dice en tono burlón.

—Basta ya, Candela —espeta Hakim.

—Que te he dicho que me llames señora y punto.

—Basta, o te quedas sola en esto.

—Tu hijo morirá, ¿es eso lo que quieres?

—Quizá lo prefiero a seguir con esta tortura a un ser humano.

—¿Ahora te salen los escrúpulos? Yo que pensé que nada te perturbaba. Por eso te contraté como mayordomo. Necesitaba a alguien con la sangre fría. Me acabas de demostrar que no la tienes.

—No quiero que sufra, eso es todo.

—Ay, madre, que se ha enamorado el morito.

Hakim tensa la mandíbula.

—No me llames así…

—Es lo que eres, ¿no? Un moro.

—Oye, acabemos con este asunto y págame de una vez.

—Sí, claro. Sabes que soy una persona cumplidora en ese asunto.

En serio, pensaba que Hakim me ayudaría, que haría algo por sacarme de este aprieto, por salvarme como lo hizo hace ya varios meses. Sin embargo, su expresión fría me indica que no lo hará. Que nada lo va a desviar de su objetivo: salvar a su hijo enfermo.

¿Me pregunto qué haría yo si estuviera en su lugar? Probablemente lo mismo. No… Yo nunca le haría daño a nadie que no se lo mereciera.

—Ahora, Laurita, puja; puja hasta que revientes, pero haz nacer a mi hijo de una maldita vez.

Me resigno, no puedo hacer otra cosa. He de dejar que mi bebé nazca. Sé que luego me van a matar y, probablemente, jamás encuentren mi cadáver. Candela se quedará con mi teléfono y hará ver que me he ido a Japón, Egipto o cualquier otro destino bien lejano, detrás de un hombre que recién he conocido, tal y como hizo con mi antecesora. Los engañará a todos diciéndoles que ella no sabe nada o endilgándole mi desaparición al primero que se le ponga a tiro. La creerán…

Lo siento, Bella, no he podido salvarte de las garras del mal. Espero que me perdones algún día.

CAPÍTULO 71

Hakim

Tres horas antes…

Laura sospecha algo, estoy seguro. No me gusta cómo me ha mirado.

Cuando Candela me pidió que fuera su sombra, quise negarme. Yo había ayudado a Laura por pura humanidad y permanecí a su lado en el hospital por lo mismo. Pero Candela, en cuanto se enteró de que Laura seguía viva, me esperó un día a la salida del hospital y me hizo una proposición que no podía rechazar.

—Quiero que cuides de ella y, a poder ser, que te mudes a su casa. Necesito ese bebé y tú eres mi llave para conseguirlo.

—No puedo hacer eso. Es más, no voy a seguir trabajando para usted, señora.

—Recuerda que me debes mucho, y que puedo hacer que la vida de tu hijo se apague en un santiamén si corto el grifo de dinero.

—Creo que está pagado y más que pagado. Usted misma me lo dijo.

—Puede ser… De todos modos, ahora tengo una propuesta mucho más beneficiosa para ti y los tuyos.

Quiero decirle que no, que me deje en paz, que necesito que me libere de su influjo. Que, por su culpa, me odio a mí mismo. Sin embargo, mis labios preguntan:

—¿De qué se trata?

—Chico listo, sabía que no te podrías resistir a una de mis propuestas. Sabes que siempre te ha ido bien, ¿cierto?

—Dígalo ya…

—Está bien, está bien. Si haces lo que te pido, te daré un millón de euros. Con eso podrás pagar holgadamente el tratamiento de tu hijo y, además, comenzar una nueva vida con tu familia, lejos de aquí.

¡Un millón de euros! Es mucho dinero, pero estábamos hablando de Estados Unidos. Y el dinero se acaba. Solo con comprar una casa y el costoso tratamiento, creo que ya se acabaría. Además, lo que me pedía era un trabajo de meses.

—Dos…

—Vamos, no te aproveches. Uno y medio. Es mi última oferta.

—Uno setecientos. No aceptaré menos.

—Está bien. Un millón setecientos mil euros.

Desde ese momento, hice lo posible para que Laura me necesitara y conseguí vivir en su casa con la condición de compartir gastos.

Laura no tiene ni idea de que no soy más que un topo y que, en cuanto ese niño nazca, tendremos que eliminarla. No quiero ni pensar en ello, pues he llegado a cogerle mucho cariño a la pobre. Es una buena persona, algo ingenua en ocasiones, claro.

Estoy tumbado en mi cama, en casa de Laura. He enviado el mensaje que hará que Candela ponga la maquinaria en marcha para

terminar con esto. Cada día me siento más culpable, así que no sé cómo voy a afrontarlo.

Son al menos las tres de la mañana, y estoy en mi cama escuchando música con mis enormes auriculares. Candela no ha respondido al wasap, ni siquiera están las dos uves azules. Así que no puedo hacer nada más que esperar órdenes.

La música clásica que escucho es suave, pretendo dormirme y casi lo estoy consiguiendo. Aunque no llego a dejarme abrazar por Morfeo. De súbito, un alarido, que rompe la cancelación de sonido de mis cascos, me hace dar un respingo en la cama.

Corro hacia la habitación de Laura. Estoy muy nervioso. Espero que Candela no le haya hecho daño.

Me pregunto por unos momentos por la ambigüedad de mi persona, si a Laura le ocurriera algo malo sería por mi culpa. Yo mismo he puesto en marcha la maquinaria de su muerte.

La puerta de la habitación está abierta y no puedo creer lo que veo. Candela está de pie y ha clavado un cuchillo en un corcho enorme que tiene Laura en su habitación. Cuando me acerco más, veo con claridad que una fotografía; donde aparecen dos niñas, una más mayor y la otra más pequeña; vestidas de forma parecida y con peinados un poco extraños, ha sido profanada por la hoja afilada del cuchillo de mi controvertida jefa. Una de las niñas es Laura, la otra debe de ser su hermana, dado el increíble parecido.

—¿Se puede saber qué haces ahí mirándome como un pasmarote? Ayúdame, está tan gorda que no podré con ella yo sola.

Un sentimiento, que me niego a dejar aflorar, rasga mi coraza. Aun así, obedezco a Candela como si fuera un perrito faldero. Así que tomo a Laura en brazos y compruebo que está inconsciente. Por un momento, una llamita de esperanza se instala en mi pecho, aunque no dura mucho.

—Vamos a mi casa. Alégrate por mí, por fin habrá un niño en mi hogar, un niño lleno de vida, un hermanito para mi pobre pequeño.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. He limpiado la habitación del hijo momificado de Candela en infinidad de ocasiones. En muchas, ella ha entrado y, sin cortarse un pelo, me ha pedido que bese la frente de mi hijo… Mi hijo.

Un día intenté decírselo, que ese bebé necesitaba descansar en paz, que lo que estaba haciendo era enfermizo. Confieso que exploté. Me soltó que me callara la boca y que, si decía algo, mi hijo enfermo moriría.

Es una arpía, la persona más mala que he conocido jamás. Muchas veces me he preguntado los motivos que la llevan a ser así. No los he encontrado y no creo que lo haga jamás. Aunque yo no soy diferente, soy su fiel escudero, su cómplice, si ella cae, yo caigo.

Conduzco a casa de Candela en el coche que he conducido a diario hasta hace unos meses. Laura está en el maletero, inconsciente, amordazada y atada de pies y manos.

He de hacerlo, no puedo echarme atrás ahora. Solo esta noche y la vida entera con mi familia. Mi conciencia quedará cargada de oscuridad, pero ya hay tanta que no creo que se note.

CAPÍTULO 72

Hakim

Tengo las manos salpicadas de sangre seca. No me puedo creer lo que acabo de hacer. He hecho muchas cosas reprobables en mi vida, cosas que van en contra de mi religión, de la ética y que me alejan demasiado de Allah.

Estoy seguro de que mi familia me negaría si supiera todo lo que he hecho por salvar a mi hijo de las garras del cáncer.

Ahora, de nuevo, me he visto obligado a hacer algo totalmente reprobable. Así que me doy asco. Siempre dije que mi límite estaba en matar a otro ser humano, pero que, si tenía que hacerlo para que mi pequeño pudiera respirar unas horas más, no me temblaría el pulso.

Sus ojos me miran. No sé si en ellos hay agradecimiento u odio. En cualquier caso, hoy será el último día que nos veamos. Y quizá sea lo mejor. Yo tengo a mi esposa. Si me casé fue para toda la vida, y ya llevamos demasiado tiempo separados.

Llegamos a nuestro destino, y ella acaricia al bebé, que duerme en sus brazos cubierto con una manta. Está pálida y débil.

—Muchas gracias, Hakim, no sé qué hubiera hecho sin ti.

—No es nada. Ahora tengo que irme… Estaréis bien.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mí.

—No lo hubiera podido hacer sin tu ayuda…, Laura.

Las dejo junto al hospital más cercano. Aviso a un sanitario, que está cerrando una ambulancia. En cuanto está a salvo, sentada en una silla de ruedas con Bella entre sus brazos, corro despavorido, no puedo quedarme.

Tengo suerte, Candela nunca me aseguró. Sí, trabajaba en negro para ella, esta mujer es fan de todo lo negro.

Siempre me pareció injusto que no me hiciera un contrato de trabajo digno, pero hoy puedo decir que aplaudo su decisión. Va a ser muy difícil que relacionen mi nombre con el de ella. Además, ¿quién se va a fijar en un humilde trabajador como yo? Solo ella, solo Candela Rojo fue siempre el foco de todos los *flashes*. Nadie se acuerda ya del hombre triste que la acompañaba a todas partes y era como su sombra. Para cuando aten cabos, ya estaré lejos, muy lejos.

Quiero estar con mi familia: con mi esposa y mi hijo. Aquí dejo a Laura y a la pobre Bella. Laura, quien acaba de agradecerme que la salvara de una muerte segura, pero que no me perdona que abusara de ella. No la culpo. Por ello me ha dado unas horas de ventaja. Luego le dirá a la policía que Hakim Ararou es quien ha matado a Candela Rojo.

EPÍLOGO

Laura

«Hola a todos y bienvenidos al *pódcast* Lunáticos, Soy Kelly True Crime y, como cada jueves, tengo una cita con vosotros, con vosotros y con el crimen, ya sabéis. Hoy os vengo a hablar de Candela Rojo. Sí, la escritora que murió en su casa en extrañas circunstancias hace ya dos años y de la que todavía no se ha aclarado qué ocurrió en realidad.

Candela Rojo nació como Marina Martínez en Tarragona en 1988. Tuvo una infancia en apariencia feliz, con una familia compuesta por sus padres y una hermana mayor. Hasta que la tragedia golpeó su vida por primera vez cuando solo tenía tres años y su padre murió en un accidente.

Su madre, desde ese momento, se sumió en una horrible depresión y Marina tuvo que ser cuidada por María Petra, su hermana mayor, hasta que su madre consiguió levantarse de la cama.

Fue por aquel entonces cuando esta conoció al que se convertiría en su padrastro y su peor pesadilla…

Las dos hermanas fueron abusadas por ese despojo de la sociedad. Y, durante años, se pensó que había sido la madre quien, al saber lo que estaba haciendo su novio, le dio muerte. Ella cumplió condena en Mas d'Enric (el centro penitenciario de Tarragona) y, un tiempo después, fue asesinada allí mismo por otra reclusa.

Petra acabó en un orfanato, y Marina fue adoptada. Nunca más se vieron.

Aquí viene otro episodio turbio en la vida de la joven Marina. Su hermanastro murió por un golpe contundente con una máquina de escribir, que le habían regalado a ella por su cumpleaños.

Durante años se creyó que había sido Verónica Peña, su mejor amiga y expareja de Daniel, su hermanastro, quien lo había matado por despecho. Pero, más adelante, os demostraré que no todo es lo que parece…

Marina Martínez se convirtió tiempo después en Candela Rojo. Y tuvo un éxito arrollador con su primer libro. Convirtiéndose en una de las escritoras más vendidas a nivel nacional, y más tarde, por las múltiples traducciones a otros idiomas, internacional.

Tras la presentación de ese primer libro, hubo una nueva muerte. La de ni más ni menos que Verónica Peña. La chica que en teoría había matado a Daniel, y digo en teoría, porque esto trae cola…

Los años pasaron y Candela abrazó las mieles del éxito, hasta que llegó a su casa Laura Peña, la verdadera protagonista de este *pódcast*. Del que voy a tener que hacer dos partes, pues me es imposible meter toda la información de la que dispongo en una sola…».

Le doy a la pausa. Todavía me cuesta asimilar que se ha sabido toda la verdad sobre Candela. Ahora los que la veneraban no dejan de hacer vídeos llenos de decepción hacia ella. Los comentarios en los que dicen que lo sabían todo y tenían claro que era una impostora se multiplican. Lo podrían haber dicho antes, ¿no?

La noche que se supo toda la verdad nació mi querida Bella, que pedalea en su triciclo por el jardín de mi casa.

Las cosas me han ido bien. Publiqué *Mi verdad* y fue un éxito rotundo. Por fin supe lo que significaba tener una cola de lectores esperando a que les firmen su ejemplar.

En ese libro me desnudé casi al completo, y digo casi, porque hay algo que solo Hakim y yo sabemos. Un secreto que él prometió llevarse a la tumba.

No fue él quien mató a Candela, fui yo. La versión oficial fue que el chófer, en situación irregular de nacionalidad y de empleo en casa de esta, la había matado en defensa propia y para que no me matara a mí.

Jamás encontraron a Hakim, por mucho que buscaron.

Ambos iban a matarme, pero Hakim se arrepintió en el último momento y me aflojó las ataduras de las muñecas y los pies.

Candela se confió. Me dejó a su cargo, decía que tenía que enseñarle a su pequeño a su nuevo hermanito Édgar. Podía marcharme, estaba libre. No quise. Si lo hacía, si me marchaba, nunca estaría tranquila, mejor dicho, no lo estaríamos ni yo ni mi bebé. Además, Candela lo tenía… Así que decidí quedarme, ante la estupefacción de Hakim.

—No digas nada —susurré y, a continuación, cogí el bisturí que descansaba en una mesa roñosa cerca de la cama y lo escondí en una de mis manos.

Las puse de nuevo en las ataduras, sin embargo, estaban tan flojas que podía zafarme en cuanto quisiera. El bisturí sobresalía, aunque era difícil verlo para una desquiciada Candela, que solo pensaba en poner las garras sobre la pobre Bella.

Candela volvió al sótano, esta vez sin mi bebé. Juro que estaba muy débil después de toda la sangre que perdí, pero el amor de una madre es fuerte, muy fuerte. Tanto como para abalanzarse sobre una desgraciada que quiere arrebatarle la vida y clavarle el bisturí en el cuello.

Ella iba a clavarme una inyección que me mataría en el acto, no pudo hacerlo.

Candela se desangró delante de nosotros. No pudo alcanzar a decir nada. Yo sí:

—Jaque mate, reina de corazones.

Hakim me miró estupefacto. Me dijo que no me reconocía, que en mis ojos ardía el infierno.

Y sí, era verdad. Por eso hice un trato con él. Debía inculparse, decir que la había matado en defensa propia. A cambio, nadie sabría jamás que había abusado de mí bajo sumisión química.

Él dijo que no lo creería nadie. Que debía escapar. Yo le contesté que tenía doce horas para desaparecer, antes de que yo le contara todo a la policía.

Y así lo hizo, pero…

En cuanto me hice famosa y comencé a salir por televisión, unos mensajes de un número extraño empezaron a llegarme. En ellos decía muy claro:

Sabes lo que hiciste. Puedo contar la verdad.

Y debajo, un número de cuenta en un paraíso fiscal, donde debía ingresar una cantidad importante cada mes.

Lo he hecho durante años. No sé cuánto tiempo pueda seguir con este ritmo de gastos.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —exclama mi marido, que acaba de llegar del trabajo.

Corro hacia él y me lanzo en sus brazos. Parece mentira que pueda quererlo tanto.

¿Y os preguntaréis quién es él? Pues ni más ni menos que Gonzalo. Salió de la cárcel pocos días después, como bien dijo Candela. Pero no por su influencia, sino por todo lo que se descubrió en esa maldita casa. Incluidos los restos de Carla Montes.

Gonzalo era inocente y volvió a pedirme en matrimonio.

Tenemos una familia preciosa y una relación perfecta en todos los sentidos. Aunque de vez en cuando juguemos de una forma un poco peculiar en la cama. Hay costumbres que nunca se pierden.

Solo hay dos cosillas que quiebran un poco nuestra felicidad. Una es el hecho de que él sea estéril y no podamos darle un hermanito a mi Bella. Pero eso tiene fácil solución, soy una persona cuerda, entendedme, con una inseminación podríamos cumplir nuestro sueño. Sin embargo, la otra «cosilla» es más difícil de solventar. Y es algo que no le deseo a nadie.

Por primera vez en mi vida, tengo un bloqueo enorme. No consigo escribir una línea decente. De seguir así, no me quedará más remedio que recurrir a una escritora fantasma. Y no puede ser cualquiera. Ha de ser alguien capaz de escribir con el alma y dejar ir su obra sin tener en cuenta el corazón. De lo contrario, tengo un jardín enorme, tanto como libros escriba mientras me dure el bloqueo, espero que no sea por mucho tiempo.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por leer *El silencio de la escritora*. Espero que lo hayas disfrutado muchísimo, tanto como yo escribiéndola.

He de comentar varios aspectos de la trama, porque puede que a algunas personas les puedan resultar surrealistas algunos de los hechos que se narran. Por ejemplo, la casi decapitación de Laura. Quiero aclarar que me inspiré en un caso real; los pódcast de Mimi XXL me tienen enganchadita perdida, y el caso de Alison Botha, una joven sudafricana que fue agredida sexualmente, apuñalada con saña y prácticamente decapitada, me sobrecogió de una manera brutal. Ella pudo identificar a sus agresores y, por suerte, fueron condenados gracias a su fuerza y valentía. Es un caso impactante y os aconsejo que escuchéis el pódcast (o busquéis información), no lo olvidaréis.

Por otra parte, en la novela se trata el tema de los escritores fantasma, una realidad que muchas veces me hace preguntarme qué buscan los autores que recurren a sus servicios. Estoy segura de que no aman la literatura, si lo hicieran, no dejarían que nadie les escribiera ni un párrafo, ni una línea, ni una palabra… Yo he llevado el tema al extremo; como habéis podido ver, me gusta tensar la cuerda, ¡qué le vamos a hacer!

Pues eso, reitero mi agradecimiento por haber llegado hasta aquí. Y espero que nos volvamos a encontrar en otra ocasión.

Un abrazo,

Mary Gombel

Si quieres echarles un vistazo a mis otros libros, o seguirme en redes, estoy en Instagram y en TikTok como @marygombel, y en Facebook, como Mary Gombel.